UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993547 9

TEATRO

TOMO DUODÉCIMO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO DUODÉCIMO

El susto de la Condesa.—Cuento inmoral.
La sobresalienta.
Los malhechores del bien.

8362
20/9

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
LIBERTAD, 29.—TELÉFONO 991

1906

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SUSTO DE LA CONDESA

DIÁLOGO

Estrenado en el Teatro Novedades de Barcelona
el 18 de Julio de 1905
y en el Teatro Español de Madrid
el 15 de Noviembre de 1905.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA.....	Sra. Guerrero.
MIGUEL CARRILLO....	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
UN CRIADO.....	» Cayuela.

En Madrid.—Gabinete elegante.

EL SUSTO DE LA CONDESA

ACTO ÚNICO

La CONDESA, un CRIADO y después MIGUEL CARRILLO

CRIADO

(Presentando una tarjeta.) Este caballero pregunta si la señora Condesa puede recibirle.

CONDESA

Sí, sí; que pase. *(Sale el criado. A poco entra Carrillo.)*

CARRILLO

¿Se puede?

CONDESA

Adelante, adelante. *(Al verle.)* ¡Ah!

CARRILLO

Buenas noches, señora Condesa.

CONDESA

Pero usted no es la persona que se anuncia en esa tarjeta.

CARRILLO

No, señora Condesa.

CONDESA

Entonces, ¿quién es usted? No creo que su nombre sea el mismo de este amigo mío.

CARRILLO

No, señora Condesa; pero sé que de otro modo no me hubiese usted recibido.

CONDESA

Seguramente. ¿Pero usted cree que es correcto?...

CARRILLO

Incorrectísimo, señora Condesa; como el motivo que me trae á su casa.

CONDESA

Es que ahora mismo...

CARRILLO

Dos palabras, señora Condesa. Usted tiene fama

de buen corazón; usted no podrá negarse... *(Acercándose.)*

CONDESA

(Retrocediendo muy asustada.) ¡Ah, no, no!... Por una vez, perdono el atrevimiento. Tome usted ahora, y ahorre historias de lástimas; salga usted en seguida.

CARRILLO

Cree usted que soy un ladrón. ¿No es eso?

CONDESA

Sí, señor, sí; es decir, no; no creo...; pero este modo de presentarse á estas horas... tome usted, tome usted; y salga en seguida.

CARRILLO

¡Ah, señora Condesa; esto no es nada! Comprenda usted que á un hombre que viste como yo visto, no se le puede dar cinco duros... Yo vengo aquí por algo más.

CONDESA

¡Ay, Dios mío! ¿Qué quiere usted? ¿Qué ni-tenta? Sí...

CARRILLO

No se acerque usted al timbre; daría usted un escándalo inútil; yo puedo demostrar en seguida

que no soy lo que á usted le parezco. No, señora Condesa; oígame usted, se lo suplico; usted tiene fama de ser una mujer inteligente; estoy seguro que cuando sepa usted el motivo de mi visita, le ha de parecer á usted tan original, tan atrevido...

CONDESA

Atrevido sí me lo parece, y mucho.

CARRILLO

Yo no vengo á pedir nada, señora Condesa. ¿Usted me ofrece cinco duros? Yo deposito veinte sobre esta mesa.

CONDESA

Permítame usted...

CARRILLO

Veinte duros, señora Condesa.

CONDESA

¡Caballero! No extrañe usted que..

CARRILLO

¿Ahora cree usted que estoy loco? No, señora Condesa; nada de lo que pueda á usted ocurrírsele será aproximado á la verdad. Si no quiere

usted ignorar toda su vida la causa de mi visita, tiene usted que escucharme; ¡una hora, una hora nada más! Una hora que se pierde con cualquiera y á mí me salva; me salva la vida; la vida de un hombre bien vale una hora de atención; ni de atención siquiera; puede usted pasearse; puede usted leer; puede usted no escucharme...; pero déjeme usted permanecer aquí una hora y estoy salvado.

CONDESA

Usted está loco, ó es usted un bromista de mal género... De todos modos ya es bastante...

CARRILLO

Señora Condesa, yo estoy aquí por una apuesta.

CONDESA

Pues si en estar aquí consistía el ganarla, ya la ha ganado usted.

CARRILLO

No basta. Necesito permanecer una hora; una hora de reloj; una hora justa. Usted no pensaba salir esta noche; usted no espera á nadie, porque esta noche todo el mundo está en casa de la Duquesa de Siete-Suelos, con quien usted está regañada. Usted es viuda, señora Condesa; no tiene usted un marido que pueda alarmarse por mi visita; tampoco tiene un amante...

CONDESA

¡Caballero!

CARRILLO

O pretendiente, es igual; señora Condesa. Yo le aseguro á usted que sé historias de sociedad muy divertidas; recito versos; canto regularmente, puede pasarse conmigo una hora muy entretenida; y son tres mil pesetas, tres mil pesetas que yo nunca me hubiera atrevido á pedir á usted; pero sí me atrevo á solicitar que me ayude usted á ganarlas. Le cuesta á usted menos que organizar una función benéfica, mucho menos que sablear á los amigos para contribuir á una obra de caridad. No le cuesta á usted nada; una hora, una hora que me permita usted permanecer en su casa.

CONDESA

Pero esa apuesta ¿qué significa? ¿Usted cree que yo puedo prestarme?...

CARRILLO

Consiste, sencillamente, en que yo he apostado con unos amigos, á que usted, sin conocerme, me recibía en su casa; yo le exponía á usted el objeto de mi visita, y usted era tan generosa, tan inteligente, de alma tan grande, que estimaba usted en mucho más la vida de un hombre que su reputación.

CONDESA

¿Mi reputación? Esto es demasiado. Salga usted, salga usted inmediatamente y no dé usted lugar á que llame á los criados.

CARRILLO

Ya lo decía yo. Ahora es cuando he ganado mi apuesta.

CONDESA

¿Ahora?

CARRILLO

Sí. Yo sostenía que la única dama en Madrid capaz de consentir en lo que yo acabo de proponer á usted, era la Duquesa de Siete-Suelos, su mortal enemiga. En efecto, la otra noche, me presenté en su casa, como hoy en la de usted; le expuse el motivo de mi visita, como hoy á usted; pero á la señora Duquesa le hizo muchísima gracia; me mandó sentar; me sirvió un delicioso té... pasé hora y media, y gané mi apuesta. Entonces mis amigos, algo picados en su amor propio, sostuvieron que era lo más fácil del mundo, porque señoras como ustedes nada comprometían por recibir á un hombre en su casa; que cualquiera novedad llamaba la atención de ustedes; y por tener que contar á los amigos un lance extraño, admitían ustedes la broma muy complacidas. Yo aseguré que no era tan fácil; que no siempre se ha-

llaba una dama de tan gran corazón como la Duquesa de Siete-Suelos, y que estaba seguro de que entre cinco señoras más de la alta sociedad, las que ellos designaran, no volvería á escucharme ninguna más de quince minutos... La señora Condesa no ha pasado de los diez minutos. He ganado la segunda apuesta y me retiro.

CONDESA

Espere usted. Confiese usted que esta segunda apuesta era más fácil de ganar, porque en usted consiste el ser despedido antes de quince minutos; basta con que cometa usted una inconveniencia; y es tan fácil cometer una inconveniencia, la de presentarse así es bastante. Sus amigos de usted son muy cándidos, ó quieren beneficiarle á usted de este modo, dejándole creer que usted gana lo que, en realidad, ellos le ceden á usted generosamente.

CARRILLO

No lo crea usted, señora Condesa; esta segunda apuesta es más difícil de ganar que la primera.

CONDESA

¡Qué disparate! ¿Querrá usted hacerme creer que permanecer una hora en casa de una señora que no le conoce á usted, que no le ha visto á usted en su vida, es más fácil que salir de su casa antes de quince minutos, cuando lo natural es

que la señora le despida á usted apenas se halle con un desconocido; y en último caso, suponiendo que ella no le despida, usted puede salir cuando quiera?

CARRILLO

Ya ve usted que no. A menos de ser un grosero, yo no hubiera podido salir de aquí antes del cuarto de hora. Han pasado los quince minutos y aún no he podido despedirme por no dejar á usted con la palabra en la boca.

CONDESA

¿Quince minutos? Entonces... ¿ha perdido usted?

CARRILLO

Por culpa de usted, señora Condesa. Mejor dicho, por culpa de mi esmerada educación, que me ha impedido cometer la grosería de interrumpir á usted en su conversación. ¿Comprende usted si me hubiese sido fácil permanecer aquí una hora?

CONDESA

Una hora no son quince minutos.

CARRILLO

Son cuarenta y cinco minutos más, señora Condesa.

CONDESA

Pues no se detenga usted uno más; diga usted que fué el tiempo que tardó usted en bajar la escalera... y acaso todavía.

CARRILLO

Yo juego limpio, señora Condesa. Han pasado los quince minutos; ya me es igual; no tengo prisa ninguna. *(Se sienta.)* Estoy á la disposición de usted.

CONDESA

¡Ah, eso no! Haga usted el favor de salir; de otro modo puedo creer...

CARRILLO

Que sólo pretendo marear á usted, distraerla, despertar su curiosidad para que pase el tiempo sin sentir.

CONDESA

Sí, eso creo; eso parece.

CARRILLO

No, señora Condesa; usted no me conoce.

CONDESA

Porque no le conozco á usted me parece que broma, apuesta, ó lo que sea, ya es bastante.

CARRILLO

No, señora Condesa. Si yo hubiese pretendido permanecer aquí una hora, no hubiera tenido más que emplear el sistema que emplee con la señora Duquesa; es infalible.

CONDESA

¿Infalible? ¿Qué sistema es ese?

CARRILLO

No pregunte usted, señora Condesa; y ya siento haber dicho... porque ahora es cuando puede usted creer que sólo trato de despertar su curiosidad para que pase la hora sin sentir y ganar mi apuesta.

CONDESA

Pues bien, gánela usted en hora buena; queda usted en libertad completa. Hable usted ó calle, lea, ó fume ó pasee... Si gana usted, no quiero que diga usted que fué porque despertó mi curiosidad... ¿Fué ese el sistema que empleó usted con la de Siete-Suelos? No quiero parecerme á ella en nada.

CARRILLO

Es que la curiosidad de usted consiste ahora en saber si yo tengo interés en permanecer aquí.

CONDESA

Repito que me es igual; puede usted hacer lo que guste.

CARRILLO

Es decir, que sólo por curiosidad; por un sentimiento de orden tan inferior, consiente usted en lo que no hubiera usted consentido por compasión.

CONDESA

Amigo mío, usted se lo dice todo. Puede usted hacer lo que guste; yo le dejo á usted solo; así no dirá usted que me mueve curiosidad alguna.

CARRILLO

¿Quiere usted más curiosidad? ¿Me deja usted permanecer aquí todo el tiempo que yo quiera?

CONDESA

Ya lo oyó usted.

CARRILLO

¿Para saber si yo tengo interés en permanecer aquí? ¿No es eso curiosidad? Ahora no me echaría usted de aquí por nada de este mundo. ¿Á que no? ¿Qué apostamos?

CONDESA

Pero usted tiene la manía de las apuestas.

CARRILLO

¿Á que ya no me echa usted?

CONDESA

Si usted se empeña... ¿Es otro número del programa? ¿Obligarme á que le eche á usted?

CARRILLO

No es usted capaz. Una sola palabra mía que volviera á despertar su curiosidad, bastaría para detener á usted. Confiese usted que está usted sugestionada; que en este momento no es usted dueña de su voluntad; que si yo no me compadeciera de usted haría de usted lo que yo quisiera.

CONDESA

¿Qué dice usted? Es mucho atrevimiento... Se ha propuesto usted que le eche, ¿no es eso?

CARRILLO

Ya duda usted... ¿Lo ve usted?

CONDESA

No dudo; se saldrá usted con la suya.

CARRILLO

Si eso quiero. Obligar á usted á que obedezca á mi voluntad.

CONDESA

¿Se dedica usted al hipnotismo? ¿Cree usted haberme sugestionado?

CARRILLO

¿Y qué haría usted para demostrarme que no lo está? Me deja usted... ¿Sabe usted si mi propósito es ese: quedarme? Me echa usted... ¿Sabe usted si es eso lo que deseo?

CONDESA

Basta; basta... *(Toca el timbre y sale el criado.)*

CARRILLO

Por fin.

CONDESA

Acompañe usted á este caballero. Supongo que no dará usted un escándalo.

CARRILLO

De ningún modo. Hasta la vista.

CONDESA

¿Piensa usted volver?

CARRILLO

No lo sé... De todos modos pienso volver á ver á usted alguna vez en mi vida. *(Sale con el criado.)*

CONDESA

Es un loco, no hay duda; un loco peligroso. Ha conseguido trastornarme. *(Entra el criado.)*

CRIADO

Ese caballero me ha entregado esta carta, y espera en la antesala.

CONDESA

Todavía... Si acabará por alguna petición... era de esperar... *(Lee.)* «Señora Condesa: He ganado mi apuesta.. » *(Hablado.)* Dichosa apuesta... *(Lee.)* «Yo aposté á que usted me recibiría en su casa; creería usted al principio que se trataba de un ladrón, y acabaría usted por quedarse con veinte duros míos...» ¡Ah, es verdad!... ¡Los veinte duros! Pronto, que pase ese caballero... *(Sale el criado.)* «El billete está marcado; tenga usted la bondad de enviarlo á las adjuntas señas, y percibirá usted, en cambio, algunos más para sus pobres.» *(Entra Carrillo.)*

CARRILLO

Ya ve usted, Condesa, cómo no hemos tardado en vernos.

CONDESA

Pero supongo que la broma habrá terminado. Confiese usted que toda la gracia ha consistido en marearme con su conversación para que yo no volviera á acordarme de sus veinte duros.

CARRILLO

Sí, señora Condesa, esa era; el enunciado de la apuesta fué mucho más brutal. Yo dije que entraría en su casa de usted, y que sólo con enseñar un billete de veinte duros permanecería en ella todo el tiempo que yo quisiera.

CONDESA

¡Qué grosería! ¿Y qué pretendía demostrar con eso?

CARRILLO

Que el dinero lo puede todo. Confiese usted que sin el billete me hubiera usted mandado poner en la calle á las primeras palabras.

CONDESA

Lo confieso; pero sin su habilidad para distraerme con su charla, no me hubiera olvidado de devolvérselo, ni le hubiera escuchado á usted tanto tiempo. Debe usted más á su ingenio que al dinero.

CARRILLO

¡Es usted muy amable!

CONDESA

Y como la aventura me ha divertido más que si hubiera asistido al baile de la de Siete-Suelos, deseo que se halle usted presente al referirla. Mañana espero á varios amigos á comer. ¿Quiere usted acompañarme?

CARRILLO

Señora Condesa, yo que usted no volvería á recibirme.

CONDESA

¿Por qué?

CARRILLO

Porque ya conoce usted mi habilidad para encaminar los sucesos al fin que me propongo, y quién le dice á usted que no me he propuesto enamorar á usted; que se case usted conmigo... Y eso sí que sería una solución definitiva en mi vida.

CONDESA

¿De veras? Pues sólo por ver si su habilidad llega á tanto, no quiero que diga usted nunca que le privé de ningún medio para conseguirlo. Le espero á usted á comer. Hasta mañana.

CARRILLO

Hasta mañana, Condesa.

TELÓN

CUENTO INMORAL

MONÓLOGO

Estrenado en el Teatro Novedades de Barcelona
el 22 de Julio de 1905
y en el Teatro Español de Madrid
el 15 de Noviembre de 1905

Interpretado por el primer actor D. José Santiago.

CUENTO INMORAL

MONÓLOGO

¡Qué compromiso! Hay días en que se siente uno capaz de las mayores audacias, y nada le parece imposible. Y es que yo soy así; hay dos palabras que me sublevan, me encienden la sangre y me obligan á sentirme capaz de todo: la palabra difícil y la palabra imposible. Basta que alguien diga de alguna cosa delante de mí: es difícil, es imposible, para que yo conteste al punto: No hay nada difícil, no hay nada imposible; yo hago eso; yo lo hago; se discute, se cruzan apuestas... yo me veo obligado á sostenerlas... y ya estoy metido en un lío... Y el de ahora es flojo. Figúrense ustedes que alguien me dijo ayer: Tú que tienes tantas simpatías en el público, bastante autoridad y mucho desparpajo, ó sea desahogo; vamos á ver, ¿á que no te atreves á presentarte al público y contarle un cuento... un cuento inmoral, uno de esos cuentos capaces, según frase consagrada, de ruborizar á un guardia civil? Yo no sé qué motivo

puede haber para que la Guardia Civil sea más refractaria al rubor que cualquier otro Instituto armado; el caso es que la Guardia Civil y los Carabineros comparten este privilegio. Pero no divaguemos. ¿Un cuento inmoral? ¡Imposible! exclamaron varios; ya dije antes que la palabra imposible tiene el privilegio de encenderme la sangre. No hay nada imposible. Y quedo comprometido á contar el cuento. ¡Y qué cuento! Se eligió por sufragio en un café de camareras; las camareras tomaron parte en la votación y su voto decidió del resultado... ¡Valiente cuento! Las pobres chicas sólo le conocían por el título, y el título les engañó. (No es el primer título que las engaña.) Es un título tan inocente... parece de un cuento de niños... pero, sí, bueno está el cuentecito... Ya me lo dirán ustedes; sólo de recordarlo se me sube el pavo... Pero no hay nada imposible. Difícil, sí; á pesar mío debo confesar que hay algo difícil, y este es uno de los casos difíciles. Ya sé que ustedes creen seguramente que yo no me atrevo á contar el cuentecito; por eso están ustedes tan tranquilos y tan sentados, sin disponerse á despejar el teatro, no sin antes llamarme algo... Pero, ustedes no me conocen. Ustedes no saben de qué modo la palabra imposible excita mis nervios; todo el azahar del mundo no bastaría á calmarlos, como todo el azahar del mundo no bastaría á dar á mi cuento un aspecto inocente. Advierto que empiezan ustedes á ponerse serios; empiezan ustedes á temer que yo sea capaz de todo.

Tranquilícense ustedes; yo contaré el cuento, no lo duden ustedes; pero mi apuesta no sólo consiste en contarlo, sino en que ustedes lo escuchen; porque, claro está que contarlo en el vacío no tendría dificultad ninguna, y ya dije que la palabra difícil me exaspera tanto como la palabra imposible.

Para que ustedes me escuchen, debo contar el cuento de cierta manera... Eso es lo difícil; pero no lo imposible. Advierto que ya están ustedes tranquilos; pensarán ustedes que, al fin y al cabo, el cuento no tendrá nada de particular... ¡Ah! El cuento es tremendo; capaz de ruborizar (me horripilan las frases consagradas) capaz de ruborizar á un acomodador del Salón de Actualidades. ¿Cómo contarlo sin que, al oirlo, las señoras no se levanten como un solo hombre y los caballeros, por galantería, no se crean en el caso de acompañarlas... y yo me quede solo, solo ante los acomodadores, que no serán tampoco tan ajenos al rubor como los del susodicho Salón, avezados al tango con todos sus pormenores? Pues bien; contaré el cuento, y lo contaré de tal manera que de ustedes exclusivamente dependa su inmoralidad. Si observan ustedes la actitud conveniente, si saben ustedes protestar en el momento oportuno, la inmoralidad habrá desaparecido como por encanto y cualquier novela de la Biblioteca *Rosa* será un cuento de Bocaccio comparada con mi cuento... Y va de cuento.

Este era un matrimonio, compuesto, como la

mayor parte de los matrimonios, de una mujer, un marido y un... (ya se adelantan ustedes con malicia; ya les advertí á ustedes que de ustedes depende todo.) De una mujer, un marido y un niño de pocos meses, de muy pocos... Como en todos los matrimonios, la mujer no quería nada al marido... ¿Encuentran ustedes demasiado categórica mi afirmación? Pues bien; yo la sostengo y me ratifico. No hay matrimonio en que la mujer quiera al marido... ¿Se escandalizan ustedes? ¿Necesitan ustedes una prueba?... En este momento estoy seguro de que me escuchan infinidad de señoras casadas... Si hay una, una sola, que quiera á su marido, yo la ruego que se levante y que lo diga en voz muy alta: Yo quiero á mi marido. *(Pausa.)* ¿Lo ven ustedes? ¡Ni una sola! Ya dije á ustedes que de su actitud dependía la inmoralidad de mi cuento. ¿Puede darse nada más inmoral que entre una porción de señoras casadas no encontrar ni una sola que quiera á su marido? Gané mi apuesta. Y ahora soy yo el que se retira escandalizado.

FIN

LA SOBRESALIENTA

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO Y TRES CUADROS, ORIGINAL
DE D. JACINTO BENAVENTE,
MÚSICA DE D. RUPERTO CHAPÍ

Estrenado en el Teatro Español el 23 de Diciembre
de 1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA PEPA LA REMEDIOS, Sobresalienta del Teatro del Príncipe. . . .	Sra. Guerrero.
CINTIA, su criada.	Srta. Suárez.
DOLORES, maja.	» Cancio.
MICAELA, maja.	Sra. Morera.
LA PENDENCIERA. . . .	» F. de Salverda.
LA GARBOSA	Srta. Villar (D.)
LA DAMA.	» Bremón.
UNA CÓMICA.	Sra. Boffill.
DON FLORO, abate. . . .	Sr. Santiago.
EL MORENO, torero. . .	» Díaz.
EL RUBIO, torero. . . .	» Mesejo.
EL REMENDAO.	» Vargas.
EL CUMPLIDO.	» Guerrero.
EL FANFARRIA.	» Juste.
EL PICAJOSO.	» Gil.
EL GALÁN.	» Cirera.
EL GRACIOSO.	» Carsi.
EL CONSUETA	» Viosca.
EL TRAMOYISTA.	» Viñals.
UNA VOZ	» Fernández.

LA SOBRESALIENTA

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

El escenario del Teatro del Príncipe durante un ensayo.

ESCENA PRIMERA

La DAMA, el GALÁN, DON FLORO, el CRACIOSO, el CONSUETA, COMEDIANTES

Música.

CÓMICAS

Cuéntenos don Florindo lo que se cuenta,
que es de un abate la obligación,
por esas calles y esos estrados,
el saber todo lo que pasó.
¿Qué modas nuevas vienen de Francia?
¿Qué otra derrota tuvo el francés?
Y si ha podido por fin saberse
¿cuál es el ojo huero del rey José?
¿Qué perfume usa Risela?

¿Quién la viste y quién la calza?
¿Son de ley todas sus joyas?
Y ese lujo ¿quién lo paga?
Contad, contad, que es de un abate
la obligación,
por esas calles y esos estrados,
el saber todo lo que pasó.

D. FLORO

Yo hago una vida muy retirada,
soy un poeta, un pobre autor,
y no sé nada de lo que pasa
en este mundo de perdición.
¿Qué habré yo visto que no hayáis visto?
¿Qué habré yo oído que no sepáis?
Que si en el mundo se aprende mucho,
en el teatro se aprende más.
Es el teatro del mundo espejo,
y ya lo dicen graves autores,
porque *castigat ridendo mores*,
y con la risa nos da el consejo.
Así el teatro debiera ser
de las costumbres el ejemplar,
pero ¡ay! que suele suceder
que pocos vienen á aprender,
y todos vienen á enseñar:
las hermosas su belleza
sin rival,
sus conquistas amorosas
el galán.

Su apostura el pisaverde, que de todos
fijar quiere la atención,
con miradas y saludos y sonrisas,
el chaleco y los dijes del reloj.
Su sal ática y su crítica
el poeta pedantón.
Y así, todos comediantes,
la comedia verdadera
es la del espectador.

CÓMICAS

¡Ay!, don Florindo, mi don Florindo,
que ahora nos quiere moralizar,
sabiendo todas lo que sabemos,
¿quién toma en serio su gravedad?

GALÁN

¿No se ensaya? ¡Voto al diablo!
Dejen ya de murmurar.

CONSUETA

Falta la Sobresalienta.

GALÁN

Esa siempre ha de faltar.
Pues empieza que ya es tarde.

D. FLORO

Mal humor gasta el Galán.

CÓMICAS

En lo trágico le aplauden,
y en tragedia siempre está.
Pero no le hacemos caso
y que siga el murmurar.

D. FLORO

Nunca, señoras mías,
ni una palabra más,
que yo no quiero por ningún caso
que se incomode nuestro Galán.

CÓMICAS

Cuéntenos, don Florindo, lo que se cuenta,
que es de un abate la obligación,
por esas calles y esos estrados,
el saber todo lo que pasó.

Hablado.

DAMA

Cuente, don Floro, cuente. ¡Lo que me divierten las historias de señorones! Aquél lance de la duquesa que no acabó usted ayer de contarnos.

D. FLORO

Una pastilla... Pues, señor, dejamos á mi señora la duquesa y á su gentil galán encerrados por mano del marido mismo... Y el señor duque mientras...

GRACIOSO

Perdone, mi señor don Floro, yo hallaría más

natural que el marido hubiera sido el encerrado. *(Se ríe.)*

DAMA

Te ríes tú solo. Si quisiste ensayar el efecto de alguña morcilla...

GRACIOSO

Ya sé que una dama trágica como tú no puede reirse nunca. Se la descalzaría el coturno.

DAMA

De tus gracias no hay miedo que me ría, ni yo ni nadie. Cuando trabajas en el fin de fiesta la gente cree que los dramas tienen un acto más.

GRACIOSO

Ya; porque se han reído lo bastante en el drama y creen que se ha trastornado el orden de la función.

GALÁN

Vaya, ¿á quién se espera? Frasquito da versos.

CONSUETA

Falta la señora María Josefa.

GALÁN

La señora María Josefa.

DAMA

¡La señora! Vaya, don Floro, siga usted esa historia.

GALÁN

No señores, déjense de historias; al ensayo. Aquí no estamos para perder el tiempo. Y yo no espero más, que á las dos tengo mis ocupaciones.

GRACIOSO

¡Ah, sus ocupaciones!... ¿El teatro es la diversión de usted, por lo visto?

GALÁN

¡El teatro, es la condenada hora en que pisé las tablas para que el primero que pague ocho cuartos pueda divertirse con uno.

GRACIOSO

Y menos mal, cuando se divierten.

GALÁN

Y para tener que tratar con gentecilla de poco más ó menos.

GRACIOSO

Que digan eso los galanes y damas, que no tratan ni se rozan más que con reyes, príncipes y archipámpanos... Si fuéramos nosotros, los del sainete y la tonadilla.

GALÁN

No estoy de chanzas, y las chanzas para los morenos y cada uno en su puesto.

GRACIOSO

¡Ay, si cada uno estuviéramos en nuestro puesto!

GALÁN

¡Por vida, que no aguanto insolencias!

GRACIOSO

¡Ni yo desplantes! *(Van á venir á las manos.)*

UNA CÓMICA

¡Á mi marido!... ¡Favor! ¡Tenedlos, que me lo matan!

D. FLORO

¡Señores, señores!

DAMA

¡Si se mataran de una vez!

D. FLORO

¡Señores, señores! ¡Por estas damas, por estos hábitos, por este templo del arte que no debe ser profanado con pendencias de plazuela, sino cuando la farsa representada lo exija y sólo de burlas, y burlas ha sido todo esto, sin duda, y como burlas ha de tomarse. ¿No es cierto, señores? Vengan esas manos, vengan ya, y mal haya la señora María Remedios por su tardanza, que hizo perder la paciencia, y con la paciencia el agrado á nuestro primer galán. No se difiera el ensayo, yo cubriré la figura de Astrea si ustedes me guardan el secreto, por el decoro de estos hábitos.

DAMA

Es que la María Pepa, la señora María Pepa, como dicen ustedes, se ha creído una cosa del otro mundo, y ha de hacerse esperar todos los días. Y no es sólo al ensayo; á silbidos y á coces se hunde el coliseo todas las tardes porque se tarda en empezar, y la señora muy repantigada en su cuarto de tertulia con sus cortejos. Y como el público no sabe lo que pasa de telón adentro, con la primera que asoma lo paga, y por ser yo la primera dama, cree, con razón, que sólo por mí puede esperarse más de lo justo. Y no queráis saber lo que me dijeron ayer unos desvergonzados, que creí caerme redonda al escucharlo.

D. FLORO

Acostumbrada y mal permitida licencia del vulgo.

GALÁN

Les digo á ustedes que la Sobresalienta se ha propuesto darnos que hacer; pero no seré yo quien lo aguante.

DAMA

Como ha venido á Madrid embargada por orden superior...

GALÁN

Y está muy protegida...

DAMA

Y muy obsequiada. Y se gasta más de lo que

gana en repartir gente por gradas y patio para que se pasme y palmotee apenas abra la boca.

GRACIOSO

Más de lo que gana no lo creo.

DAMA

Más de lo que gana con su trabajo, quise decir.

D. FLORO

¡Ay, quien sabe, todos son trabajos! Pero ensayemos, señores, ensayemos.

DAMA

¿Por dónde se empieza?

D. FLORO

Por donde ustedes quieran.

GALÁN

¿No cubre usted la figura de Astrea?

D. FLORO

Sí, sí; es verdad. Cuando ustedes gusten.

DAMA *(Declamando.)*

¡Ay, Astrea, no indagues, no preguntes,
debo callar y moriré callando.
Y si contigo callo cuando fuiste
mi madre casi, mi nutriz piadosa,
la que sino al calor de sus entrañas,
al calor de su pecho me dió vida.

Está dicho con mucha elegancia... ¡Mi nutriz piadosa!

D. FLORO

Decir nodriza sería impropio del decoro de la tragedia.

GALÁN

Bueno, bueno; adelante; ya sabemos que la tragedia es cosa rica.

DAMA

Vamos, don Floro; ahora usted, Astrea.

D. FLORO *(Con voz de mujer).*

Ven á mis brazos, ven sobre mi pecho,
y como en tu niñez, en el buscabas
con afán la precisa subsistencia,
así hoy alivio á tu dolor te ofrece;
sobre mi pecho, pues, descubre el tuyo.
(Entra María Pepa.)

MARÍA PEPA

¡Bravo, don Floro, bravo!. Esa es la entonación, esa.

D. FLORO

¡Oh, divina Talía!

MARÍA PEPA

¿Llego tarde?

GALÁN

Por nuestro reloj sí, por el de usted no sabemos.

MARÍA PEPA

Los de mi casa todos están parados.

DAMA

¿Y no tiene usted ninguno cerca que dé campanadas?

MARÍA PEPA

Muchos; pero con el barullo de la conversación no se oye.

DAMA

¿Tanta conversación tiene usted en su casa?

MARÍA PEPA

Y música y baile, y tantos coches á la puerta que van á tener que enarenarme la calle.

DAMA

No, por Dios, que van á creer que está usted de peligro.

MARÍA PEPA

Y algunos puede que se alegraran. ¿No es eso?

DAMA

Según de lo que sea el peligro.

MARÍA PEPA

Si es de lo que usted piensa ya no sería alegría, sería envidia.

DAMA

¡Jesús! ¡Envidia! Es mucho presumir. ¿Qué le vamos á envidiar á usted?

MARÍA PEPA

Eso es verdad. ¿Qué tendré yo que usted no tenga? A faltas y sobras allá nos iremos.

DAMA

Le falta á usted un marido.

MARÍA PEPA

No quiero acostumbrarme á lujos, que un marido trae muchas obligaciones y sólo el gasto de vergüenza que supone, no es para todas.

DAMA

Cierto, y que de eso cuando no lo hay en casa, no hay donde comprarlo.

MARÍA PEPA

Si es lo que va más barato; no se vende siquiera, hay quien la tira; pero esa no sirve.

DAMA

Ni usted lo necesita.

MARÍA PEPA

Verdad es, para andar con quien ando.

DAMA

Oiga usted...

MARÍA PEPA

¿Qué tenemos?

D. FLORO

Madamas, madamas; no se acaloren, por favor,

que la viveza en la réplica puede llevarlas á decirse lo que no pensaron.

GALÁN

Sí, sí; esa escena ya está bien ensayada, pasemos á las nuestras.

MARÍA PEPA

¿Ensayar? Aquí está mi papel.

GALÁN

¿Devuelve usted su papel?

D. FLORO

Pero considere usted, airada Melpómene, que ni yo ni mi pobre tragedia debemos pagar los piques de ustedes.

MARÍA PEPA

No se trata de eso, se trata de que hasta hoy no me había enterado de mi papel y yo no hago papeles que no son de mi categoría. Yo soy la Sobresalienta, con ese título me han traído y ese título sostendré por encima de todo.

GALÁN

Eso es cuestión de usted con el Comisario.

MARÍA PEPA

Y con los regidores y con el Alcalde y con Su Majestad Pepe Botella, si me apuran.

D. FLORO

¡Jesús! ¡Jesús! Calle, calle, que todo se oye y todo puede llegar á traslucirse donde más nos importe; pero volvamos al origen de esta lamentable controversia. El papel...

MARÍA PEPA

¿Pero hablo yo á sordos? Ya dije que no lo hago. ¿Yo de nodriza? ¿Y nodriza de esta señora? Para figurarlo con regular propiedad siquiera, habría de figurar con ochenta años.

DAMA

¡Oiga usted!

MARÍA PEPA

Y como no es cosa de ponerme un pelucón de lanas, ni de pintarme un sol en la cara á puras rayas de corcho, ahí queda el papel... que vejestorios no faltan en la compañía. Y si ustedes han creído, porque todos saben que me llaman la Remedios, y me lo llaman, porque siempre que se ofreció me encargué de cualquier papel, una cosa es por voluntad y otra por exigencia... Y no se hable más, que si me han traído á Madrid contra mi gusto, no me han traído para que nadie me pise ni me rebaje. Y en esto no cedo y antes dejaré la corte y dejaré de andar en compañías de fama y me iré de pipirijaina por esos lugares.

D. FLORO

¡Jesús! ¡Jesús! Y quién tendrá la culpa de esa destemplanza.

GALÁN

Eso quiere decir que terminó el ensayo. Señores, buenas tardes.

D. FLORO

Pero, cómo... ¿Nos deja usted empantanados? Considere...

GALÁN

No estoy para perder el tiempo. *(Sale.)*

DAMA

Ni yo tampoco estoy para sofocos, que esta tarde tengo parte de mucho empeño y con nada se me empaña la voz. Ya creo que tendré la jaqueca. Evaristo, Evaristo... ¿Dónde estará ese marido mío? *(Sale.)*

VARIOS CÓMICOS

Muy buenas tardes, muy buenas tardes... *(Salen.)*

D. FLORO

¡Ay, hermosísima María Pepa, como se conoce que obtenéis vuestro mayor triunfo cantando la tirana! Bien mostráis serlo.

MARÍA PEPA

¿Yo tirana? Calle, don Floro.

D. FLORO

Sí, sí lo sois.

Música.

DÚO

MARÍA PEPA

Dicen que soy tirana,
y no es tirano mi corazón
cuando palabras dulces
le hablan de amor.
Pero si alguien pretende
burlar conmigo, tirana soy,
que al que burlarme quiere
le burlo yo.

Soy la Sobresalienta
y quiero siempre sobresalir,
y no cedo en mi puesto
ni tanto así.
En cariños y en odios soy firme,
y por la buena no la hay mejor,
pero si á malas vienen y malas buscan
no la hay peor.

D. FLORO

Esta si que es tira-tirana.
Yo no vi tirana más fiera.
¡Con sus obras en estos corrales
lo que pasan los pobres poetas!

MARÍA PEPA

No me llame tirana
que no lo soy.
Si por buena me buscan
no la hay mejor.

D. FLORO *á dúo con* MARÍA PEPA

Esta si que es tira-tirana.
Yo no vi tirana más fiera.
¡Con sus obras en estos corrales
lo que pasan los pobres poetas!
Aunque canto la tira-tirana
yo no soy ni tirana ni fiera;
yo respondo según me preguntan
y si alguno me busca me encuentra.

Recitado.

D. FLORO

Pero, María Josefa...

MARÍA PEPA

No muela, don Floro. *(A Dolores y á Micaela, que han entrado momentos antes.)* ¿Qué se ofrece?

D. FLORO

Reina y señora... ¿cómo podría este infeliz poeta?...

MARÍA PEPA

Largo de aquí

D. FLORO

Me retiro, pero sólo al paño; aún espero...

¡Oh, Dioses inmortales, sed propicios!
¡Volved á mí su corazón ingrato! *(Sale.)*

DOLORES

(Acercándose.) ¿La señora María Josefa? ¿La Sobresalienta?

MARÍA PEPA

Para servir á ustedes... ¡Pero, calle! ¿Eres tú, Dolores? ¡Prima! ¿Pero no me habías conocido, ó á qué vienen esas reverencias?

DOLORES

¡Bendito sea Dios! ¿Eres tú? ¿María Pepa? ¡Tú! ¿Qué había yo de saber? Ni por lo más remoto. ¿Tú aquí? Y tan en grande. Porque debes estar en grande. No hay casa ni tertulia en que no se hable de ti. Micaela, ¿ves esto? Es mi prima María Pepa, de la que me has oído hablar tantas veces; prima carnal, hija de un hermano de mi madre... Micaela es también como cosa mía; es mi comadre, y juntas andamos en este tráfico de comprar y vender, que ya es ajetreo, pero en fin, deja para ir tirando y gracias á eso podemos vivir. ¡Ay, si tu supieras! Pero ven acá que te mire y vuelva á mirarte; que no me canso. ¡Jesús y qué guapa estás! Y cómo te das un aire á nuestra tía Jacoba, la que entró en religión; por cierto

que ahora ha salido de abadesa y en la orden no saben donde ponerla. ¿Qué me dices comadre? Mira que encontrar aquí á mi prima... En el teatro había de ser para que fuera como paso de comedia.

MICAELA

¡Qué más comedia y qué más teatro que este mundo!

DOLORES

Tienes razón. Esta habla poco, pero cada palabra es una sentencia.

MARÍA PEPA

¿Y cómo fué preguntar por mí si no me conocías?

DOLORES

Ya te dije que mi comadre y yo andábamos en esto de correr alhajas y ropas de todas clases y perfumería, y todo lo que se ofrece. Gracias á Dios tenemos buena parroquia, porque sabemos á quién se puede fiar y quién puede hacernos favor el día de mañana. Que en el mundo todo hay que mirarlo, y el dinero no es todo en este mundo. ¿No es verdad, comadre?

MICAELA

Lo que tú dices. Que aunque somos dos, siempre vamos á una.

DOLORES

Por el Príncipe habíamos dejado de venir, porque á la presente todo es pobretería. Pero comenzó á hablarse por Madrid de la cómica nueva, de la Sobresalienta, que si era mujer de tales méritos y gracias, que si traía revueltos á los señores y envidiosas á las señoras; que si lucía las galas más ricas y más nuevas, y pensamos ésta y yo: pues ya se nos tarda de ir á ofrecernos para lo que de nosotras se ofrezca... y por eso vinimos.

MARÍA PEPA

¿Y mi nombre no te hizo pensar en que podía ser yo?

DOLORES

El nombre, el nombre... Desde que te fuiste de casa de tu padre, cuando se casó en segundas nupcias con aquella tarasca, va para ocho años. ¿No es eso?

MARÍA PEPA

Ocho años justos.

DOLORES

Nadie de la familia hemos sabido de ti. Cierto que desde chiquilla eras muy dada á remedar pasos de comedia. Pero, ¿quién había de decir que por ahí te llamaba Dios?

MARÍA PEPA

¡Qué remedio! Había que ganarse la vida. Y tú, ¿te casaste?

DOLORES

¡Ay, hija! Me tocas un punto que ojalá no hubiera tocado yo nunca. Casada estoy, por mi desgracia.

MICAELA

Por nuestra desgracia.

DOLORES

Para que en todo vayamos á una, porque hazte cuenta que como ésta y yo en todo estamos de acuerdo, nuestros hombres, menos en cara y cuerpo, que no pueden ser más distintos, en el genial y en haber nacido para hacernos pasar en vida el purgatorio, son tan iguales y conformes que á lo mejor yo peleo con el de ésta y el de ésta conmigo, y el de ésta me zurra á mí y el mío le zurra á ésta.

MARÍA PEPA

¿Qué me dices? ¿Tan mal acondicionados son?

DOLORES

Malos, malos... Peor que malos; que el malo, al fin, por conveniencia propia, alguna vez suele acertar con la conveniencia de los demás; pero la maldad de estos condenados á nadie aprovecha. Nosotras nos vemos aperreadas, sin que nos luzca lo que ganamos, y ellos andan más aperreados todavía.

MARÍA PEPA

¿En qué trabajan?

MICAELA

¿Trabajar? Figúrese usted, con perdón hablando, que usted se dijera comedianta y en la vida se hubiera usted visto en un tablado; pues haga usted cuenta que ellos han dado en llamarse toreros, y saben de torear como de cantar misa.

DOLORES

Pero presumen más que Pedro Romero y andan siempre rodeados de holgazanes como ellos, porfiando desde el lunes, toda la semana, sobre los lances de la corrida.

MICAELA

Y venga gastar en merendonas y agasajos.

DOLORES

Y vestir á lo majo de rumbo.

MICAELA

Y presumir que enamoran á cuantas miran.

DOLORES

Y que las señoronas más encopetadas pierden el juicio por ellos.

MARÍA PEPA

¿Y es posible que alguna señorona se haya prendado de ellos? Las usías son tan caprichosas.

DOLORES

Si lo son, y algunas historias sabemos nosotras;

pero de ellos, ¡qué ha de enamorarse ninguna! Fantasías suyas y cuentos que oyeron.

MICAELA

Calle usted, que de cuantas trapisondas tuvimos noticia mi comadre y yo, no valían para descalzarnos, aunque sea alabanza propia.

DOLORES

Las más encopetadas fueron las dos hermanas mondongueras del Rastro, y oirles á ellos era para creer que se trataba de dos princesas que vendían mondongo por gusto, como las princesas de los romances que se hacen pastoras para ver si alguien las quiere por su linda cara.

MARÍA PEPA

¿Sabes que me dan ganas de jugarles una burla que si no les cure del todo, les escarmiente un tanto?

DOLORES

Mejor empleada...

MARÍA PEPA

Pues dejadme salir con ella, que á mí me divierten más las comedias fuera del teatro y compuestas á mi gusto, que las que tengo que representar aquí por obligación. ¿Adónde acuden ellos á estas horas?

DOLORES

En este tiempo de primavera á un merendero

de la Florida, al de los Andaluces. Allí se pasan la tarde y la noche, y los días enteros cuando se enreda el jolgorio.

MARÍA PEPA

Y allí me voy yo ahora mismo con mi criada.

MICAELA

¿Usted?

MARÍA PEPA

Esta tarde no tengo parte en la comedia. Mi criada es la más graciosa bestia que habéis conocido. Desde una vez que representando por lugarones, á falta de segunda dama, la hice representar la Cintia en *El Desdén con el desdén*, y de tal modo salió del empeño que dejó memoria en cuantos la oyeron; nadie la conoce más que por Cintia. Y ella ha de servirme como nadie en esta burla.

DOLORES

¿Y qué ha de ser?

MARÍA PEPA

Dejadlo á mi cargo. Yo y mi criada hemos de presentarnos como dos señoronas, y tales trazas nos daremos que han de volverse locos, y después... corre de mi cuenta.

DOLORES

Sí que será gracioso.

MICAELA

Y si á la burla se añade un buen susto...

MARÍA PEPA

Frasquito, llamad á mi criada. ¡D. Floro! ¡Don Floro! *(Entra D. Floro.)*

D. FLORO

No en balde esperaba yo al paño. ¿Se ablandó por fin ese corazón?

MARÍA PEPA

Sí, sí: no me digáis nada... Haré el papel; todo lo que os plazca. Pero desde ahora quedáis á mi disposición. Os necesito, don Floro. Habéis de acompañarme.

D. FLORO

Al fin del mundo. Al Averno, si al Averno me condujérais.

MARÍA PEPA

¡Cintia! ¡Cintia! ¿Pero dónde estará esa muchacha?

CONSUETA

Señora María Pepa, con su licencia. Es la hora de disponer la escena. No se tardará en abrir las puertas y en entrarse la gente.

MARÍA PEPA

Sí, sí. Vamos á mi cuarto. Allí os diré lo que pienso. Vamos, don Floro. Vamos, prima. De poco

ha de servir mi arte si no os vuelvo á vuestros maridos curados de sus fantasías.

DOLORES

Si ese milagro hicieras, yo y mi comadre bendeciremos las comedias y la hora en que te diste á representarlas. *(Salen todos.)*

TRAMOYISTA

Venga el harem.

UNA VOZ DESDE EL TELAR

Allá va. *(Baja una decoración muy rota y muy sucia.)*

TRAMOYISTA

¿Qué es esto?

VOZ

Una lámpara de aceite que se volcó ayer.

CONSUETA

Bueno está. Venga el trono. Andad listos... Que se hace tarde y ya se entra la gente. Echad la cortina. *(Cae el telón.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Un merendero en la Florida.

ESCENA PRIMERA

Música.

MAJOS

(*Bailando.*) Los ojos de las rubias
son como el cielo,
y los de las morenas
como el infierno:
hay pocos santos,
y el infierno se llena
de condenados.

SOLDADOS FRANCESES

¡Olé por las manolas!
¡Olé salero!
No las hay más graciosas
al mundo entero.
En sus conquistas por todo el mundo
Napoleón,
como estas majas, otras mujeres
jamás él vió.

Recitado.

PENDENCIERA

Se acabó.

FANFARRIA

¿Qué te pasa?

PENDENCIERA

Que me he torcido un pie.

GARBOSA

¿Te has hecho daño?

PENDENCIERA

Parecéis bobos. ¿No véis que nos contemplan las naciones extranjeras?

FANFARRIA

Tienes razón. No había reparado. Se acabó la bulla. Si les es á ustedes igual un *Requiem Eternam. (Los soldados franceses se alejan.)*

PICAJOSO

Hay que creer en los agüeros.

GARBOSA

¿Qué voces son esas?

FANFARRIA

Su Majestad Pepe Botellas que vuelve del Pardo, y, como siempre que sale y entra, lleva alrededor una docena de desharrapados que le victorean por dos pesetas hasta quedarse roncos.

PENDENCIERA

¡Pobre hombre! Vamos á darle un viva de balde.

FANFARRIA

¿Yo? Ni de burla.

PENDENCIERA

Te digo que sí.

Cantado.

Yo quiero darle un viva
muy reservado.

MAJOS

¿Ese viva?...

PENDENCIERA

(Bajo.) El rey Fernando.
Unico rey de España
¡el deseado!

TODOS

Ese sí le daremos,
que aquí no somos afrancesados.
¡Viva el Rey... muy bajito!
¡El rey Fernando!
¡Unico rey de España
el deseado!

Recitado.

FANFARRIA

Y ahora, siga el baile, que ya estamos solitos los de casa.

PENDENCIERA

Pues vaya por los de casa, por Fernando y por España.

Cantado.—Baile.

Mientras pueda á mi gusto
dar ese viva
sólo diré cantando
¡viva mi niña!
No me da pena.
¿Qué mé importan los reyes?
¡Tengo mi reina!

ESCENA II

A un lado el MORENO, el RUBIO, el CUMPLIDO y el REMENDAO. A otro la PENDENCIERA, la GARBOSA, el FANFARRIA, el PICAJOSO y otro MAJO que toca la guitarra.

RUBIO

¡Bien bailado!

CUMPLIDO

¡Y retebién tocado!

MORENO

Todo ello bien merece otra ronda con su cimiento de algo sólido primeramente, que será lo que estas madamas pidan.

PENDENCIERA

¡Uy, madamas! Déjese de finuras á la francesa, que por acá somos muy españolas, y, aunque tan señoras como la primera, ni eso queremos ser á lo gabacho.

RUBIO

Muy bien parlao. Vaya, ¿qué desean ustedes?

GARBOSA

Se agradece; pero acabamos de merendar.

FANFARRIA

Ni estaría bien que no os hubiérais desayunado á estas horas. Ustedes no han visto que estas señoras vienen con nosotros y han merendado con nosotros. ¿O han creído ustedes que aquí no somos hombres para obsequiar á dos mujeres y que aquí venimos dos hombres con dos mujeres á pegar la gorra á su sombra?

PICAJOSO

Han tomado ustedes mal las señas. Es más abajo.

RUBIO

No hay porque ofenderse. Un obsequio lo ofrece cualquier hombre y lo acepta cualquier mujer, máxime si el obsequio no lleva ninguna mira particular. ¿Se ha dicho algo que ofenda?

PENDENCIERA

Claro que no. Y todo se agradece. Es que hay

hombres con los que no debía ir una á ninguna parte, porque siempre han de sofocarla á una.

GARBOSA

Si no estuviera una para suplir vuestras faltas.

PENDENCIERA

Es que no tenéis trato de gentes ni correspondencia.

GARBOSA

Es que siempre habéis de enseñar la hilaza.

PENDENCIERA

Es que sois muy bestias.

FANFARRIA

¿Y si probáseis á estar calladas?

PENDENCIERA

Probaremos.

CUMPLIDO

Vaya, señores, siéntense todos y beban todos, que bien se ve que no saben ustedes quien ofrece el obsequio. ¿Ustedes no han oído hablar nunca del Rubio ni del Moreno? ¿Ustedes no han ido nunca á la Plaza de los Toros? ¿Ustedes no son aficionados de sangre? Pues el Rubio y el Moreno, conocidos de todo el que entiende de toros y de lidiarlos, son estos amigos aquí presentes. Y no necesito decir quién es el uno y quién es el otro, porque claro está que si uno es el Rubio y otro

el Moreno... de colores si distinguirán ustedes, digo yo.

FANFARRIA

¿Dice usted que estos dos amigos son toreros famosos? Pues mire usted que ha ido usted á dar con quien no pierde corrida ni mojiganga y ha visto á todos los lidiadores tanto de á pie como de á caballo que han salido á la plaza, y la verdad, de estos amigos no recuerdo.

CUMPLIDO

Estos amigos no han toreado en Madrid todavía y el por qué todos lo sabemos; que aquí sólo privan el favor y la intriga y saben más de cuatro que el día en que estos amigos parecieran en el caso, con su arte y con su valor y con su planta... Porque digan ustedes ¿Dónde han visto figuras mejor sacadas para el caso?...

MORENO

No ponderes que pueden creer que te apasionas.

RUBIO

O que te hemos convidado.

CUMPLIDO

A mí no me ha convidado nadie, que me he convidado yo; de modo que no tengo por qué decir una cosa por otra. Pero yo les digo á estos amigos que si no han visto torear á estos amigos,

hagan cuenta que no han visto una corrida de toros.

PENDENCIERA

¡Válgame Dios, que siempre ha de estar el mérito oculto!

GARBOSA

No lo dirás por ti, que no ocultas ninguno.

MORENO

Ni por nosotros, que todo el mundo no es Madrid, y Plazas hay en el mundo que valen tanto.

RUBIO

Y hartos estamos de aclamaciones y de palmadas.

MORENO

Y ocho días ha toreamos la última corrida sin ir más lejos.

GARBOSA

¡No haberlo sabido! ¿Y en dónde fué?

RUBIO

En Villaconejos.

PENDENCIERA

¿Serían corridas reales?

MORENO

Lo que fué una corrida que... ¡Jesús me valga! quisiera yo ver á esos que se hacen pagar dos y tres onzas por matar cuatro utreros añojos, ha-

bérselas con aquellas fieras, que se ponía uno delante y los cuernos le salían á uno por encima de la cabeza.

PENDENCIERA

Mire usted por donde demonios iban á salir.

MORENO

¡Alto allá! Que tocante á nosotros aún podíamos pasar la chanza; pero hay en casa dos mujeres muy de bien y de mucha conducta y no está bien que anden en opiniones de nadie.

FANFARRIA

¿Lo véis ahora? ¿Quién pone á los hombres en ocasiones y quién habla más de lo justo y quién gasta chanzas que ofenden? Ustedes perdonen que ustedes saben lo que son mujeres y que siempre han de propasarse.

PENDENCIERA

Para sabido que los señores eran casados. Como nadie llevamos ó dejamos de llevar en el pecho un papel, como las casas desalquiladas.

MORENO

Perdone usted. Hay quien sí lo lleva y á la vista.

PENDENCIERA

¿Para alquilar? Ya lo creo que se alquila; toda la casa... pero esa que usted dice no tiene para subir más que una escalera.

MORENO

¿Cuala?

PENDENCIERA

La del altar mayor de mi parroquia.

MORENO

Y por la sacristía ó dando un arrodeo ¿no es lo lo mismo?

PENDENCIERA

Siempre que sea con permiso del cura, sí señor.

PICAJOSO

¿Pero no podéis callar la lengua?

FANFARRIA

¿O queréis ver lo que os da de sí, ó que es esto?

GARBOSA

Vamos ya, y escarmentadas debíamos estar de venir con estos hombres tan para poco que ni dejan agradecer una fineza ni son para dar la cara por una si á una la ofenden.

FANFARRIA

¿Pero queréis que acabe la fiesta como todos los días?

PICAJOSO

¡Pero que siempre hemos de acabar riñendo!

MORENO

Oiga usted, ¿que es eso de reñir? ¿Con quién ha de reñirse?

RUBIO

Eso es. ¿Con quién ha de reñirse?

FANFARRIA

¿Con quién ha de ser? Con ellas, que maldita sea si...

PENDENCIERA

¿Levantarme á mi la mano?

GARBOSA

¿A la hija de mi madre ponerle la mano encima?

FANFARRIA

¿Pero quién os ha tocado?

PICAJOSO

¿Por qué chilláis?

PENDENCIERA

Con la intención basta; la intención es la que ofende. ¡Y hay aquí hombres para consentirlo!

GARBOSA

No tenéis la culpa vosotros, sino estos calzonazos, que así lo serán con sus mujeres, como lo son para consentir que se trate así á dos mujeres.

PENDENCIERA

Más sinvergüenzas son ellos que vosotros.

MORENO

¡Pero habrase visto!

GARBOSA

Bueno que vosotros hagáis con nosotras lo que os viniere en gana; pero que estos granujas lo consientan...

PENDENCIERA

¡Y éstos son hombres!...

GARBOSA

¡Qué han de serlo!

FANFARRIA

(Empujándolas). ¿Pero no callaréis?... Vamos pronto.

PICAJOSO

¿Pero no tendréis juicio? Vamos listas. *(Se las llevan á empujones.)*

MORENO

Aten ya á esas locas.

RUBIO

Bueno es que hemos de poner paz después que ellas armaron la pendencia.

CUMPLIDO

Al fin mujeres de poco más ó menos.

MORENO

¿Que haya hombres que se empleen en mujeres de esa clase?

RUBIO

¿Y en qué han de emplearse los pobretes?

MORENO

¡Vamos! Que antes de andar yo con mujeres como esas...

REMENDAO

Es que todos no tenemos vuestra suerte.

RUBIO

¡Que siempre se ha de llamar suerte al mérito!...

REMENDAO

Bueno; la suerte de tener mérito.

MORENO

Eso sí. ¿Os ha contado éste la última?

RUBIO

Ya sabes que á mí no me gusta alabarme.

MORENO

Ni á mí tampoco. Pero no diciendo nombres ni dando señas, y entre amigos...

CUMPLIDO

¿Señoronas también?

MORENO

¿Señoronas? ¿Oyes esto? Si os dijéramos su nombre íbais á decir que mentíamos.

CUMPLIDO

Eso no; después de lo que os pasó con aquellas duquesas...

MORENO

Y aquello pudísteis verlo si hubiérais querido.

CUMPLIDO

Sí que pudimos.

RUBIO

Pues la última... *(Siguen hablando en voz baja. Entran María Pepa y Cintia vestidas de majas.)*

MARÍA PEPA

Don Floro, advertid al cochero dónde ha de esperarnos, y que á nadie diga, si le preguntaren, cuyo es el coche... ¡Ay! Cintia, sentémonos aquí. Ya sabes que el doctor me ha recetado aires muy puros... (No estés callada, bestia. Responde como te he dicho; no tienes más que traer á la memoria todos los pasos de comedia que recuerdes para hablar lo más pulido posible.)

CINTIA

¡Qué deleitoso vergel! ¡Qué auras embalsamadas! ¡Cuántas aves canoras... y qué sitio para merendar una buena tortilla de magras!

MARÍA PEPA

¿Magras? No me las nombres. ¿Merendar? Ni por el pensamiento. Don Floro cuidará de que nos ofrezcan algo muy vaporoso y basta para sustentarme, que estas tristezas de mi imaginación no me dejan... ¡ay!

CUMPLIDO

¿Habéis reparado en las majas? Las dos son buenas.

MORENO

¿Majas? ¿Oyes esto? Mejor os está el haber nacido personas que perros de caza, porque tenéis una nariz, que ya, ya. ¿Tú qué piensas?, Rubio.

RUBIO

Pienso lo que tú; que ya no hay majas de tanto rumbo y que éstas trascienden á usías al más topo.

MORENO

(Viendo aparecer á D. Floro.) Digo, y abate que las acompaña.

RUBIO

Y coche con lacayo que las aguarda.

MORENO

Y unas miradas y unos suspiros, que me están dando calor y aire con alternativas desde que se sentaron.

CUMPLIDO

Verdad es que no nos quitan ojo.

MORENO

Nos quitan, nos quitan. ¿Puede que sea por ti?

CUMPLIDO

Ya sé que no. Estando aquí vosotros...

RUBIO

Hacednos los desentendidos, no crean que uno se desvanece.

MORENO

O que no está uno hecho á estas cosas.

D. FLORO

Dije que nos sirvieran una limonada, que fué lo más delicado que aquí pudo hallarse.

MARÍA PEPA

Gracias, don Floro. ¿Lleváis alguna esencia que ofrecernos?

D. FLORO

Exquisitas. De rosa, de jazmín, de geranio... Servíos á vuestro gusto.

CINTIA

Sois la región sabéa. Verted en el pañuelo.

D. FLORO

¡Uy!

MARÍA PEPA

¿Qué os sucede?

D. FLORO

Casi nada. Estos condenados asientos; un clavo que me llegó á lo vivo, y juzgad cómo habrá dejado el calzón.

CINTIA

A verlo.

MARÍA PEPA

¡Tente! ¿Qué vas á mirar? ¿No oiste que le llegó á lo vivo?

CINTIA

Yo os lo zurciré en llegando á casa.

MARÍA PEPA

¡Zurcir, zurcir! No la creáis, don Floro, que nunca entendió en menesteres tan bajos, ni nunca supo más de tocar y cantar al clave.

CINTIA

Y tú, ¿de qué entiendes?

MARÍA PEPA

¿Yo? De suspirar á la luz de la luna y consumirme de melancolía. ¡Ay de mí triste!

CINTIA

¡Ay de mí sin ventura!

D. FLORO

Madamas, madamas. ¡Que me angustiáis el corazón!

MORENO

¿Estáis oyendo?

RUBIO

Como todas.

CUMPLIDO

Y estas deben ser muy principales.

REMENDAO

Y es que miran de un modo...

MORENO

Cállate. Dos veces me han hecho bajar los ojos de vergüenza; y mira tú, que para bajar yo los ojos...

CUMPLIDO

Y de vergüenza.

RUBIO

Es que cuando estas usías atropellan por todo no reparan en nada.

MORENO

Créelo tú, hay que contenerlas.

D. FLORO

Decís que me acerque y que pregunte, y que...

MARÍA PEPA

Como os he dicho. Tenéis que obedecerme en

todo. Si no, ya lo sabéis, no represento en la tragedia.

D. FLORO

Todo sea por Apolo y las nueve.

MARÍA PEPA

Id seguros de que os recibirán como á nuncio de los dioses.

D. FLORO

Pues allá va el nuncio.

MARÍA PEPA

(A Cintia.) Suspira ahora con más fuerza. ¡Ay!

CINTIA

¡Ay! ¡Ay qué hambre tengo con este airecillo del campo!

MARÍA PEPA

Después cenaremos. No seas tan material.

D. FLORO

Señores y amigos...

MORENO

Servidores de vuestra merced.

D. FLORO

Perdonen la licencia que me tomo al acercarme y crean que...

MORENO

No hay que perdonar nada; usarced es muy

dueño de acercarse y de cuanto se le ofrezca y podamos hacer en su servicio.

D. FLORO

(Aparte.) (Vaya, no son tan fieros; me recobro.) Ustedes comprenderán que no es esta la primera vez que vemos á ustedes; digo vemos porque... *(Señalando á María Pepa y á Cintia.)*

MORENO

Ya, ya...

D. FLORO

Y la primera vez fué en una ocasión memorable. Toreaban ustedes... el lugar no se me acuerda.

CUMPLIDO

En Madrid no sería.

MORENO

Calla, tú.

D. FLORO

Ni en Sevilla, ni en Ronda; pero ello fué en una plaza muy principal.

MORENO

¿Te enteras?

D. FLORO

Esas damas, que no son lo que parecen...

RUBIO

Por supuesto, el señorío va con la persona.

D. FLORO

Pues bien, esas damas y yo nos hallábamos de paso en aquel lugar y asistimos á la corrida. Los toros eran unos minotauros, unos monstruos mitológicos.

MORENO

¿Estaríamos desgraciadillos?

D. FLORO

Nada de eso... Sin arredrarse un punto, alardearon ustedes de valor y de arte. Cuatro toros, cuatro estocadas.

CUMPLIDO

¿Una á cada uno?

MORENO

Por supuesto. *(Bajo al Rubio.)* (Oye, tú; ¿en dónde sería eso?)

D. FLORO

En aquella ocasión no pudimos detenernos. Estas damas no son señoras de su voluntad; tienen dueño muy tirano, que si llegara á sospechar que ellas... que yo... Pero una amorosa afición todo lo atropella. Disfrazadas, como véis, acuden aquí sólo por veros; si despedís á los amigos, consentirán en que os acerquéis á hablarlas, y después... ¡quién sabe! Si sois discretos; si juráis no decir palabra, suceda lo que suceda...

MORENO

No es preciso encarecer tanto. Ya véis que aquí sobran testigos.

REMENDAO

Ya lo vemos. ¡Buena suerte!

RUBIO

Ya os contaremos mañana; para vosotros no hay secretos. Hasta mañana.

CUMPLIDO

(Bajo al Remendao.) ¿Será verdad todo? ¡Yo que no lo creí nunca!

REMENDAO

Las mujeres son locas, y las usías de remate. *(Salen el Cumplido y el Remendao.)*

D. FLORO

Madamas, para saludaros piden licencia estos gallardos lidiadores.

MARÍA PEPA

Os han dicho que no es la primera vez que nos vemos. Desde el redondel no es fácil distinguir, entre la multitud de un público, si hay alguien que sigue con más interés los lances de la lidia; si hay alguien que tiembla con mayor emoción á cada peligro; si hay alguien que aplaude con más entusiasmo.

MORENO

A veces sí, señora, se fija uno, y hay caras que no pueden olvidarse cuando se han visto una vez.

RUBIO

Cuando llegaron se lo dije á mi compadre: estas caras las he visto yo antes de ahora.

CINTIA

¿No es pérfida lisonja?

MARÍA PEPA

Pero, siéntense ustedes. El campo da licencia para todo.

CINTIA

No, no se sienten. Don Floro, mirad antes en torno. Tiemblo toda.

MORENO

¿Por qué se asusta?

MARÍA PEPA

Si supiérais... No sin razón teme; debemos temer.

CINTIA

Si nos siguieron, si nos acechan... Toda me cubre mortal hielo.

D. FLORO

No hay que temer. No hay nadie sospechoso en los contornos.

CINTIA

No importa; no debemos permanecer aquí.

MORENO

¿Hay galán que puede pedir celos?

CINTIA

¿Galán decís? Tirano descomedido, turco desalmado, un Tetrarca de Jerusalén, un moro de Venecia.

MARÍA PEPA

Vamos, vamos de aquí.

CINTIA

Cada sombra, cada rumor finge un espanto.

D. FLORO

Anochece... Estas damas partirán en su coche; vosotros, conmigo, las seguiremos en otro.

MARÍA PEPA

En su compañía vendréis adonde podamos conversar con más libertad. Pero hemos de vendaros los ojos, no debéis saber nunca dónde estuvísteis ni quién somos. ¿Qué decís?

MORENO

¿Qué hacemos?

RUBIO

¿No pudiera sucedernos algo malo?

MORENO

¿Tienes miedo?

RUBIO

¿Yo? ¡Qué cosas dices! ¿Lo tienes tú?

MORENO

¿Yo? Aunque supiera que íbamos al infierno.

RUBIO

Entonces...

MORENO

Cualquiera diría que es la primera aventura en que nos vemos.

MARÍA PEPA

El coche. ¿Pensaron ya?

MORENO

No hay que pensar nada. Vamos allá.

RUBIO

Vamos.

Música.

MARÍA PEPA

Si sois galanes, si sois discretos
cubrid los ojos con esta venda.
Amor es ciego, y en su camino
conviene siempre seguirle á ciegas.

CINTIA

El sol esconde su disco de oro,
muere la tarde, la noche llega,
luz misteriosa de los amores
entre las frondas surge Febea.

MORENO *y* RUBIO

Estas son damas y esto es finura;
pero me escama tanto misterio,
y si no fuera por mi compadre
confesaría que tengo miedo.

MARÍA PEPA

Vamos pues, vamos pronto,
seguidnos sin tardar.

D. FLORO

La venda, caballeros.

MORENO *y* RUBIO

¡Vamos allá!

MORENO

¡Ay, como aprieta!

RUBIO

No veo nada.

D. FLORO

Así conviene, nada han de ver,
cuanto más ciegos van más seguros,
yo por mi mano les guiaré.

MARÍA PEPA

Hasta muy pronto. ¡Adiós, adiós!

CINTIA

Hasta muy pronto. ¡Abur, abur!

MORENO

Yo estoy temblando.

RUBIO

Yo tengo miedo.

MORENO

¿Nada me dices?

RUBIO

¿Qué dices tú?

MARÍA PEPA *(Alejándose).*

Si sois galanes, si sois discretos,
seguidnos pronto que amor espera;
amor es ciego y en su camino
conviene siempre seguirle á ciegas.

D. FLORO

Dadme la mano, soy lazarillo,
seguidme pronto que amor espera;
amor es ciego y en su camino
conviene siempre seguirle á ciegas.

MORENO *y* RUBIO

Estas son damas, esto es finura;
pero me escama tanto misterio,
y si no fuera por mi compadre
confesaría que tengo miedo.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un aposento reducido; las paredes cubiertas con tapices. Una mesa dispuesta para cenar en el centro.

ESCENA PRIMERA

MARÍA PEPA, CINTIA, DON FLORO, el MORENO y el RUBIO sentados á la mesa cenando.

D. FLORO

¿Pero no prueban ustedes de este pastel de liebre? Está exquisito.

MARÍA PEPA

No tengan cortedad. Coman y beban y perdonen las faltas, que no pudo improvisarse cosa mejor, ni servirse de otra manera en este aposento retirado.

CINTIA

No están más cautivas las odaliscas del Gran Turco que lo estamos nosotras. ¿De qué nos sirven tantas grandezas? La última de mis criadas prefiriera yo ser.

MARÍA PEPA

Calla, Cintia; no suspires ahora; no turbes con tus melancolías este esparcimiento.

CINTIA

A cada instante veo aparecer á nuestros tiranos y veo como todos somos víctimas de su furor aciago.

MORENO

Señoras mías, bien mirado, aunque esos tiranos aparezcan á mal tiempo, no habían de ser tan bárbaros que se dieran á degollar gentes sin más ni más. Después de todo, ¿qué hacemos aquí? Cenar. *(Engullendo.)*

RUBIO

(Engullendo.) Eso es, cenar.

CINTIA

Eso sí... Pero si ellos supieran... si...

MARÍA PEPA

Calla, Cintia. ¿Piensas que estos valientes no serían capaces de dar la vida por nosotras? ¿Habían de ser menos bravos con los hombres que con los toros?

MORENO

Estoy por decir que me alegraría de verlos entrar.

CINTIA

¡Calle, calle! Que me dará el síncope.

D. FLORO

Vengan esas copas, beban y cobren ánimo.

MORENO

Sí, sí; todo hace falta.

RUBIO

Sírvame otro poco de ese pastel.

D. FLORO

(Bajo á María Pepa.) El apetito no les falta.

CINTIA

Ni á mí tampoco.

MARÍA PEPA

Más tienen de comilones que de enamorados. No es para estar muy ufanas.

D. FLORO

Ya se animarán.

MARÍA PEPA

¿Y decís que nuestra imagen no se había borrado de vuestro recuerdo de sólo vernos un día?

MORENO

Aún me parece que las veo á las dos de pie en las gradas palmoteando. Yo había dado una estocada magnífica... El Rubio también había estado muy bueno aquel día.

RUBIO

Es verdad... los dos estuvimos superiores.

D. FLORO

(Pero éstos ya se lo han creído).

MARÍA PEPA

Que desgracia debe ser para una mujer interesar su corazón por un torero... ¡Qué continua zozobra!

CINTIA

Ya, ya. Ver salir á un hombre sano y vivo de casa y pensar que puede volver hecho cisco.

MARÍA PEPA

¡Cintia!... ¡Qué lenguaje!

CINTIA

Por hacerme entender. Pero, decidme: ¿cuántas veces horadó el asta fiera vuestra ebúrnea piel?

MORENO

¿Y eso qué es?

D. FLORO

Madama pregunta por las cornadas.

MORENO

¿Cornadas? Muchas y bien repartidas.

CINTIA

¡Qué horror!

MARÍA PEPA

No hablemos de cosas tristes. Yo siento que no podré volver nunca á veros lidiar toros.

RUBIO

¿Por qué, alma mía?

MARÍA PEPA

Porque me pasaría la función dando gritos.

RUBIO

¿Por mí?

MARÍA PEPA

¿Por quién? ¡Ingrato!

MORENO

¿Y tú por mí?

CINTIA

Sucumbiría.

D. FLORO

Vaya, vaya. No contristen el ánimo. Alégrennos estas madamas con alguna canción.

MORENO *y* RUBIO

Eso, sí; canten... canten.

CINTIA

Mi amiga que sabe una canción torera... yo sólo canto endechas... y nos pondríamos más tristes.

Música.

MARÍA PEPA

El lidiar á los hombres
y el lidiar toros
piden el mismo arte
y el mismo aplomo.

Los hay boyantes,
los hay muy claros,
los hay muy finos,
los hay... marrajos,
y cada bicho pide un toreo,
unos de brazos
y otros de cuerpo.
Hay que abrirse de capa
con el que acude con muchos pies,
y hay que saber dar largas
al que buscando el bulto quiere coger.
Si dos se quieren
y están de acuerdo,
pues la estocada
resulta á un tiempo.
Pero si no se arranca, hay que arrancarse
y hacer por él,
que Costillares, para estos bichos,
buscó la suerte del volapié.

MORENO *y* RUBIO

¡Ay qué torera es esta usía!
¡Ay lo que sabe de torear!
Ni Pepe-Hillo ni los Romeros,
ni Costillares sabrían más.

MARÍA PEPA

El lidiar á los hombres
y el lidiar toros
piden el mismo arte
y el mismo aplomo.

Hablado.

CINTIA

¡Ay, don Floro! ¿No oísteis? ¿No oís? ¡Silencio! ¡Callen! Apaguen las luces.

MORENO

¿Qué ocurre?

MARÍA PEPA

¡Pero Cintia!

CINTIA

¡Silencio! Son ellos, son sus pasos; callen, no respiren siquiera. ¡Muertos somos!

D. FLORO

No se oye nada.

MARÍA PEPA

Por favor, Cintia; no nos alteres.

MORENO

En la que nos hemos metido, compadre.

RUBIO

Por dónde salir es lo que no veo.

D. FLORO

Vaya, sosiéguense y no hagan caso de mi señora Cintia, que siempre adoleció de estos sobresaltos. ¡Tal vida lleva la desdichada!

MARÍA PEPA

¡Tal vida llevamos!

MORENO

¡Y tal noche nos están dando!

D. FLORO

Beban, beban, señores, y brindemos por el amor y por la hermosura, únicas cosas de este bajo mundo que valen la pena de afrontar peligros y la muerte misma.

CINTIA

¡Ah!

MARÍA PEPA

¿Qué te ocurre ahora?

CINTIA

Que me dió hipo. ¡Ah!

D. FLORO

Ahora era menester un buen susto.

MORENO

Déjenos ya de susto, que no ganamos para ellos.

CINTIA

¡Ah!

D. FLORO

Beba, sin respirar, siete veces seguidas.

MARÍA PEPA

Es que te has atracado sin tino. No me viste á mí, que no probé bocado.

CINTIA

Pídeme finura en todo; pero no comer teniéndolo delante...

MARÍA PEPA

¡Qué ordinariez!

CINTIA

Si no es hipo, es mal de corazón, son vapores. ¡Ah! Me falta el hálito vital.

MORENO

¡Por vida de las usías!

RUBIO

Si con bien salimos de esta...

D. FLORO

¡Silencio! ¡Silencio! Ahora sí; no oyen... escuchen...

MARÍA PEPA

Sí, sí; ahora sí; son ellos.

CINTIA

¡Ellos! ¡Ah!

MORENO

Sí, viene gente.

RUBIO

Voces de hombre... Hablan francés.

D. FLORO

Por supuesto, francés; estamos perdidos. Ocúltense, huyan.

MORENO

Pero, ¿dónde?

RUBIO

¿Por dónde?

CINTIA

(Dando gritos, desmayada.) ¡Ay, ay!

D. FLORO

Tapadle la boca, que no grite. ¡Silencio! Apaguen las luces.

MARÍA PEPA

Esperad. Yo saldré, suceda lo que suceda. *(Sale María Pepa.)*

CINTIA

¡Ay, ay!

D. FLORO

Ahogadla si no calla.

MORENO

¡Madama, madama! ¡No nos pierda!

RUBIO

(El Rubio tira una silla.) ¡Maldita silla!

D. FLORO

¡Chist! ¿No oyen? Amenazan de muerte.

MORENO

Pero, puede saberse...

D. FLORO

¡Si ustedes supieran!

RUBIO

¿Dónde estamos?

D. FLORO

En casa de esas damas.

RUBIO

Nos lo figurábamos.

D. FLORO

Sí; pero estas damas son...

MORENO

¿Quién? Acabad.

D. FLORO

Casi nada. Dos grandes señoras, amigas de Su Majestad el Rey José y de su primer ministro... Ya ven si consentirán burlas en este terreno.

MORENO

¿De Pepe Botella?

D. FLORO

Silencio, desdichado.

RUBIO

Nos ahorcan.

D. FLORO

Ahorcarnos, no; sería un escándalo. Nos supri-

mirán en secreto, por el veneno ó de una puñalada trapera, al volver de una esquina, cualquier noche.

RUBIO

Ya no se oye nada.

CINTIA

¿Adónde estoy? ¡Ay! ¿Qué es esto?

MORENO

¡Silencio!

CINTIA

¿Quién me toca?

MORENO

Cualquiera. Ahora no estamos para nada. *(Vuelve María Pepa.)*

MARÍA PEPA

Ya estoy aquí. Enciendan una luz.

D. FLORO

¿Qué fué? ¿Qué sucedió?

MARÍA PEPA

¡Chist! Son ellos, los espías, esos sayones que no nos dejan respirar. Pude detenerlos, pero registran toda la casa, volverán... Entrarán aquí...

MORENO

¿Y no hay escape?

MARÍA PEPA

Pronto, don Floro, escóndelos en el camaran-

chón donde se guardan los reposteros y esteras viejas.

RUBIO

¡Buena está la posada! ¡Dichosas usías!

MORENO

No me sentará la cena.

D. FLORO

Venid... Que oigo ruido de espadones. Vamos señores.

RUBIO

Vamos, vamos. ¡Uy! Que obscuridad.

MORENO

Y hay que entrar á gatas.

D. FLORO

Entrad como podáis, pero sea pronto. (*Salen don Floro, el Moreno y el Rubio.*)

MARÍA PEPA

¡Ja, ja!... Ahora, aquí; listos. (*Entran varios mozos con escaleras de mano.*) Como en comedia de tramoya, desnudad las paredes, retirad estos muebles y todo el servicio, y volvedlo en seguida á mi casa... Mutación de teatro. No será mala la sorpresa... Vamos, no tardar.

CINTIA

No diréis que desempeñé mal mi papel.

MARÍA PEPA

Gracias al apuntador.

CINTIA

Buen susto llevan.

MARÍA PEPA

Y el que les queda por pasar todavía. Ya está todo. Eh, prima, amiga... Ya podéis entrar.

DOLORES

¿Dónde quedan esos pillos?

MICAELA

No les vendría mal una buena paliza para fin del cuento.

MARÍA PEPA

Ahora sentáos aquí como si tal cosa; ellos no pueden suponer que han estado en su casa y cuando os hallen aquí, creerán que han soñado.

DOLORES

O que estaban borrachos.

D. FLORO

(Entrando.) Ya les dejo ocultos entre unas esteras.

MARÍA PEPA

Ya pueden salir. Nosotras nos vamos. Prima mía, yo no sé si habré curado á vuestros maridos, porque no se muda de condición en un día; y si ellos prometen enmendarse, como todo fué come-

dia, cosa de comedia será su enmienda; mientras el telón baja, y hasta otra. Pero yo te aseguro que bien escarmentados quedan y han de mirarse mucho antes de volver á presumir en sus fantasías.

DOLORES

¡Ay prima, como hayamos conseguido eso siquiera, yo te prometo que como hay devotas de iglesias, nosotras lo seremos de teatros, ya que á tu gracia para hacer comedias debemos nuestro remedio!

MICAELA

Y cuente usted con la mejor prenda que pase por nuestras manos, como regalo.

MARÍA PEPA

Nada hay que agradecer. Nunca representé farsa con más gusto. Adiós, adiós... que ya vuelven.

CINTIA

Acabé de ser señora.

MARÍA PEPA

Deja ya las finuras. *(Salen María Pepa y Cintia.)*

D. FLORO

Ya no hay peligro. Cuando oigan una palmada, pueden salir. Un instante. *(Da una palmada desde la puerta á tiempo de salir. Entran el Moreno y el Rubio.)*

MORENO

¡Dolores!

RUBIO

¡Micaela!

DOLORES

Sí, nosotras... ¿A qué vienen esos aspavientos? ¿Son estas horas de venir á casa?

MICAELA

¿Habéis dormido ya la mona, borrachones?

DOLORES

¿Por dónde habéis andado?

MICAELA

Los días y las noches fuera de casa

DOLORES

¡Y como venís!

MICAELA

Hasta traen telarañas en la cabeza.

DOLORES

En los ojos las tuvimos nosotras cuando los conocimos. ¡Maldita sea la hora!

MICAELA

Todo por no mirar más que la presencia, como si en el hombre no hubiera que mirar otras cosas.

DOLORES

La conducta, la conducta es lo principal.

MICAELA

Así nos vemos de arrastradas.

MORENO

Pero ¿queréis callar? ¿O váis á volvernos más locos? ¿Qué significa esto? Compadre, ¿qué es esto? ¿Hemos soñado? O es cosa de brujas. Yo estoy loco.

RUBIO

Yo estoy turulato.

MORENO

Llamaron.

RUBIO

¿Quién será á estas horas?

DOLORES

Vaya usted á saber. Nada bueno. Yo saldré.

RUBIO

¡Moreno!

MORENO

¡Rubio! *(Se oye discutir dentro. Vuelve Dolores.)*

DOLORES

Pero ¿qué habéis hecho?, pícaros, más que pícaros. Un jefe de patrulla pregunta por vosotros; dice que tiene orden de prenderos.

MORENO

¿Prendernos?

RUBIO

¡Compadre!

MORENO

¿Y están ahí?

DOLORES

Se fueron; dije que aquí no era; pero se enterarán mejor, volverán y...

MICAELA

¡Ay! Que estaríais bebidos y habréis hecho algún atropello. ¡Ay! Que esta es la ruina de nuestra casa y la perdición de dos mujeres.

MORENO

Compadre, fué verdad todo.

RUBIO

Se ha enterado Su Majestad.

MORENO

Y ¿qué hacemos? Tomar soleta aunque sea por el tejado.

RUBIO

¡Micaela, adiós!

MORENO

¡Adiós!

MICAELA

¿Adónde váis?

DOLORES

No salgáis ahora, que rondarán la casa.

MORENO

Desde el sobradillo podemos verlo.

RUBIO

Sí, sí; si no podemos escapar, perdidos somos... Viudas sois. *(Salen.)*

MICAELA

Ya me dan lástima.

DOLORES

A mí no. Y ahora, para que sea mayor su confusión cuando vuelvan, avisaremos á los vecinos como se ha convenido, y que nos hallen de bulla y de bailoteo. Vecinos... eh... vecinos... *(Entran los vecinos.)* Pronto. Un fandanguillo que alegre. *(Vuelven el Moreno y el Rubio.)*

MORENO

Rondan la calle.

RUBIO

Frente á la casa hay un bulto que no se mueve.

MORENO

Pero, ¿qué es esto?

DOLORES

Para disimular mejor si vuelve la patrulla.

MORENO

No está mal pensado.

RUBIO

Sí, sí; venga jaleo... ¡Ay, de bolera me vestiría yo ahora para esconderme!

MICAELA

No les sale el susto del cuerpo.

DOLORES

¡Ay, ya les saldrá y volveremos á las andadas!

MICAELA

No les pasará tan pronto,
que la burla ha sido buena.

DOLORES

Y aquí termina el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

Música y baile.

FIN DEL SAINETE

LOS MALHECHORES DEL BIEN

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Tearo Lara el 1.º de Diciembre de 1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MARQUESA VIUDA DE CASA MOLINA. . .	Sra. Valverde.
DOÑA ESPERANZA. . . .	» Rodríguez.
ASUNCIÓN.	Srta. Alba.
TERESA.	» Domus.
NATIVIDAD.	Sra. Ruiz.
LA REPELONA	» Beltrán.
UNA CRIADA.	Srta. García Roch.
DON HELIODORO.	Sr Rubio.
JESÚS.	» Calle.
MARTÍN.	» Pacheco.
ENRIQUE	» Barraycoa.
EL MARQUÉS DE SANTO TORIBIO.	» La Riva.
DON FRANCISQUITO. . .	» Zorrilla.
CABRERA.	» Simó Raso.
UN CRIADO.	» Iglesias.

La acción en un pueblo puerto de mar.
Epoca actual.

LOS MALHECHORES DEL BIEN

ACTO PRIMERO

Sala en casa de la Marquesa Viuda de Casa Molina.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA DE CASA-MOLINA
y DON FRANCISQUITO

D. FRANCISQUITO

¿Manda otra cosa la señora Marquesa?

MARQUESA

Nada, don Francisquito; que estén listas todas esas cuentas antes de la Junta de esta tarde. ¿Ha comprobado usted los bonos devueltos? No tengamos lo del mes pasado.

D. FRANCISQUITO

Descuide la señora Marquesa. Desde que las señoras de la Junta, con muy buen acuerdo, han decidido que sirva los bonos el otro Zurita, no volverá á suceder.

MARQUESA

¿Pero se ha cambiado de almacén? Siempre dijeron que el de Zurita era el mejor.

D. FRANCISQUITO

Sí, señora Marquesa; pero es que hay dos Zuritas en comestibles, dos hermanos; un Zurita es el bueno, pero ese es el malo.

MARQUESA

No comprendo...

D. FRANCISQUITO

Es el bueno, porque tiene los mejores géneros; pero es el malo, porque es un hombre sin religión y sin conciencia que les robaba á ustedes sin escrúpulo, sin mirar que es de los pobres el dinero de ustedes.

MARQUESA

Cierto. ¿Y ahora se ha cambiado?

D. FRANCISQUITO

Sí, señora; por el otro Zurita, que es al que dicen todos el malo, porque no tiene el almacén tan bien surtido, pero ese es el bueno; un santo varón incapaz de lucrarse malamente.

MARQUESA

Ahora lo entiendo; el malo es el que tiene la

tienda buena y el bueno es el que tiene la tienda mala.

D. FRANCISQUITO

Sí, señora Marquesa.

MARQUESA

Y de ese nos surtimos ahora: me parece muy bien.

D. FRANCISQUITO

Lo acordaron las señoras en la última Junta. La señora Marquesa no estaba aquí todavía; pero me extraña que no le hayan dicho nada á la señora Marquesa.

MARQUESA

Me lo habrán dicho; pero no me he enterado, con esa confusión; los dos Zuritas, el bueno que es el malo, el malo que es el bueno. ¡Ay, todo sea por Dios, y lo que cuesta hacer bien y qué poco le ayudan á una!...

D. FRANCISQUITO

Sí señora, sí; hay muy poca religión y muy poca caridad y poquísima conciencia. Pensar que muchos de los que socorren ustedes son los primeros en hablar pestes...

MARQUESA

¡Cómo ha de ser! El bien se hace por Dios; de la gente ya sabe uno lo que puede esp rar, malas palabras y peores obras. No descuide usted esas cuentas.

D. FRANCISQUITO

De ningún modo, señora Marquesa. *(Vase por segunda derecha.)*

ESCENA II

La MARQUESA y ENRIQUE por la primera derecha.

ENRIQUE

Buenos días, mamá. *(La besa la mano.)*

MARQUESA

¡Hijo mío!

ENRIQUE

¿Cómo has pasado la noche?

MARQUESA

Bien. Y tú, ¿cómo estás? ¿No has sentido hoy el dolor de cabeza al levantarte?

ENRIQUE

No, mamá.

MARQUESA

¿Tomaste á media noche el medio vaso de leche y las dos galletas?

ENRIQUE

No, mamá.

MARQUESA

¿Por qué?

ENRIQUE

Porque no me he despertado en toda la noche.

MARQUESA

Así te levantas luego tan débil. Tendré yo que entrar á despertarte para que te alimentes.

ENRIQUE

No, mamá.

MARQUESA

¿Por qué?

ENRIQUE

Porque luego no me duermo y prefiero dormir. ¿Y los primos no se han levantado todavía?

MARQUESA

No. Estarán cansados del viaje. Desde París hay un tirón, y en Madrid no se detuvieron nada.

ENRIQUE

¿Duermen en la misma habitación?

MARQUESA

Naturalmente: un matrimonio. ¡Qué pregunta!

ENRIQUE

Es que anoche oí yo á mi prima que en París, en el hotel, habían tenido dos habitaciones.

MARQUESA

¿Dijo eso? Me choca. ¡Cosas de París!

ENRIQUE

Y también dijo, que en todas partes los tomaban por padre é hija, menos una vez que los tomaron...

MARQUESA

¿Por hermanos?

ENRIQUE

No... por...; Teresita lo dijo.

MARQUESA

¡Qué disparate! Tu prima Teresa tiene unas bromas... porque todo es broma. No es tanta la diferencia de edad; ni ella es tan joven, ni su marido es tan viejo.

ENRIQUE

Es que mi primo político es tan feo...

MARQUESA

Han dado en decir que es feo; yo no le encuentro tan feo para hombre: en cambio es un santo, un hombre ideal, de los que ya no quedan, y Teresita nunca alabará á Dios bastante por la suerte que le ha deparado. Una muchacha sin posición, después de la catástrofe de su casa...

ENRIQUE

La prima es muy guapa, ¿verdad?

MARQUESA

Demasiado. No debía procurar parecerlo tanto. Viste de un modo muy impropio. Aquí no debe

vestirse de ese modo si no quiere ponerse en ridículo. Ya se lo diremos.

ENRIQUE

¿Van á estar aquí mucho tiempo?

MARQUESA

Muy poco: mientras les arreglan su casa de Moraleda.

ENRIQUE

¡Ah! ¿Van á vivir en Moraleda?

MARQUESA

¡Naturalmente!

ENRIQUE

Yo creí que vivirían en Madrid.

MARQUESA

¡Qué disparate! Juanito no se ha casado con tu prima para vivir en Madrid. Allí se necesita mucho dinero para sostener una posición decorosa. En Moraleda pueden ser los primeros si tu prima sabe conducirse; pero Teresita ha tenido siempre muy poco juicio, lo mismo que tu pobre tío Ramón, Dios le haya perdonado, cabeza más destornillada, así arruinó su casa y nos dió á todos tantos disgustos; como tu tío Heliodoro, mi otro querido hermano, vivo y fuerte á Dios gracias. ¡Ay! Muy triste es decirlo, pero en nuestra familia los hombres han valido muy poco; por algo tengo yo siempre miedo...

ENRIQUE

¿A qué? ¿A que yo sea malo?

MARQUESA

¿Tú? ¡No, angel mío! Tú eres muy bueno, lo serás siempre. ¿Verdad que sí? Sobre tu buen natural, la educación y el ejemplo hacen mucho. Tiempo tendrás de ver el mundo cuando llegues á edad razonable; pero entre tanto seguirás en nuestra vida patriarcal; ocho meses del año en Moraleda, los otros cuatro aquí, en este pueblo tranquilo, frente al mar, y dejémonos de Madrid, lejos, lejos de esa Babilonia. Bastantes cuidados me costó sacarte adelante, con lo delicado que naciste; gracias á esta vida ordenada; y ya que la salud del cuerpo parece asegurada, atendamos á la del alma, que importa más y se pierde más pronto. Me parece que el matrimonio se ha levantado ya; sí, es Juanito.

ENRIQUE

Espero para saludarle.

ESCENA III

Dichos y el MARQUÉS DE SANTO TORIBIO por la izquierda.

MARQUÉS

¡Querida tía! ¿Cómo has pasado la noche?

MARQUESA

Muy bien, ¿y vosotros? ¿Habéis dormido? ¿No habéis extrañado la cama?

MARQUÉS

Nada, nada. Yo, en un sueño toda la noche. Cansadillo del viaje á pesar del *Sleeping*. Yo no sé dormir en el tren... Hola, Enriquito, muy buenos días.

ENRIQUE

Muy buenos días, primo. ¿Y Teresita?

MARQUÉS

Concluye de peinarse. Saldrá en seguida.

MARQUESA

¿Qué desayuno queréis que os preparen?

MARQUÉS

Cualquier cosa. El que os sirvan á vosotros.

MARQUESA

A nosotros chocolate con bizcochos. Pero si preferís otra cosa...

MARQUÉS

No, no; chocolate.

MARQUESA

Enrique, di que preparen chocolate. *(Vase Enrique por la izquierda.)*

ESCENA IV

La MARQUESA y el MARQUÉS.

MARQUÉS

Tiene muy buena cara Enriquillo. Anoche cuando llegamos me pareció de peor color: sería la luz.

MARQUESA

Sí, está muy bien. ¡Pobre hijo mío!

MARQUÉS

No estudia nada por supuesto.

MARQUESA

Nada; prohibido en absoluto.

MARQUÉS

Muy bien hecho, que se robustezca primero; es muy joven.

MARQUESA

Diez y nueve años. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Si su pobre padre le viera! Toda su ilusión era éste hijo. Ya se ve, el único...

MARQUÉS

Y como no esperaba tener ninguno. ¿Qué edad tenía el tío Manuel cuando nació Enriquito?

MARQUESA

Cincuenta y dos años... Muy buena edad.

MARQUÉS

Cincuenta y dos... No los representaba.

MARQUESA

Había hombre para muchos años; pero los disgustos, las contrariedades... Me cuesta decirlo, pero mis hermanos le quitaron la vida con su mala cabeza. ¡Qué de pleitos, qué de trapisondas! Lo que él trabajó por sacarlos adelante, inútilmente; gracias si á fuerza de fuerzas, consiguió que no nos arrastraran en su ruina y pudo salvarnos á su hijo y á mí de la miseria; pero todo fué á costa de su salud.

MARQUÉS

Y dime, tu hermano Heliodoro, ¿qué se hace? ¿Sigue tan famoso? Me sorprendió anoche encontrarle aquí. Yo no sabía que vivía con vosotros.

MARQUESA

Por temporadas. Del desastre de su fortuna, logró salvar tres ó cuatro mil pesetillas de renta que se gasta todos los años en Madrid, en un mes ó dos á lo sumo, algunas veces en quince días, y el resto del año vive con nosotros, atenido á una modesta pensión que se le pasa.

MARQUÉS

¿Y os da mucha guerra?

MARQUESA

No; cuando no tiene dinero está muy abatido. Se contenta con predicar ideas disolventes; por supuesto, nunca delante de Enrique, eso no, le está prohibido y en eso si que no transijo, de otro modo no le tendría en mi casa, porque dice cosas horribles.

MARQUÉS

Todas las que ya no puede hacer.

MARQUESA

Verdaderas herejías.

MARQUÉS

Y de su afición á la bebida ¿se contenta también con predicar?

MARQUESA

¡Ay, eso no! Todavía, de cuándo en cuándo... Lo único que hemos conseguido es que no las pasee por esas calles, que sean en sitio reservado; como aquí todos le conocen, tienen orden de traerle á casa sin que nadie se entere, se está dos ó tres días acostado; para Enrique figura que padece de jaquecas, y así vamos llevando esta cruz, que nunca falta alguna en la vida. Y tú. ¿Estás contento de tu matrimonio? Yo espero que sí.

MARQUÉS

Sí lo estoy. Teresa es encantadora, un carácter muy igual y tan alegre.

MARQUESA

Eso sí; muy viva de genio, pero algo hay que conceder á los pocos años; al lado de un hombre de experiencia como tú, se sentará pronto. Yo creo que seréis muy felices y tendrás en ella la mujer que faltaba en tu casa y la segunda madre que necesitaban tus hijos; las pobres criaturas que perdieron á la suya tan pronto. Si todos hubieran sido chicos, pero las niñas sin una mujer á su lado no erá posible. Y Teresita es muy cariñosa, eso sí, y los niños la encantan; los querrá como si fueran suyos.

MARQUÉS

Eso creo; aunque por ahora quiero que sigan todos en sus colegios, me escriben muy contentos... contentos del colegio; pero, cosas de chicos, mejor dicho, cosas de los mayores que les hacen pensar en lo que ellos no pensarían, escriben disgustadillos por mi casamiento; las niñas, sobre todo, si vieras qué carta... Me hizo gracia en medio de todo, pero me ha contrariado.

MARQUESA

Ahí veo la mano de tu hermana Rosalía que habrá llevado muy á mal tu casamiento.

MARQUÉS

¡Figúrate!

MARQUESA

¿Y quién tiene la culpa? Si ella tuviera otro genio á nadie mejor podías haber traído á tu casa.

MARQUÉS

No me hables; ni yo, ni los chicos, ni los criados, podemos aguantarla; ya la conoces.

MARQUESA

No, si esa ya se lo pronostiqué la última vez que reñimos: morirá sola en un rincón rodeada de gatos y de cotorras.

ESCENA V

Dichos y ENRIQUE por la izquierda con una mano vendada.

ENRIQUE

Ya dije que hicieran chocolate.

MARQUESA

¿Qué te ha pasado en esa mano?

ENRIQUE

Nada, que me he quemado un poco.

MARQUESA

¿Que te has quemado? ¿Cómo? ¿En la cocina?

ENRIQUE

Con la maquinilla de alcohol de Teresita. Pasé por su cuarto, me llamó, se estaba rizando el pelo, se cayó la maquinilla...

MARQUESA

¡Qué diablura! Os pondríais á jugar como dos chiquillos. Ponte patata raspada en seguida.

ENRIQUE

Si no vale la pena.

MARQUÉS

¿A qué hora llega el correo?

MARQUESA

A mediodía.

MARQUÉS

¿Recibís algún periódico?

MARQUESA

De Moraleda, el nuestro, el de siempre; de Madrid, ninguno; si hay alguna noticia interesante nos la cuenta don Francisquito; los periódicos no son para andar en manos de todos. Si quieres alguno, don Francisquito te lo traerá, siempre que tengas cuidado de no dejarlo luego por ahí.

MARQUÉS

No, si yo tampoco soy muy aficionado á periódicos; leo las noticias, y nada más.

ESCENA VI

Dichos y TERESA por la izquierda.

TERESA

Buenos días, tía... dame un beso.

MARQUESA

¡Jesús!

TERESA

¿De qué te asustas?

MARQUESA

De nada; luego te lo diré.

TERESA

No, dímelo ahora.

MARQUESA

No, delante de Enrique, no.

TERESA

Ya estoy también asustada...

MARQUESA

(Bajo.) Ese *deshabillé*, hija mía; demasiado escotado.

TERESA

¡Ah! ¿Es eso? Pero si yo puedo escotarme sin peligro; estoy tan delgaducha...

MARQUESA

No digas desatinos, ese *matinée* es de París, ya se conoce.

TERESA

Sí, pero está comprado en unos almacenes que según dicen pertenecen á una Asociación religiosa.

MARQUESA

¡Teresita! Comprende que á tu posición y á tu estado no sienta ya bien ese tono ligero. Eres una mujer casada.

TERESA

Ya lo sé; pero ¿qué quieres? No se cambia de genio, como de estado, en un día. Si siempre he sido una chiquilla; mi cuerpo ha crecido, ha crecido, pero mi espíritu continúa siendo niño, y necesito mirarme mucho, recordar los años que tengo, para no ponerme á saltar á la comba, á jugar con muñecas, á cantar al corro: tía, cuando pienso que al volver á Moraleda me encontraré en casa con cuatro pequeños, no puedo pensar en que he de ser su madre, en que deben ser mis hijos; no, son cuatro hermanos, cuatro hermanillos chicos con quien reir y jugar. ¡Cómo jugaremos! ¡Cómo van á quererme y cómo les quiero ya, sin haberlos visto, sólo porque son niños, como mi alma, y porque no tienen madre, como yo.

MARQUÉS

Pero, ¿sabes que he decidido no llevarlos, por ahora, á Moraleda?

TERESA

¿Por qué?

MARQUÉS

Porque les conviene seguir en el colegio; escriben que están muy contentos; aquello les prueba... Además, no quiero esclavizarte tan pronto. ¿Qué vas á disfrutar si en seguida empiezas con los cuidados de una casa y de una familia?

TERESA

¿Esa idea tienes de mí? Verdad que yo me tengo la culpa. Como digo que soy una chiquilla, no fías en mi juicio; la tía también te habrá dicho lo mismo, que no tengo formalidad; siempre ha tenido esa idea de mí.

MARQUESA

¿No sé por qué dices eso? Si tuviera esa idea de ti, no te hubiera creído digna de la delicada misión que te has impuesto al casarte.

TERESA

Sí, sí; eso dices; pero yo veo claro. Ya lo sabes, Juan, no tienes en mí una madre para tus hijos; tienes una chiquilla más, un cuidado más; edúcame bien, porque estoy muy mal educada, y eso que, á pesar de haberme quedado sin madre muy pronto, tuve después una madrastra muy severa, que sabe educar á los más rebeldes.

MARQUESA

¿Una madrastra?

TERESA

Sí, la adversidad.

MARQUESA

Puedes quejarte. ¿Qué duró, para ti, la adversidad? Cuando todo faltó en tu casa, ¿qué te faltó en la nuestra? ¿No procuramos, por todos los medios, que fueras feliz? ¿No lo eres hoy?

TERESA

Es que yo no soy egoísta; para creerme feliz necesito saber que lo son cuantos me rodean, y en mi casa no era yo sola y no todos se libraron de la adversidad, y ahora no soy sola tampoco, y para ser feliz necesito que lo sean todos, ¿entiendes?, todos, y al decirme que ya no vendrán los niños con nosotros, pienso que algo hubo capaz de cambiar tu decisión. ¿Fué algo que te dijeron ó algo que viste en mí y te hizo pensar de otro modo? Sé franco, decidme siempre lo que sintáis; yo quiero ver siempre caras iluminadas por la franqueza, corazones abiertos; no sé leer en los rostros sombríos ni en los ceños adustos. Me espantan, me desconciertan. ¿Hago mal en estar siempre alegre? Seré muy seria, ya lo veréis, muy seria; pero no estéis serios vosotros; de ese modo podré, á lo menos, seguir alegre por dentro para mí sola.

ENRIQUE

¡Mamá, mamá! No riñáis á Teresita.

MARQUESA

¿Reñirla? No. ¿Qué disparate? Pero, ¿qué tienes? Este hijo mío... Está llorando. Esta criatura es tan sentida. ¿Por qué lloras?

MARQUÉS

¡Un hombre! ¡Y sin motivo!

MARQUESA

¡Qué corazón!

TERESA

¡Pobre Enrique! ¡Si sientes así no vas á ser muy feliz en la vida!

ESCENA VII

Dichos y una CRIADA por la izquierda.

CRIADA

Cuando los señores Marqueses quieran pueden tomar el chocolate.

MARQUESA

¿Queréis que os lo sirvan aquí?

MARQUÉS

No; vamos allá.

TERESA

Yo no tomo nada; nos hemos levantado más tarde que de costumbre y si tomara algo no almorzaría.

MARQUÉS

Como quieras; yo sí; estoy desfallecido.

MARQUESA

Enrique, acompaña á tu primo.

MARQUÉS

Gracias. Y luego también harás el favor de llevarme al telégrafo.

ENRIQUE

Con mucho gusto.

MARQUÉS

Hasta luego, tía.

MARQUESA

Hasta luego. *(Se van el Marqués y Enrique por la izquierda.)*

ESCENA VIII

La MARQUESA y TERESA

TERESA

¡Qué buen muchacho es Enrique!

MARQUESA

Muy bueno. ¡Pobre angel mío!

TERESA

Pero, ¿no te asusta esa bondad toda dulzura? ¿No temes que sea entregarle indefenso á luchar con

la vida? Piensa que nació muy tarde de tu matrimonio, que no tiene padre; que tú, Dios no lo quiera, pero puedes faltarle cuando aún sea demasiado joven, un niño, como ahora, y tú no sabes lo que es pasar en la vida de los mimos de nuestros padres á la indiferencia de los extraños. Ahora no dirás que no hablo seriamente.

MARQUESA

Demasiado; porque me parece percibir alguna queja en tus palabras; tú no hallaste sólo extraños indiferentes al perder á tus padres.

TERESA

Es verdad, perdona; tú has sido muy buena conmigo, te lo debo todo.

MARQUESA

En este mundo, hija mía, no puede lograrse todo lo que se sueña; yo sé lo que son ilusiones para un corazón joven; yo sé cómo se sueña el amor á los veinte años; pero sé también, porque he vivido más que tú, que para una muchacha en tu situación no había mayor seguridad del porvenir que este matrimonio... razonable si quieres, demasiado razonable, para una joven; pero tú misma has de comprender, algún día, que era la mejor defensa contra los riesgos á que está expuesta de continuo, en el mundo, la virtud, cuando va unida á la hermosura y á la pobreza.

TERESA

Sí, lo comprendo; lo comprendí siempre; acepté sin violencia, más deseosa de poder hacer felices á los demás que de serlo yo misma.

ESCENA IX

Dichos y D. HELIODORO por la segunda derecha.

D. HELIODORO

¡Sobrina! ¡Sobrinilla!

TERESA

¡Muy buenos días, tío! ¿De dónde vienes tan temprano?

D. HELIODORO

He empezado mi temporada de baños; el agua es mi elemento; me he dado un baño delicioso; es lo que mejor me prueba para mis jaquecas.

TERESA

¿Sigues padeciendo las jaquecas?

D. HELIODORO

Tremendas; de no poderme levantar en tres días. Anoche, cuando llegásteis, me amagaba una.

MARQUESA

Por fortuna no era de las fuertes.

D. HELIODORO

No; se me pasó durmiendo. Por eso apenas os hice caso; ya me perdonaríais; cuando estoy así... Díselo á tu marido; como con él no tengo confianza...

TERESA

Ya se hizo cargo.

D. HELIODORO

Y ¿qué tal, qué tal la luna de miel y ese viaje de novios? París delicioso, ¿verdad? Tú ya lo conocías.

TERESA

Estuve, de niña, muchas veces.

D. HELIODORO

Sí, con tu padre. ¡Pobre Ramón! ¡Cómo le gustaba París! ¡Es encantador! Hay tres grandes épocas en la vida para visitarle: de soltero, de recién casado, de recién viudo. Yo le he visitado en las tres, y no sé cuándo me ha parecido mejor.

MARQUESA

¿A ti? Cuando hayas estado más libre.

D. HELIODORO

Entonces de casado, porque de soltero y de viudo estuve muy sujeto.

MARQUESA

Suprime el relato de tus aventuras; nos las figuramos.

D. HELIODORO

¿Pensáis estar aquí mucho tiempo?

TERESA

No lo sé; la casa de Moraleda está en obra.

D. HELIODORO

Aquí váis á aburriros mucho, esto es muy triste.

MARQUESA

No sé por qué dices eso: la tranquilidad es su mayor encanto. Gracias á Dios todavía se ve esto libre de veraneantes.

D. HELIODORO

Sí, gracias á Dios y á que para llegar aquí, hay que ponerse bien con él. ¡Qué camino y qué servicio de coches! Y luego aquí, ¡qué agrado con el forastero! Si parece llamativo el modo de vestir de los que llegan, los chicos les corren por las calles, y los grandes les miran como bichos raros y las personas significadas hacen la bola como erizos, para evitar aproximaciones. Y luego está el pueblecito de diversiones. ¿Teatro? Ni pensarlo; en cuanto una compañía de cómicos se aventura por aquí, los curas desde el púlpito, doña Esperanza en su tertulia predican la cruzada, y que si las obras son pecaminosas, que si la primera actriz no está casada con el que pasa por su marido, que si la dama joven sale con la falda muy corta... á perecer los pobres cómicos. La música

que teníamos los domingos en la glorieta, también se ha suprimido, porque la gente del pueblo bailaba demasiado junta, y ahora las criadas van á un círculo que han fundado las señoras, y los obreros á otro círculo que han fundado los señores, á ensayar en un orfeón, que parece ser lo más edificante y moralizador que puede darse. El único café se cierra á las once, y reuniones no hay más que dos; una, aquí, ya verás que divertida; y otra los sábados en casa de doña Esperanza, la obispa, como yo la llamo, la que todo lo inspecciona, gobierna y censura, la que dispone, desde cómo ha de ser el traje de baño y á qué hora ha de bañarse la gente, hasta la hora en que hemos de acostarnos y con quién.

MARQUESA

¡Calla, calla, no desatines!

D. HELIODORO

Digo con quién, porque todas las bodas que aquí se hacen, son cosa suya; la de los ricos y la de los pobres. Digo, de eso ya estás enterada, porque tu tía la imita en todo y á ti te ha casado por ese sistema.

MARQUESA

Heliodoro, Heliodoro; me parece que estás con la jaqueca. No sigas disparatando porque me veré en el caso de llevarme á Teresita.

D. HELIODORO

¡Pobre Teresita! Ya verás lo que es esto; ¿qué

voy á decirte? Ya conoces Moraleda, pues aquello en pequeño, más reducido el cerco, aquí nos pueden, nos ahogan. Ya verás, ya verás.

MARQUESA

¡Calla, calla! No le oigas, no le escuches.

ESCENA X

Dichos y DON FRANCISQUITO por la segunda derecha

MARQUESA

¿Qué hay, don Francisquito?

D. FRANCISQUITO

Doña Esperanza y doña Asunción, esperan en mi despacho: preguntan si la señora Marquesa puede recibirlas porque desean saludar á su sobrina la señora Marquesa de Santo Toribio.

MARQUESA

Ya lo creo; que suban, que suban en seguida. *(Vase don Francisquito por la segunda derecha.)*

D. HELIODORO

Ahí las tienes.

MARQUESA

Teresita, no tomes á mal mi advertencia, pero te aconsejaría que te quitaras ese *matinée*.

TERESA

¿No es más que eso? En seguida. Me pondré otro vestido, ya verás.

D. HELIODORO

Y con guantes, y mucho cuidado con lo que dices; no las asustes.

MARQUESA

Heliodoro, francamente, es preferible la jaqueca declarada; cuando estás con el amago no hay quién te aguante.

TERESA

Voy á ponerme seria. *(Vase por la izquierda.)*

MARQUESA

¿Te parece bien decir esas cosas delante de Teresita? Gracias á que no te ha oído su marido.

D. HELIODORO

Ya tendrá tiempo de oirme.

MARQUESA

Heliodoro, recuerda...

D. HELIODORO

¿Que estoy aquí de limosna, no es eso?

MARQUESA

Nadie dice eso. Con que recuerdes el respeto que debes á esta casa, á mí y á ti mismo, es bastante.

D. HELIODORO

¿Y mis convicciones? ¿No son respetables? ¿Y mis creencias, y mis sentimientos? ¿Creéis que por un pedazo de pan se compra todo eso?

MARQUESA

Hoy estás desatinado... ¿Y te sientas? ¿Piensas asistir á la visita de esas señoras? Pero no dirás disparates...

D. HELIODORO

Ya lo creo que los diré; es mi única diversión en este pueblo; molestar á esas señoras; ya lo creo que diré cosas, ya lo creo.

MARQUESA

Dios me perdone, Dios me perdone...

D. HELIODORO

Por el estallido que me deseas. ¿No es eso? Pues que Dios te perdone, como yo te perdono. *(Cantando La Marsellesa.)* «*Allons enfants de la patrie...*» No dirás que no me preparo á recibirlas.

MARQUESA

Por fortuna ya saben que estás loco.

D. HELIODORO

(Cantando.) «*Le jour de gloire est arrivé.*»

ESCENA XI

Dichos, DOÑA ESPERANZA y DOÑA ASUNCIÓN por la segunda derecha.

DOÑA ESPERANZA

¡Marquesa!

ASUNCIÓN

¡Marquesa!

MARQUESA

¡Esperanza! ¡Asunción! ¡Queridas amigas!

D. HELIODORO

¡Señoras mías!

DOÑA ESPERANZA

¡Ah! Don Heliodoro... Por fin se deja usted ver. ¡Qué rareza!

ASUNCIÓN

Sí lo es. No se le ve á usted nunca...

D. HELIODORO

No es extraño. No salgo los sábados por la noche.

DOÑA ESPERANZA

¡Eh!...

D. HELIODORO

¿No es el día de sus reuniones?

DOÑA ESPERANZA

Sí, sí... *(Bajo á Asunción.)* Yo creo que ha querido llamarnos brujas.

ASUNCIÓN

(Idem.) ¡Desvergonzado! ¡Beodo!

D. HELIODORO

(Cantando.) «*Contre nous de la tirannie.*»

MARQUESA

No hagan ustedes caso; la familia empezamos á creer que está algo perturbado... los disgustos...

DOÑA ESPERANZA

Sí, y las jaquecas... ¿Con que anoche llegó Teresita con su esposo? Tan felices. ¿No es eso? Santo Toribio es un hombre sin tacha. ¡Qué caballero! ¡Qué cristiano! ¡Ah, si todos los hombres fueran como él!... Teresita será felicísima.

ASUNCIÓN

Y diga usted, ¿no hay novedad?

MARQUESA

¿Novedad?

ASUNCIÓN

Vamos, si...

MARQUESA

¡Ah!... No, por ahora no. En seguida saldrá á saludar á ustedes; se ha levantado un poco tarde. Fatigados del viaje.

ASUNCIÓN

Es natural.

DOÑA ESPERANZA

Que no se molesten por nosotras...

MARQUESA

No es molestia, al contrario, tendrá mucho gusto...

ASUNCIÓN

El gusto es nuestro.

MARQUESA

Ella las quiere mucho á ustedes. En todas las cartas me daba recuerdos para ustedes.

DOÑA ESPERANZA

Supongo que usted también se los habrá enviado de nuestra parte.

MARQUESA

Y los ha agradecido mucho.

ASUNCIÓN

Nosotras también. Ya sabe que la queremos mucho.

MARQUESA

Y ella les corresponde á ustedes.

D. HELIODORO

(Como hablando consigo mismo.) Está á la disposición de ustedes. Está muy bien empleada.

DOÑA ESPERANZA

¿Qué dice éste hombre?

MARQUESA

¿Qué dices?

D. HELIODORO

Nada; que faltaba esa fórmula... No hagan ustedes caso; asociación de ideas... «Mejor estaría. No cabe mejoría»... No hay como la buena crianza.

MARQUESA

Les digo á ustedes que nos alarma su estado.

DOÑA ESPERANZA

La compadezco á usted, Marquesa: á mi hermana se lo digo yo muchas veces. ¡Pobre Marquesa!

ASUNCIÓN

Es verdad. Cuántas veces decimos en casa: ¡Pobre Marquesa!

MARQUESA

Ya sé que son ustedes muy buenas amigas.

DOÑA ESPERANZA

Ya sabe usted que se la quiere.

MARQUESA

No hacen ustedes más que corresponder.

ASUNCIÓN

Ya sabemos que usted también nos quiere.

MARQUESA

Cuántas veces se lo digo yo á mi pobre hijo: lo que yo quiero á Esperanza y á Asunción... Y Enrique también las quiere á ustedes mucho.

D. HELIODORO

Y yo, yo también las quiero á ustedes.

DOÑA ESPERANZA

Pues mire usted, don Heliodoro; del cariño de usted no nos fiamos tanto.

D. HELIODORO

No sé por qué.

ASUNCIÓN

Usted es de cuidado. El rinconcito de usted en el Casino tiene fama: de allí salen todos los motes y todas las críticas...

DOÑA ESPERANZA

Allí será donde han inventado ustedes lo de la pobre María de la O. ¿No lo ha oído usted, Marquesa? ¡Espantoso! Yo no puedo creerlo. Verdad es que yo soy siempre la última en creer esas cosas.

D. HELIODORO

Así, tardando en creerlas cunde más el irse enterando.

DOÑA ESPERANZA

Es que de algún tiempo á esta parte ha tomado unas proporciones la maledicencia; aquí, donde antes no se hablaba mal de nadie.

ASUNCIÓN

Y es el Casino; de allí sale todo; como se reunen allí todos los desocupados.

D. HELIODORO

Ahora pensamos fundar un orfeón.

DOÑA ESPERANZA

Ya sé que la han tomado ustedes con el orfeón, que lo ridiculizan ustedes y que la otra noche cuando cantó en la plaza, usted, desde un balcón del Casino, se pasó usted la noche haciendo el gato. ¡Qué gracioso!

D. HELIODORO

¡Calumnia, calumnia! El gato era auténtico. *Michito*, un magnífico gato del Casino que andaba aquella noche por la terraza, ferido de mal de amores; yo me limité á maullar dos ó tres veces por darle alguna esperanza; me sentí Zapaquilda... Zapaquilda la bella era gata doncella...

ASUNCIÓN

Y vamos á ver. ¿En qué les molesta á ustedes el orfeón?

DOÑA ESPERANZA

Eso es: ¿En qué les molesta á ustedes?

D. HELIODORO

En nada, en nada; cuando no canta, en nada.

DOÑA ESPERANZA

¿No vale más que el obrero se distraiga de ese modo en las horas de descanso que no en la taberna ó en el *club* revolucionario oyendo y leyendo atrocidades?

ASUNCIÓN

Compare usted á unos con otros. ¡Qué diferencia! Los unos, tan aseados, tan modosos, sin carecer de nada; los otros, siempre gritando, siempre quejándose, siempre en huelga.

D. HELIODORO

Ya lo creo, como que á unos no les escatiman ustedes nada y á los otros se lo niegan ustedes todo.

MARQUESA

Por algo será la diferencia.

D. HELIODORO

Por algo, ciertamente; porque no hacen ustedes caridad ni limosna desinteresadas, sino á cambio

de una profesión de fe absoluta, no sólo religiosa, política, social..., hasta sentimental. Y aunque á ustedes les sorprenda, no todo el mundo... y menos entre esa pobre gente que en esferas más elevadas, está dispuesto á vender su conciencia y sus sentimientos por una limosna que sólo á ese precio se les ofrece. Creen ustedes que fomentan la virtud y lo que fomentan es la hipocresía; no educan ustedes, amaestran con el látigo en una mano y la golosina en la otra. Es odioso el Don Juan Tenorio que presenta Molière cuando por una limosna pretende hacer blasfemar á un pobre, pues no es menos odioso el que por una limosna pretende hacerle bendecir. Caridad de toma y daca, no me convence; el bien, no es semilla que debe sembrarse con esperanza de cosecha; se arroja al suelo; que alguna cae en tierra y fructifica, bien está; que el viento se la lleva, no se pierde... la alegría de hacer bien está en sembrar, no está en recoger.

DOÑA ESPERANZA

Será por egoísmo por lo que procuramos en todo mejorar la suerte de nuestros protegidos. No hay duda que es mucho más cómodo sembrar al viento sin preparar antes el terreno y sin cultivarle.

MARQUESA

Supongo que no harán ustedes caso de este hermano mío, que es como Dios lo ha hecho.

DOÑA ESPERANZA

Ya conocemos su modo especial de practicar el bien.

ASUNCIÓN

Ese desgraciado Cabrera, ese borrachón, que es la vergüenza del pueblo, y esa infeliz que vive con él, la Repelona, son buena prueba de ello. Usted se divierte en convidarles, en oirlos disparatar... beben hasta caerse...

DOÑA ESPERANZA

Y como nosotros se lo afeamos y nos negamos á socorrerlos mientras no cambien de vida, nos insultan cuando nos encuentran. A eso da usted lugar con su modo de entender la caridad.

MARQUESA

Bueno andaría todo si él fuera el encargado de mejorar las costumbres del pueblo.

D. HELIODORO

Sí; ya sé que soy para ustedes la bestia del Apocalipsis, corriente; nos dividiremos el imperio del mundo, es decir, de este pueblo; ustedes con los suyos, yo... yo conmigo solo, porque yo no tengo míos, los míos son libres, piensan lo que quieren, hacen lo que quieren, viven como quieren.

DOÑA ESPERANZA

Beben lo que quieren.

D. HELIODORO

Sí, señora; eso sobre todo. No les impongo ni siquiera la obligación de creer que yo sea una persona decente. Libertad, libertad, ese es mi lema. *¡Liberté, liberté cherié!*

ESCENA XII

Dichos y TERESA por la izquierda

TERESA

¡Doña Esperanza! ¡Asunción!

DOÑA ESPERANZA

¡Teresita! ¡Hija mía!

ASUNCIÓN

¡Teresita de mi alma!

DOÑA ESPERANZA

No sabes lo que nos alegramos de todo, cuando nos escribió tu tía que te casabas con Santo Toribio, nosotros que le conocemos de toda la vida... Serás la mujer más feliz de este mundo. A mi hermana se lo decía yo muchas veces: Si yo tuviera una hija, no le pediría á Dios otro marido para ella. Ahora habrás visto cómo las mayores adversidades, cuando se llevan con resignación,

no son más que pruebas pasajeras, y algunas veces se nos anticipa aquí la recompensa.

TERESA

Gracias á la tía, gracias á ustedes.

DOÑA ESPERANZA

¡Y qué buena estás!...

ASUNCIÓN

¡Y qué guapa! Pareces otra.

TERESA

Muchas gracias.

D. HELIODORO

(Bajo á Teresita.) Sí, puedes darlas; porque si le pareces guapa y le pareces otra, calcula lo que le parecerías antes.

DOÑA ESPERANZA

¿Y tú marido? No queremos dejar de saludarle.

TERESA

No tardará. Fué al telégrafo, y habrá ido á misa, de paso.

MARQUESA

Sí, salió con Enriquito.

DOÑA ESPERANZA

¿Pensáis vivir en Moraleda?

TERESA

Sí, en Moraleda.

DOÑA ESPERANZA

Muy bien pensado. Allí tenéis toda clase de comodidades. La casa de tu marido es magnífica, y luego la finca de recreo, allí cerca, una finca regia. Todo muy descuidado, eso sí, porque el Marqués, desde que enviudó, no se cuidaba de nada; pero ahora contigo...

ESCENA XIII

Dichos y D. FRANCISQUITO por la segunda derecha.

D. FRANCISQUITO

Con permiso de las señoras.

MARQUESA

¿Qué ocurre, don Francisquito?

D. FRANCISQUITO

Natividad y Martín esperan abajo; dicen que la señora Marquesa les ha mandado venir á esta hora.

MARQUESA

Sí, sí; para entregarles todos sus papeles. Que suban, que suban en seguida. Dígales usted que están aquí también doña Esperanza y doña Asunción.

D. FRANCISQUITO

Ya lo saben, señora Marquesa. *(Vase por la segunda derecha.)*

MARQUESA

¿Conque por fin se casan estos chicos?

DOÑA ESPERANZA

Una buena obra que será agradecida; los dos son muy buenos, muy trabajadores, y ahora, establecidos en excelentes condiciones, cada uno en su oficio, estarán en la gloria.

TERESA

¿Casan ustedes á alguien?

MARQUESA

Sí; á dos pobres muchachos del pueblo, dos huérfanos protegidos nuestros, digo, ella no es del pueblo, su historia es cosa de novela.

TERESA

¿Sí? Cuenten ustedes.

MARQUESA

Después, que ya están ahí.

ESCENA XIV

Dichos, NATIVIDAD y MARTIN por la segunda derecha.

MARQUESA

Adelante, adelante. Todos son de casa; mi sobrina, la Marquesa de Santo Toribio.

NATIVIDAD

¿La señorita Teresa? Estuvo aquí hace años; era una niña; vino un día á visitar el Asilo con la señora Marquesa y con otra señora.

TERESA

Mi madre.

MARQUESA

¡Qué memoria! Porque entonces, tú eras una chiquilla.

NATIVIDAD

Yo me acuerdo de todo.

TERESA

Yo también recuerdo ahora. Sí, entonces oí la historia; por cierto que me impresionó mucho; pero después había olvidado hasta ahora; sí, ya

recuerdo. Es la niña que salvaron unos marinos del pueblo, de un barco naufragado.

NATIVIDAD

Sí, señora; yo soy.

DOÑA ESPERANZA

No pudieron salvar más que á esta niña y á una pobre mujer abrazada á su hijo; la mujer murió en seguida, el chico se salvó también. Fué en la tarde de un día de Nochebuena; por eso cuando confirmamos á los dos niños, en recuerdo les cambiamos el nombre, y los llamamos Natividad y Jesús.

TERESA

El niño es este joven...

NATIVIDAD

No, no señora.

MARQUESA

No; el niño se salvó del naufragio, pero ha naufragado después en la vida. Todo lo que Natividad, no es porque esté ella delante, fué siempre de dócil, de aplicada, todo lo que supo agradecer siempre el bien que se le hizo, el muchacho tuvo de díscolo y de rebelde: á los ocho años, se escapó del Asilo; después, qué se yo las barrabasadas que hizo; tuvimos la desgracia de que librara, por el número, de ir al servicio, y por ahí anda hecho

un perdido: unas veces se escapa del pueblo, sin saber á dónde, de pronto aparece.

DOÑA ESPERANZA

Como comprenderás, hemos desistido ya de protegerle.

ASUNCIÓN

Sí, sí; bueno es el mozo.

TERESA

¿Y usted perdió á alguno de su familia en el naufragio?

NATIVIDAD

No lo sé, señora, no recuerdo; tenía yo tres años.

MARQUESA

Venían de Orán en un mal barco de vela; era una compañía de titiriteros; diez ó doce personas; por la madre del chico pudo saberse algo.

TERESA

¿De modo que el muchacho que se salvó con usted no era su hermano?

NATIVIDAD

No señora, no.

MARQUESA

No eran hermanos.

D. HELIODORO

Como que fueron novios.

MARQUESA

No hay que hablar de eso; el chico es un loco romancero que se le puso en la cabeza que Natividad había de casarse con él, porque el destino, así dice él, el destino, para que nada le falte; es muy dado á leer novelones y crímenes en los periódicos; pues el destino, según él, los había unido, y nada podía separarlos.

DOÑA ESPERANZA

¡Pobre Natividad! Para casarse con ese pillete, más le valía no haberse salvado.

TERESA

Entonces, este joven es su prometido de usted?

MARTÍN

Para servir á usted.

DOÑA ESPERANZA

Este es otra cosa; muy honrado, muy trabajador; los dos tienen su oficio; ella es planchadora, él carpintero; él trabaja en el mejor taller que hay aquí; á ella le hemos puesto ahora un obrador que es una monada, y como los dos son muy estimados de todo el mundo, vivirán tan ricamente.

NATIVIDAD

Gracias á ustedes.

MARTÍN

Sí, señoras, gracias á ustedes.

MARQUESA

Para que digan que nuestras Juntas no sirven de nada.

TERESA

¿Y se casan ustedes pronto?

NATIVIDAD

La semana que viene; este domingo es la última amonestación.

TERESA

Cuente usted con mi regalo. Algo útil para la casa. Ustedes me dirán lo que necesitan.

NATIVIDAD

Tantísimas gracias, señorita; en la casa tenemos de todo: estas señoras son tan buenas; pero lo que usted quiera, señorita, demasiado hace usted.

TERESA

Yo me enteraré.

MARQUESA

Me alegro de que hayáis venido cuando están aquí doña Esperanza y doña Asunción; porque

aunque yo sea la Presidenta, como ellas son las que han intervenido en todo...

DOÑA ESPERANZA

Por Dios; nosotras no hacemos más que interpretar los deseos de usted, Marquesa.

MARQUESA

Pues pasemos al despacho, que don Francisco ya tendrá listos los documentos, y se os hará entrega de todo. Martín tendrá que echar algunas firmitas, y todo queda en regla; ya no os falta más que las bendiciones.

DOÑA ESPERANZA

Hacen linda parejita, ¿verdad?

TERESA

Es interesante. Pero yo no sé por qué pienso en el otro.

D. HELIODORO

Y ella también, créelo.

TERESA

¿Tú crees?...

D. HELIODORO

Estoy seguro.

TERESA

Ya es más interesante.

MARQUESA

Vamos, pasen ustedes.

DOÑA ESPERANZA

Pase usted, Marquesa.

MARQUESA

Venid vosotros.

NATIVIDAD

Con permiso de ustedes.

MARTÍN

Con su permiso. *(Se van todos, menos Teresa y D. Heliodoro, por la izquierda.*

ESCENA XV

TERESA y D. HELIODORO

D. HELIODORO

¿Has oído todo eso que dicen del pobre Jesús? Pues no tienen razón, es lo de siempre; á cambio del bien que hacen exigen una abdicación completa de la voluntad, una especie de esclavitud; las personas no son personas para ellas, son abstracciones, almas que salvar, y las personas, ¡qué demonio! Tenemos un alma; pero envuelta en

muchas fibras de carne y hueso, sangre que hierve, nervios que saltan, vida, en fin, vida que es fuerza y rebeldía. A la primera travesura del muchacho ya le notaron de sospechoso, la desconfianza y la represión continua fueron el sistema empleado, y es natural, la rebeldía fué en aumento, hasta que terminó en guerra declarada; y el chico no es malo; pero conseguirán que lo sea si como á tal le tratan. Quiere á esa muchacha; en su cariño, es verdad, hay mucho de romántico, frases de folletín, ridículas muchas veces; yo he sido el primero en reirme de él; pero en el fondo su cariño es sincero, apasionado; y la muchacha también le quiere, pero está acobardada, acepta el marido que le ofrecen como una limosna que no puede rechazar; porque un pobre no puede rechazar una limosna sin parecer ingrato; pero un marido es lo que no debe darse nunca de limosna... Luego dicen que hablo... ¡No he de hablar, si hay cosas que encienden la sangre! Lo mismo han hecho contigo.

TERESA

¿Conmigo?

D. HELIODORO

Sí; tú lo sabes. No les bastaba con asegurarte el pan, había que asegurarte la virtud, había que salvarte; y como no confiaban en ti, por lo visto, ni confiaban en que ningún hombre joven te ofreciera su amor, pobre como eras... y en eso quizá tenían razón, los jóvenes de ahora son cobardes

para el amor, y al luchar por la vida lo juzgan como estorbo, y quién sabe si ellos también tienen razón; porque la vida de ahora es dura y difícil, y castiga muy cruelmente al que no acepta la realidad y se distrae en el camino mirando á las estrellas ó escuchando á los ruiseñores.

TERESA

Entonces, si tú mismo dices que todos tienen razón, ¿de qué puedo quejarme?

D. HELIODORO

Sí, sí; todos tienen razón; pero es que yo no me resigno á la razón, no acepto así la vida; mi lucha fué siempre no luchar por ella, sino contra ella, cuando me pareció inaceptable en sus condiciones. Por eso vivo aquí de limosna, pero sin abdicar, como un rey vencido, pero no humillado, que por nada del mundo firmaría su abdicación; solo, como el ángel rebelde, que prefirió ser demonio á ser ángel arrepentido y perdonado; solo y grande en mi infierno, y por eso digo que hicieron mal en casarte con ese viejo egoísta que sólo buscó en ti un aya de confianza para sus hijos y un ama de gobierno para su casa; por eso digo que hacen muy mal en unir á esos dos muchachos que, obligados por la gratitud, no se atreven ellos mismos á creer que no se quieren.

TERESA

¿Por qué no han de quererse? Tú sí que fuiste

siempre un romántico, querido tío. Confiesa que tú, con toda esa historia de naufragio en día de Nochebuena, de titiriteros, de huérfanos recogidos en la tempestad, compusiste un novelón ó melodrama en tu cabeza, y este final de boda prosaica te desilusiona por completo. Pues la muchacha parece muy contenta con su suerte.

D. HELIODORO

Como tú con la tuya.

TERESA

Qué empeño en mezclar historias distintas.

D. HELIODORO

¿Pretendes hacerme creer que estás enamorada de tu marido?

TERESA

Sé decirte que no me ha costado ningún sacrificio mi casamiento.

D. HELIODORO

Porque no quisiste antes á ningún hombre, y no sabes aún lo que es cariño... amor... verdadero amor; pero quién dice que no llegará ese día...

TERESA

¿Qué dices?

D. HELIODORO

Que si la vida, con sus prosaicas realidades,

parece vencer al ideal, el ideal es lo único eterno, y, por fin, se desquita victorioso, y en un día, en un momento, desbarata, destruye la vida mejor ordenada, la más tranquila, la que parecía más segura de pasiones ó de locuras que trastornaran su equilibrio perfecto.

TERESA

No temo pasión ni locuras que trastornen mi vida.

D. HELIODORO

Pues algo llegará... por lo menos una gran tristeza que llenará tu alma y acaso no sepas de qué proviene, y será el ideal, el ideal que, tarde ó temprano, exige su parte en nuestra vida.

ESCENA XVI

Dichos y NATIVIDAD por la segunda derecha.

NATIVIDAD

Ustedes perdonen; quiero hablar con la señora Marquesa.

D. HELIODORO

¿Qué te ocurre? Vienes asustada.

TERESA

¿Qué sucedió?

NATIVIDAD

Sí, señora, sí, muy asustada; las señoras nos dieron nuestros documentos, estuvieron tan cariñosas como siempre, Dios se lo pague; salimos juntos Martín y yo, los dos tan alegres, en la esquina nos separamos, él hacia su taller, yo á mi obrador; apenas me quedé sola, aparece Jesús y me cierra el paso y empieza á decir unas cosas, como loco, nunca le he visto así; ya parecía conforme, yo creí que no se acordaba de mí, y ahora... No sé qué dice, que nos mata, que se mata él, seguro que está loco... Quería venir á insultar á las señoras, yo eché á correr asustada, volví aquí, creo que me siguió, no quise mirar atrás, pero yo le oía, le oía decir cosas... siempre lo mismo: os mato, me mato, y á esas brujas también. Dios le perdone; las brujas eran las señoras... Está loco, pueden creerlo, seguro que está loco.

D. HELIODORO

El melodrama, la novela... ¿Qué te decía yo?

TERESA

Perdone usted, Natividad. ¿Usted no quiso nunca á Jesús?

NATIVIDAD

Sí le quise; ya ve usted, en todo iguales: juntos nos salvaron de milagro, juntos nos nombraba siempre todo el mundo, siempre juntos nuestros nombres y los dos solos en el mundo, recogidos

por caridad, toda nuestra vida de caridad; pero él se ha portado muy mal, muy ingrato...

TERESA

Pero, ¿es tan malo como dicen?

NATIVIDAD

Sí, señora, sí; no se sujeta á nada; muy rebelde y muy mal cristiano, dice atrocidades. Y se ha escapado del Asilo muchas veces; hasta toreando anduvo por los pueblos, y otra vez con unos titiriteros.

D. HELIODORO

Es natural; entre ellos nacísteis. ¿Tú no has sentido nunca el deseo de dar unas volteretas?

NATIVIDAD

¿Yo? No, señor; y eso que de pequeña, según dicen, tenía todo el cuerpo dislocado.

TERESA

¡Qué horror! Eso debía estar castigado.

D. HELIODORO

Sí; debía estarlo, y mucho más dislocar corazones y cerebros.

TERESA

Y dime, ¿qué otras maldades hizo el pobre Jesús?

NATIVIDAD

Muchas, señorita. Un día alborotó todo el pue-

blo; anduvo con el Cabrera y la Repelona, borrachos los tres, por esas calles, echando herejías por aquellas bocas, y desde aquel día fué cuando las señoras dejaron de protegerle; hasta entonces siempre le habían perdonado.

D. HELIODORO

Pero aquel día, con el calor de la improvisación, salieron á relucir historias de señoras muy principales; como la Repelona está enterada de todo lo que pasa en el pueblo, hubo conciliábulo y se decretó la excomunión.

TERESA

¿Y ya no quieres á Jesús?

NATIVIDAD

¿Quererle? Sí; siempre le quiero, y me da mucha lástima de que sea así; pero ya es otra cosa; ya sabe que me caso y no debe pensar en mí. Si Martín lo ve hoy hablar conmigo de esa manera... ya ven ustedes lo que hubiera podido suceder, una desgracia; porque los hombres pronto se acaloran, y aunque Martín es muy prudente, tanto le hubiera pinchado el otro... Yo, la verdad, estoy muy asustada, señorita, y quiero decírselo todo á la señora Marquesa para que metan miedo á Jesús y no vuelva á suceder lo que ha sucedido.

TERESA

Sí, hay que procurarlo. *(Se oyen voces dentro, del Criado, Jesús, Cabrera y la Repelona.)*

NATIVIDAD

¡Dios mío!

TERESA

¿Qué? ¡Ah! ¡Qué gente!

D. HELIODORO

Nada, nada; no te asustes. Son amigos míos. Ahí le tienes; ese es Jesús y Cabrera y la Repelona, su morganática... Adelante, adelante. Conmigo no se desmandan, no tengas miedo.

ESCENA XVII

Dichos, la REPELONA, JESÚS y CABRERA.

REPELONA

Muy buenos días; para servir á ustedes.

CABRERA

Muy buenos días, don Heliodoro y la compañía.

JESÚS

Buenos.

D. HELIODORO

Hola, hola. ¿A qué debemos el honor de recibir

á estas horas tan lucida representación de la golfería de este noble pueblo?

JESÚS

Hemos preguntado por usted, don Heliodoro, para que nos dejaran subir, pero queremos hablar á la señora Marquesa y demás señoras de la Junta... Yo, de lo que me importa... éstos... no sé.

REPELONA

Yo, de pedir justicia y de que se sepa quién es cada uno y de que esas señoras no vivan en un puro engaño y sepan á quién socorren, que están entregadas á cuatro lagartas que las hacen ver lo blanco negro, cuatro beatonas que son las peores del pueblo y son las que nos sacan las faltas á las demás para ser ellas solas y que las señoras no atiendan á nadie más que á ellas... Hipócritas, embusteras, que andan averiguando á qué hora van las señoras á la iglesia para irse allí á darse golpes de pecho, á besar el suelo, y después... ¡Ay! después... Como si una no supiera quién es cada una... Y por mi salud que una á una he de irlas cogiendo en lo suyo y he de correrlas por esas calles cada vez que las coja. Ahí está la del tío Cacharrero, que es la que más habla, la que salió de Nazareno este Viernes Santo... En el paso de los azotes debió de ir la condenada, que no la hay más perra ni más remala en el pueblo, ni creo que en el infierno.

TERESA

¡Qué mujer esta! Debe ser temible.

D. HELIODORO

Bueno, bueno; reprime tu justa cólera y deja hablar á los hombres. Tú, Cabrera, cuyo nombre ha traspuesto los límites de este pueblo, el tercero de tu dinastía... ¿No es eso?

CABRERA

Sí, señor; excelentísimo señor don Heliodoro; Cabrera tercero, para servirle y á la compañía, la excelentísima señorita, tan reteguapísima como es; de su excelentísima familia de usted. ¿No es verdad?, don Heliodoro.

D. HELIODORO

Sobrina mía.

CABRERA

Por muchos años y muy largos.

D. HELIODORO

Pero no te interrumpas; quedamos en que eres el tercero de tu gloriosa casta.

CABRERA

Sí, señor, excelentísimo don Heliodoro. Usted nos ha conocido á todos. Mi padre gran borra-

cho, mi abuelo gran borracho también. Mi abuelo sirvió en el ejército á las órdenes del excelentísimo general don Ramón Cabrera. Esta boina blanca fué del excelentísimo señor general, que se la regaló á mi abuelo.

D. HELIODORO

Ya lo sabes, esa boina fué del general y fué blanca.

CABRERA

Yo también hubiera sido militar, nací para la guerra. Porque ¿qué hace un hombre en la paz? Podrirse. No queda otro recurso que beber, por eso bebo yo, por no podrirme. Pero no se hacen cargo y me llaman borracho. No es verdad; borracho es el que bebe por beber, y eso es repugnante. Borracha es ésta, la Repelona, aquí presente, que es la que nos ha traído el descrédito con las excelentísimas señoras de la excelentísima Junta Yo no falto á nadie, sufro el vituperio con modestia... Soy mártir de mis ideas, como mi abuelo.

TERESA

¡Ay, tío! Me da mucho miedo esta gente.

NATIVIDAD

Señorita, haga usted porque se vayan pronto.

D. HELIODORO

A mí me divierten. Y tú, Jesús, ¿qué dices?

JESÚS

Yo no digo nada. ¿Qué quiere usted que diga? Quiero decir á la señora Marquesa y á las demás señoras y señores de la Junta, que haré todo lo que ellos quieran, que me pondré al oficio que quieran; yo no tengo la culpa de ser torpe para los oficios, me gusta más salir á la mar ó me gustaría correr tierras, pero, en fin, haré lo que quieran, ya digo. Yo no hice otra cosa mala que escaparme dos veces, y las dos veces fué porque me dijeron que no valía para nada y quise ver si por el mundo adelante valía para algo. Y un día que bebí sin tenerlo por costumbre y me junté con éstos y dijimos no sé qué cosas y las señoras se enteraron... Eso es todo lo malo que yo hice, y por eso me tratan peor que á un ladrón y no me quieren en ninguna parte, ni los patrones de barco me quieren por no ponerse á mal con los señores, y tengo que andar al contrabando con los Pimentones, que son los únicos que me han querido con ellos. Y luego dirán todos que entre qué gente ando y en malos asuntos. Ya lo sé que está mal y que un día nos cogerán los carabineros y nos darán un tiro, ¡ojalá y fuera eso!, ó nos meterán en la cárcel. Pero, ¿qué hace un hombre cuando se ve como yo? Que me perdonen los señores y aquí me tienen, haré lo que quieran, lo que manden, ya digo...

D. HELIODORO

(A Teresa.) ¿Tengo yo razón?

TERESA

Si es verdad lo que dice... ¿Oyes Natividad?

NATIVIDAD

(Rompiendo á llorar.) Me da mucha pena.

JESÚS

Tú sabes que es verdad lo que digo, por eso lloras; pero eres muy cobarde, porque me has dicho siempre que me querías y ahora no te atreves á decirlo, pero tendrás que decirlo, lo dirás...

NATIVIDAD

¡Señorita! Me da mucho miedo... ¡La señora Marquesa!

ESCENA XVIII

Dichos, la MARQUESA, DOÑA ESPERANZA y DOÑA ASUNCIÓN por la segunda izquierda.

MARQUESA

¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? *(A Natividad.)* Tú aquí otra vez. Y vosotros ¿qué hacéis aquí? ¿Han visto ustedes?

DOÑA ESPERANZA

¡Qué atrevimiento!

ASUNCIÓN

¡Qué desvergüenza!

MARQUESA

(A Heliodoro.) Has sido tú, de fijo, quien los ha recibido.

D. HELIODORO

Yo, sí; lo menos que se puede hacer es oirlos. Jesús viene á pediros perdón.

MARQUESA

¡A buena hora! ¡Ya se le ha perdonado bastante!

D. HELIODORO

Nunca se perdona bastante.

MARQUESA

Ya sabemos á qué atenernos con su arrepentimiento. *(A la Repelona y al Cabrera.)* ¿Y vosotros? Tú, lo de siempre, cuando necesitas algo, muy compungida, muy humilde; viene á contarnos que no quiere vivir con ese hombre, que la libremos de él, que la amparemos, y apenas consigue lo que quiere, vuelve á las andadas, á vivir en pecado, á ser el escándalo del pueblo.

CABRERA

Excelentísima señora Marquesa: con todos los respetos á la excelentísima señora Marquesa y á

estas excelentísimas señoras, eso de separar á dos personas que viven propiamente como matrimonio...

MARQUESA

¡Calla, calla! No puedo oirlo.

REPELONA

Pero, señora Marquesa, yo bien estaría tan casada como la primera; pero si no puede ser, si nadie sabe de mi marido, que va para diez años que me dejó sin decir palabra, y esta es la hora que no sé si está vivo ó muerto. ¿Qué hace una mujer en mi caso?

MARQUESA

¿Oyen ustedes?

DOÑA ESPERANZA

Vivir con decencia y como Dios manda.

REPELONA

Yo con decencia vivo, y nadie dirá que ando con unos y con otros, como muchas...

DOÑA ESPERANZA

Lo de siempre, calumniar, sacar á relucir historias...

REPELONA

Historias, sí, señora, historias... de esas que las emboban á ustedes con manto de santas... Y de

muchas señoras de las que andan en la Junta, también sé yo algo, que todas no son como ustedes... Pregunten ustedes á la de don Gumersindo á qué va una tarde sí y otra no á casa de la Cacharrera, que la casa tiene dos puertas á dos calles, y yo sé quién entra por la otra.

MARQUESA

Calla, calla, que no queremos oirte.

REPELONA

¿Y de la Jueza, quieren ustedes saber algo?

DOÑA ESPERANZA

¡Jesús! Una señora tan respetable.

REPELONA

Y tan santa. De eso se fían ustedes, de la santidad. Así hacen ustedes las caridades, á quien mejor engaña, y los que decimos nuestro sentir, somos los malos... Pero yo les digo á ustedes que quien les ha quitado á ustedes la voluntad de socorrernos tienen que oirme, y se oirán cosas... Que á la hija de mi madre el que se la hace se la paga.

MARQUESA

(Llamando.) Don Francisco, Pedro, vengan ustedes, pongan á esta gente en la calle. *(A don Heliodoro.)* Y tú ¿qué haces?

DOÑA ESPERANZA

Esto no puede oirse.

ASUNCIÓN

¡Qué gente, qué gente!

JESÚS

Tiene razón, tiene razón. Con ustedes no vale la verdad; pero esto que hacen ustedes ahora no está bien... no está bien... Esa no se casa con Martín, yo lo digo. Esa no puede ser más que mi mujer.

NATIVIDAD

¡Señora Marquesa!...

MARQUESA

(A Jesús.) A ti ya te arreglaremos, ya te lo dirán el jefe de la Guardia civil y el señor Juez.

JESÚS

¿Qué van á decirme? ¿Que me vaya del pueblo? Mejor; me iré, me iré..., pero puede que deje recuerdo.

MARQUESA

¡Qué insolencia!

DOÑA ESPERANZA

¡Amenazas!...

MARQUESA

Esos criados... ¡Don Francisquito!

ESCENA XIX

Dichos, DON FRANCISQUITO y UN CRIADO por la segunda derecha. El MARQUÉS y ENRIQUE por la izquierda.

D. FRANCISQUITO

Señora Marquesa...

MARQUÉS

¡Tía!...

ENRIQUE

¡Mamá!...

MARQUESA

¡Pronto! Echad á esa gente á la calle...

DOÑA ESPERANZA

¿Cuándo se ha visto cosa igual? En qué momento le saludo á usted, Marqués.

MARQUÉS

Doña Esperanza..., Asunción...

D. FRANCISQUITO

Vamos, que no tengamos que echaros á empellones. Fuera de aquí...

REPELONA

Sí; ya nos vamos. Pero oirnos, han de oirnos á donde quiera...

CABRERA

Siempre mártir sufrir el vituperio con modestia...

JESÚS

Tú, ya lo sabes, con Martín no te casas.

D. FRANCISQUITO

¡Silencio todos!... ¡Á la calle; á emborracharse; á gritar allí...; á la calle! *(Se van disputando, por la segunda derecha, Jesús, la Repelona, Cabrera, don Francisquito y el Criado.)*

ESCENA ÚLTIMA

La MARQUESA, DOÑA ESPERANZA, ASUNCIÓN, TERESA, NATIVIDAD, el MARQUÉS, DON HELIODORO y ENRIQUE.

MARQUESA

¿Han visto ustedes?

NATIVIDAD

¡Ay, señorita!

DOÑA ESPERANZA

No te asustes; ya le ajustarán las cuentas.

MARQUÉS

Gente desagradecida, ¿no es eso?

ASUNCIÓN

Ya lo ve usted.

MARQUESA

(A don Heliodoro.) Por supuesto, de todo esto tú tienes la culpa...

DOÑA ESPERANZA

Eso, eso; usted, usted.

ASUNCIÓN

Usted les da alas...

MARQUESA

Celebras sus desvergüenzas; les permites entrarse aquí; los desmoralizas como si ya no lo estuvieran bastante.

D. HELIODORO

¿Conque yo? ¿eh?... Vaya, no quiero hablar yo también; jaqueca por jaqueca, prefiero la que yo tome á la que me den ustedes. Señores... *(Vase por la izquierda.)*

DOÑA ESPERANZA

Natividad se ha puesto mala.

MARQUESA

Claro, se ha asustado...; las amenazas de ese pillo...

ASUNCIÓN

No hagas caso, hija... Ya le dirán lo que hace al caso...

MARQUÉS

¡Cuántos disgustos cuesta el hacer bien!

DOÑA ESPERANZA

No lo sabe usted bien, querido Marqués... En cuanto salgamos á la calle, esa tarasca nos apedrea.

MARQUÉS

Yo saldré con ustedes.

ASUNCIÓN

Pero, Natividad, vamos... Á esta chica le va á dar algo...

DOÑA ESPERANZA

Una taza de tila.

MARQUESA

Traedla aquí dentro. Yo tengo antiespasmódico.

MARQUÉS

¡Qué disgusto! *(Se van todos por la izquierda, menos Teresa y Enrique, que quedan en escena.)*

ENRIQUE

¿Has presenciado toda la escena?

TERESA

Sí; y estoy muy conmovida. Ese pobre muchacho... Podrá ser malo, pero oyéndolo no lo parece.

ENRIQUE

¿Verdad que no? Yo creo lo mismo; y creo que Jesús era el que debía casarse con Natividad.. Sería más bonito.

TERESA

Sí..., pero la vida no es tan bonita...

ENRIQUE

Aunque hay en ella muchas cosas bonitas.

TERESA

¿Eh?

ENRIQUE

Como tú.

TERESA

¡Primo! ¡Ja, ja, ja!...

ENRIQUE

Calla, calla. No vayas á decir á nadie que yo te he dicho...

TERESA

Á nadie; descuida... Quedará entre los dos... Guardar un secreto es también muy bonito, ¿verdad?

ENRIQUE

¡Muy bonito!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín con verja al foro y puerta en el centro, en la casa de la Marquesa Viuda de Casa Molina. Dos butacas y seis sillas de mimbre. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON FRANCISQUITO, sentado á la izquierda en una butaca, dormido y con un libro sobre las rodillas. Después DON HELIODORO, que sale por el segundo término derecha.

D. HELIODORO

(Llamándole.) Don Francisco, don Francisquito, don Francisquito... quito... quito...

D. FRANCISQUITO

(Despertando.) ¿Eh?... ¡Ah! Don Heliodoro.

D. HELIODORO

¿Se dormía la siesta?

D. FRANCISQUITO

No, ya lo ve usted, leía muy entretenido... En mi cuarto hace un calor...

D. HELIODORO

Y en el mío. En esta casa, las únicas habitaciones cómodas son las de respeto. Nosotros, cuerpos pecadores, bueno es que nos mortifiquemos; este achicharrarnos de ahora y estos picotazos de mosquito, nos serán descontados en el infierno.

D. FRANCISQUITO

Don Heliodoro, ¿por qué es usted tan volteriano? Antes no era usted así, tan descreidote...

D. HELIODORO

Cuando tenía dinero, es verdad. ¿Qué quiere usted? Cuando se tiene dinero se cree en todo. A propósito.

D. FRANCISQUITO

A propósito de dinero, ¿verdad? Ya sé lo que va usted á decirme.

D. HELIODORO

Como que he dejado de dormir mi siesta, sólo por cogerle á usted aquí á solas, porque cuando presume usted que necesito hablarle, se me escurre usted como un anguila.

D. FRANCISQUITO

Por evitar discusiones.

D. HELIODORO

Discusiones, discusiones. Usted es el que puede evitarlas. Vamos á ver, don Francisquito, hoy no vamos á discutir, me da el corazón que hoy no discutimos.

D. FRANCISQUITO

No, señor, no discutimos, porque de una vez, y en redondo, se lo digo á usted. No puede ser, no puede ser, no puede ser.

D. HELIODORO

¿Lo ve usted cómo es usted el que empieza la discusión? No puede ser, no puede ser; siempre me dice usted lo mismo.

D. FRANCISQUITO

Porque usted me pide siempre lo mismo, dinero.

D. HELIODORO

¡Dinero! Cualquiera que le oiga á usted... ¡Dinero! Un anticipo de quince duros, un anticipo miserable.

D. FRANCISQUITO

Pero, don Heliodoro, si aún no estamos á quince. ¿Es posible que haya usted gastado toda su asignación?

D. HELIODORO

Mire usted, don Francisquito, todo se lo con-

siento á usted, menos que llame usted asignación á esa porquería. ¡Cuarenta duros una asignación!

D. FRANCISQUITO

Pero, cuarenta duros en quince días. ¿En qué pueden gastarse en este pueblo?

D. HELIODORO

Es que yo no me gasto el dinero en este pueblo, me lo gasto en mí, en mí propio, que me considero capital de primer orden. Lúculo come en casa de Lúculo. Heliodoro vive en sí mismo, no en este pueblo, ni en el otro... Yo, soy yo...

D. FRANCISQUITO

No lo eche usted á broma. Ya sabe usted que la señora Marquesa me tiene prohibido que le preste ó anticipe cantidad alguna.

D. HELIODORO

Pero, ¿qué necesidad hay de que lo sepa mi hermana?

D. FRANCISQUITO

Esa es buena, y es usted el primero en decírselo.

D. HELIODORO

¿Yo, yo? ¿Qué yo digo que usted me anticipa dinero?

D. FRANCISQUITO

No, decirlo no. Pero, ¿usted cree que necesita usted decirlo para que le conozcan á usted cuando tiene dinero? Todos los meses ya se sabe: del uno al diez, tiempo revuelto; del diez al quince bonanza.

D. HELIODORO

Calma chicha, querrá usted decir.

D. FRANCISQUITO

Y si yo me ablando, del quince al veinte, tempestad deshecha, ciclones y mareas vivas; de modo que, al depender de mí, he decidido que este mes se asegure el tiempo.

D. HELIODORO

Es usted un Gracián hablando por alegorías. Pero considere usted...

D. FRANCISQUITO

¡Nada, nada! Si insiste usted, se lo diré á la señora Marquesa. Este mes no hay anticipo.

D. HELIODORO

Pero don Francisquito, que ahora no es para lo que usted se figura. La partida de tresillo del Casino, me ha pintado muy mal... Tengo deudas, deudas de juego; usted sabe que las deudas del juego son sagradas.

D. FRANCISQUITO

¿Sí? Pues á mí no me paga usted nunca que jugamos y usted pierde. Recuerde usted los cuatro duros de la otra noche.

D. HELIODORO

¿Lo ve usted, lo ve usted cómo las deudas del juego son sagradas? No quiero que me avergüence usted por cuatro duros; le pago á usted en el acto si me anticipa usted veinte duros en lugar de quince.

D. FRANCISQUITO

Vaya, don Heliodoro, no tengamos un disgusto como siempre por estas tonterías. Si quiere usted diez pesetas, es lo que puedo darle, y no como anticipo, diez pesetas de mi bolsillo, que puede usted sumar á esa deuda sagrada.

D. HELIODORO

¡Diez pesetas! Aún no pido limosna... Guárdese, guárdese esas diez pesetas. ¡Ah, Heliodoro, Heliodoro, era cuanto te quedaba que ver en este mundo!... Deme usted veinticinco siquiera; son quince más y no es tan vergonzoso aceptarlas.

D. FRANCISQUITO

No tengo más, don Heliodoro; si las tuviera...

D. HELIODORO

Bien está; no discutamos... Vengan esas diez pesetas. ¡Apuremos el cáliz! Me debe usted quince; siempre hemos de acabar por que sea usted el que me deba dinero.

D. FRANCISQUITO

Y procure usted que la señora Marquesa no se entere.

D. HELIODORO

¿De qué se ha de enterar con diez pesetas? ¿Qué idea tiene usted de mí? Esto es encerrar á un águila en un cuarto bajo.

ESCENA II

Dichos y TERESA por la segunda izquierda.

TERESA

Hola, tío.

D. HELIODORO

¿Tampoco tú duermes hoy siesta?

TERESA

No; yo no acostumbro.

D. HELIODORO

Ni tu marido te dejaría; ronca de un modo... ya

le oigo, ya. Ahora que estamos solos, qué odioso me es tu señor marido.

TERESA

Tío, por Dios; no tienes razón, y además no estamos solos.

D. HELIODORO

Don Francisquito está en el secreto, en todos los secretos; es uno de nuestros más eminentes cucos.

D. FRANCISQUITO

Este don Heliodoro... La señora Marquesa ya le conoce y no le hará caso.

D. HELIODORO

Sí, sí; todos nos conocemos, don Suave, como yo le llamo. Es lástima que sus aptitudes diplomáticas se pierdan en tan reducida esfera.

D. FRANCISQUITO

Vaya, don Heliodoro...

D. HELIODORO

Dime tú si sostener el equilibrio entre las diez ó doce señoras que aquí mangonean, no es más difícil que sostener el equilibrio europeo.

D. FRANCISQUITO

Con su permiso, señora Marquesa, me retiro. Este don Heliodoro... *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

TERESA y DON HELIODORO

D. HELIODORO

El que no le entienda que le compre. Volviendo á tu marido.

TERESA

Tío, por Dios...

D. HELIODORO

Escúchame: si estamos de acuerdo, de otro modo no te lo diría. No puedo con esos hombres de una idea, que trazan la línea recta de su vida conforme á esa idea, muy orgullosos de ajustar á ella toda su conducta. Como si las ideas se tuvieran más que por una de estas dos cosas: por temperamento ó por conveniencia. En tu marido todo se une, porque, eso sí, es muy equilibrado. Es de esos hombres que gradúan con escala hasta las sonrisas: tanto para los iguales, tanto para los inferiores; para los superiores tanto. ¡Y con qué aire compasivo nos considera á los que no pensamos como él! Parece que quiere decirnos: «En este

mundo tengo que soportaros por desgracia; pero después... vosotros al infierno, yo á la gloria vestido y calzado»... División de castas. Te digo que es insoportable. A mí que me den santos de veras, San Franciscos, Santas Teresas, San Pablos, ó que me den fanáticos todo pasión y fuego: Savonarolas, Calvinos, Torquemadas; pero estos tartufos dulzones de ahora, que ni se abrasan ellos espiritualmente, ni nos abrasan materialmente, sin más armas que femeniles alfileres, me sublevan, me indignan... Uno de ellos basta para infernar una familia, lo sé por experiencia; figúrate multitud de ellos lo que harán en el mundo. Y son de manera que, si por tolerancia mal entendida, se les consiente, se envalentonan, y toman la tolerancia por miedo ó por acatamiento que se les debe; si por natural defensa se les combate... ¡Ah! Entonces son los primeros en invocar la libertad que ellos odian y la tolerancia que ellos no practican... ¡Mala ralea!

TERESA

¡Qué exaltación, tío!

D. HELIODORO

Hablo así, porque he padecido mucho con nuestra familia. Cierto es que cometí ligerezas y errores, cuando, al morir mi padre, me hallé dueño de una fortuna; me habían educado tan estrechamente, con tanta severidad, que, por natural reacción, rompí todo freno al verme libre. Y sucedió

lo que había de suceder. No habían fortalecido mi voluntad, la habían destruído: el sistema de educar y gobernar en España. Comprometí locamente mis intereses. La lección fué dura, pero pudo ser provechosa si entonces me hubieran salvado generosamente. Pero no; me consideraron incapaz de todo, volvieron á tratarme como de niño, cuando entonces empezaba en realidad á ser hombre. Mi cuñado, el marqués de Casa Molina, un hombre así como tu marido, hombre de ideas, de principios, se comprometió á salvarnos á mi hermano Ramón, tu padre, que era como yo, ya lo sabes, y á mí; pero de qué modo, humillándonos para siempre, incapacitándonos para intentar siquiera rehacer nuestro crédito y nuestra fortuna. Tu padre murió desesperado, yo... yo tuve que separarme de la mujer que era todo mi cariño, debí abandonarla con un hijo que era mi única ilusión, debí casarme con quien ellos exigieron; ya tú sabes si fuí feliz en mi matrimonio... Por todo entraron como invasores en nombre de su idea... por nuestra hacienda, por nuestra casa, por nuestro corazón. Y yo, sin voluntad entonces, consentí en todo, porque, como ellos aseguraban, creía yo que el nombre y el honor de nuestra familia era antes que todo y había que salvarlo á cualquier precio. Y todo se salvó, todo, menos la mujer que yo quería, mi hijo adorado... y yo, yo, que no soy yo, porque nada hay en mi vida que sea mío, y sólo me conozco, así, al protestar de tarde en tarde, unas veces con burlas, que pa-

recen bufonadas de loco; otras con rebeldías, que les parecen ingratitud... pocas, muy pocas, con lágrimas de muy hondo, para mí solo ó, como ahora, con alguien como tú... que lloras también... por mí y por ti al mismo tiempo... Porque algo padeciste de lo que yo he padecido... ¿No es verdad?, hija mía.

TERESA

Sí, tío, sí; sólo á ti me atrevería á decírtelo... ¡Soy muy desgraciada!

D. HELIODORO

¿Lo ves?... ¡Pobre hija mía!

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE por el tercer término derecha.

ENRIQUE

¿Estábais aquí? Ya decía yo: en el jardín debe haber alguien.

TERESA

¿Nos oiste hablar desde tu cuarto?

ENRIQUE

No; es que yo bajé por curiosidad; estaba escondido, en acecho.

TERESA

¿En acecho?

D. HELIODORO

¿Hay algo que acechar?

ENRIQUE

Ya lo creo. Muy interesante.

TERESA

¿Sí? Habla, habla.

ENRIQUE

Ya sabéis que desde que mamá se trajo aquí á Natividad, para que estuviera en casa hasta el día de su boda con Martín, la pobre muchacha no ha salido una sola vez, para evitar escenas como la pasada.

D. HELIODORO

Sí; es lo más parecido á un secuestro.

ENRIQUE

Ya sabéis que de Jesús no había vuelto á saberse nada.

TERESA

No. Hubo quien dijo que se había embarcado para el Brasil, ó qué sé yo dónde.

D. HELIODORO

Por cierto que, cuando dieron la noticia, todas

esas señoras clavaron los ojos en la muchacha para observar si le impresionaba mucho.

TERESA

Pero ella estuvo muy serena.

ENRIQUE

Ya lo creo, como que sabía que estaba aquí.

TERESA

¿Cómo?

ENRIQUE

Veréis. En estas horas de la siesta, ya sabéis que todos estamos recogidos en casa.

D. HELIODORO

Las personas serias sí... Tu madre lo tiene preceptuado con frase inapelable como todas las suyas: «A estas horas no se puede estar en el jardín». Pero nosotros nos hemos propuesto demostrar que se puede; con la mayor parte de las cosas de que le dicen á uno que no puede ser, sucede lo mismo; todo es atreverse.

TERESA

Deja contar á Enrique.

ENRIQUE

Ayer bajé yo como hoy, no tenía sueño, cogí un libro.

D. HELIODORO

Sí, de mi biblioteca particular, ya lo noté; ten cuidado que no lo vea tu madre.

ENRIQUE

¡Tío! No es tuyo el libro, te aseguro...

D. HELIODORO

Bueno, bueno; si yo no me asusto; ya he visto que le faltaban cuatro láminas.

ENRIQUE

¡Tío!

TERESA

¿Y qué libro es ese?

D. HELIODORO

¡Una friolera! «*El desnudo en el Arte.*» Tú verás dónde guardas las estampitas, porque como tu madre las coja...

ENRIQUE

¡Bromas del tío!

D. HELIODORO

Bueno, sigue; Teresita no se asusta tampoco.

ENRIQUE

¿Me dejas contar?...

D. HELIODORO

Sí, hombre, sí; estamos muy interesados.

ENRIQUE

Pues estaba yo en el cenador leyendo y de pronto oigo pasos muy callandito y veo á Natividad que, mirando á un lado y á otro, se dirige á la puertecilla del huerto, la abre y entra Jesús, y los dos se ponen á hablar y estuvieron hablando una media hora, y al despedirse...

D. HELIODORO

Se dieron un beso.

ENRIQUE

¿Lo vió usted también?

D. HELIODORO

Como si lo hubiera visto.

TERESA

¿Y no pudiste oir nada?

D. HELIODORO

Sí, el beso. ¿Te parece poco? Por ahí comprendería que no regañaban.

ENRIQUE

Sí, oí algo; él quedó en volver hoy.

TERESA

¿Hoy?

ENRIQUE

Y es la hora; por eso bajé; pero, sin duda, como estábais aquí...

TERESA

¿Habremos desbaratado la combinación? ¡Qué lástima!

D. HELIODORO

Aún puede ser tiempo. Esto me interesa... Vámonos cada uno por nuestra parte... Yo haré como que salgo á la calle y volveré á entrar por el cocherón; vosotros hacéis como que entráis en la casa, volvéis á salir y os escondéis donde os parezca. Es preciso ver, enterarse...

TERESA

Sí, sí. Esa historia me interesa mucho...

ENRIQUE

¡Y á mí, y á mí! Es como si leyera una novela.

D. HELIODORO

Con estampas. Ahora dispersión general, y después al acecho.

TERESA

Sí, sí. ¿Dónde puedo yo esconderme?

ENRIQUE

Ven conmigo.

TERESA

Juntos será más difícil que no nos vean.

ENRIQUE

No, no; verás, yo sé muchos escondites.

D. HELIODORO

Sí; sabe más de lo que te figuras.

ENRIQUE

¡Tío!

D. HELIODORO

Hasta luego; aquí á comunicarnos las observaciones... ¡Estoy en mis glorias! *(Se va por el foro, y Teresa y Enrique por el segundo término izquierda.)*

ESCENA V

NATIVIDAD por el tercer término izquierda. JESUS por el tercer término derecha.

JESÚS

Creí que hoy no venías; creí que me habías engañado ayer para que me fuera antes.

NATIVIDAD

No; había gente en el jardín y no sé todavía... Gracias á que será la señora Marquesa joven que es muy buena y no dirá nada. Me ha tomado tanto cariño y yo á ella... Es muy buena. Pero no puedo estar mucho tiempo.

JESÚS

No. ¿Para qué? Este anochecido me embarco... ¿Qué dices?

NATIVIDAD

¿Qué voy á decir?

JESÚS

Algo... Que lo sientes ó que te alegras, algo verdad, que nunca dices nada.

NATIVIDAD

¿Qué voy á decir? Que me alegro, no es verdad; que lo siento, no vas á creerlo, de modo que para ti como si no fuera verdad. Por eso me callo, es lo mejor.

JESÚS

No nos volveremos á ver. ¡Parece mentira! Separarnos, no vernos más, no saber uno de otro.

NATIVIDAD

¿Por qué no hemos de saber?

JESÚS

Pensarás que yo voy á escribirte á tu casa y que el otro te consentirá escribirme... Es decir, el otro, puede que sí lo consintiera, como no te quiere, como sólo se casa contigo por su conveniencia...

NATIVIDAD

Eso no; me quiere, nos queremos.

JESÚS

No es verdad, no es verdad, no os queréis. Si no os habéis hablado dos veces sin testigos, y para eso os habían dicho antes lo que teníais que deciros. Si eso no es querer; querer es decirse todo lo que uno lleva dentro, lo bueno y lo malo... Y él, ¿qué te ha dicho nunca? Y ¿qué sabes tú de él? Lo que te han dicho; que es muy formal, muy trabajador, no se lo niego, y que es muy bueno; porque ha sabido aplicarse al primer oficio á que le pusieron. Si acertaron con su gusto y con su habilidad. Cada uno servimos para una cosa. Yo también serviré para algo, ya daré con ello. Yo he leído que los que han hecho más cosas en el mundo, al principio han andado siempre muy torpes y muy mal mirados, y todo el mundo creía que no servían para nada. Ahí está Cristóbal Colón, el que descubrió la América, y muchos sabios y hasta los santos, al principio, por lo regular, eran muy malos.

NATIVIDAD

Dejáte de novelas, Jesús; más te valiera no haber leído tantas cosas malas, que eso te ha hecho ser como eres.

JESÚS

Como soy, como soy. ¡Válgame Dios que son cosas que no pueden perdonarse! Yo no soy ingrato, no lo fuí nunca, aunque lo digan todos, pero á mí no se me ha tratado como á ti; las mujeres caéis mejor en todas partes, y á ti siempre te miraron como si hubieras nacido aquí; á mí, no; yo siempre como de fuera, de muy lejos; porque sabían que mi madre era Africana, porque había nacido allá, en Orán, pero de españoles, tú lo sabes; de chico me llamaban el morito y judío, y el de los títeres, y á cualquier cosa, con la misma canción: «Es la sangre, la sangre que no le deja...» Contigo no; como eres así menuda y blanca y tan rubia, como no conocieron á tu madre ni á ninguno de los tuyos, ni sabían de dónde eres, creyeron que habías venido por milagro, del mar ó del cielo, tú sola, y á ti siempre te quisieron todos; pero á mí no, á mí nadie... Así hubieran dejado que me ahogara, esa hubiera sido la caridad.

NATIVIDAD

No digas barbaridades; lo ves como eres desagradecido.

JESÚS

Es que con darle á uno la vida, si la vida es mala, bueno está el favor.

NATIVIDAD

Es muy tarde, Jesús. Los señores van á despertarse. *(Pausa.)*

JESÚS

¿Y cuándo es la boda?

NATIVIDAD

El domingo, ya lo sabes... No me preguntes, no hablemos más de eso.

JESÚS

No, ni nada, de nada ya. El domingo estaré yo muy lejos. Para olvidar, dicen que cada legua es un año; veré si es verdad.

NATIVIDAD

Se oye gente en la casa.

JESÚS

¡Qué miedo tienes! Si me ven vas á perder tu acomodo ¿verdad? No, no lo pierdas; la conveniencia es lo primero.

NATIVIDAD

¡Jesús! *(Pausa.)*

JESÚS

No, si tienes que ser tú la primera que diga adiós, yo no te lo digo...

NATIVIDAD

Mira que eres... Si yo te quiero mucho.

JESÚS

Pues entonces, ¿qué cariño es ese? No me quieres como yo á ti, que no he pensado en otra mujer más que en ti, en mi vida; para mí, como si no hubiera otra; me parecía que Dios nos había salvado juntos, para no separarnos nunca... Si me quisieras... ¿A qué no eres capaz, á qué no te atreves?

NATIVIDAD

No; no vuelvas á decirme lo que ayer. Eso sí que es no quererme, eso sí que es ser malo... ¡Escaparnos! Escaparme yo como una mala mujer... ¡calla, calla!

JESÚS

Tienes razón. ¿Qué dirían las señoras y todos, y qué te esperaba conmigo? Era echarse en brazos de Dios, y Dios no hace milagros todos los días... Ya nos salvó una vez... y la gente, la gente ya hizo bastante; nos han dado pan, nos han protegido, dicen que nos han hecho mucho bien...

NATIVIDAD

Y es verdad; tú que no sabes agradecerlo.

JESÚS

Eso habrá sido; ya me castigan, ya...

NATIVIDAD

¡Quién sabe si será tu suerte! ¡Ojalá seas muy rico y muy feliz!

JESÚS

¡Ojalá no lo seas tú nunca!

NATIVIDAD

¡Así me quieres!...

JESÚS

Para que te acuerdes de mí. Porque si eres feliz, ¿para qué ibas á acordarte?... Dirías siempre, bien hice en lo que hice, y no te pesaría de nada.

NATIVIDAD

¡Qué modo de pensar!

JESÚS

Como lo siento. Por supuesto, ¡tantas cosas siento y me las callo!... Dime adiós, adiós... para siempre... yo, no lo digo... Aunque también dicen que soy hereje, creo en Dios, y creo que no es para siempre, no sé por qué, pero es que no puede ser, vaya...

NATIVIDAD

Adiós...

JESÚS

No, no te doy un beso; para el otro todos...

Mío fué el primero, que vale más que todos. *(Vase corriendo por el foro derecha. Natividad se queda llorando, y, al observar que viene gente, se va por el tercer término izquierda.)*

ESCENA VI

TERESA y ENRIQUE, que salen por el segundo término izquierda. DON HELIODORO por el tercer término derecha.

TERESA

¿Has oído?

D. HELIODORO

Sí. ¿Y vosotros?

ENRIQUE

Todo. ¡Pobre Jesús!

TERESA

¡Pobre Natividad!

ENRIQUE

Ella no; ¡si ella le quisiera!...

TERESA

¿Tú qué sabes de eso? Yo te digo que ella me da más lástima.

D. HELIODORO

Pues á mí los dos... y ninguno si no hacen caso de mí. Ahora mismo voy detrás de Jesús, le cojo, le hablo y... Ya veréis, ya veréis.

TERESA

¡Pero tío!...

D. HELIODORO

Nada, nada. Hoy estoy templado y por si acaso voy á templarme más todavía. Esto lo arreglo yo, ó no lo arregla nadie. Me siento genio protector, hada bienhechora como en las comedias de magia. De lo que ando mal es de talismanes... Porque aquí no vale más que un talismán, el dinero... ¡Dinero! Y con diez pesetas prestadas no se puede hacer mucha magia. Pero allá voy, allá voy... Heliodoro ó el genio del amor... Preparad las bengalas para la apoteosis. *(Vase corriendo por el foro derecha.)*

ESCENA VII

TERESA y ENRIQUE.

ENRIQUE

Hará alguna atrocidad.

TERESA

Dejémosle; ya lo dirá el resultado. ¿Lo razona-

ble la locura? ¿Qué los diferencia en nuestra vida, sino el resultado?

ENRIQUE

¿Pero te alegrarías como yo de que Natividad no fuera razonable? Habría que oir á mamá y á todos esos señores, ellos que están tan ufanos con su asociación, creen que de ellos depende la felicidad en esta vida y la salvación en la otra de todos sus protegidos. ¡Lo que dirían! Cuando pienso en esto, mira, comprendo que la muchacha no se atreva... Pero, ¿quién les manda disponer así del corazón de las gentes?... Claro que ellos dicen... No, nosotros en esos asuntos los dejamos en libertad, libertad completa, no hacemos más que indicar, proponer...

TERESA

Sí; pero cuando se indica y se propone en nombre de beneficios recibidos; cuando se juzgaría ingratitud la menor protesta, rebeldía la menor resistencia... Y cuando se está solo en el mundo y protestar es aventurarse á lo desconocido, ó peor todavía, á lo ya conocido, á la pobreza, en la que nadie puede responder de su corazón ni de su conciencia... porque sólo el que pasó por ello, puede saber lo que acobarda ser pobre, sin nada de lo que alegra la vida, de lo que da independencia á nuestro corazón y á nuestras acciones... Y un día y otro la misma perspectiva de luchar y luchar desesperado... Créelo; á los que sucumben y desfallecen en esta lucha, sólo los que han vivido

algún tiempo en la pobreza, deben juzgarlos, los demás no tienen derecho.

ENRIQUE

Sí... para una mujer sola sobre todo... Comprendo que Natividad se resigne. Pero es muy triste resignarse, y al empezar á vivir, vivir ya de recuerdos... Porque el primer amor no debe olvidarse nunca. ¿Verdad?

TERESA

¡El primer amor!

ENRIQUE

¿Tú no has querido nunca?

TERESA

¡Enrique!

ENRIQUE

No me dirás que tu marido fué tu primer amor, ni creo que el segundo, aunque no hayas querido más que una vez.

TERESA

¡Enrique!

ENRIQUE

Tu historia en la de Natividad, por eso te interesa tanto. También á ti te salvaron de un naufragio... Y tú acabas de decirme por qué te casaste. Y de seguro hay algún recuerdo en tu vida. Ese primer amor que no se olvida nunca.

TERESA

¡Bah! Eso crees. Dentro de algunos años tú me dirás si se olvida, yo no puedo decírtelo. A la edad en que pude sentir ese primer amor, fué cuando todas las tristezas cayeron sobre nuestra casa. Nadie me habló de amor. Para los de mi clase, yo no era un partido ventajoso; para los de clase más humilde era todavía mucho... una señorita mal acostumbrada, como suele decirse. Á unos no les convenía yo, pobre; los otros no se atrevían á ofrecerme su pobreza. Y piensa que, unos por calculadores, otros por cobardes, mal podían inspirarme simpatía. Así es, que ese primer amor, que nunca se olvida, como tú dices, para mí no ha existido... Yo no puedo tener ese recuerdo, y si no hay un recuerdo de amor en mi vida, comprende que ya, mucho menos puede haber una esperanza.

ENRIQUE

¡Esperanza! Yo tampoco tengo esperanza y soy joven... como tú.

TERESA

¿Como yo? Tú eres un niño.

ENRIQUE

Pues como si fuera un viejo, porque ya toda mi vida será para mí un recuerdo.

TERESA

¡Qué gracioso! Ya te dije que dentro de unos

años, muy pocos, volveré á preguntarte por ese recuerdo... Cuando en este jardín haya otras flores como éstas, que ya no serán éstas... y otras mariposas blancas y azules como éstas... que tampoco serán las mismas...

ENRIQUE

Pero yo sí, yo seré el mismo.

TERESA

Como el jardín... ¿verdad? Pero en tu corazón habrán florecido otras flores, y en tu pensamiento revolotearán otras mariposas.

ENRIQUE

¿Mariposas? No... mira, mira... un abejorro es lo que revolotea. ¡Mal agüero!

TERESA

¿Eres supersticioso? No; al aire libre no es mal agüero; sólo cuando se entra en nuestra habitación y zumba alrededor nuestro. Pero, aquí no... Mira en cambio cuántas mariposas blancas, azules...

ENRIQUE

Las blancas son noticias alegres que llegan... ¿Esperas alguna buena noticia?

TERESA

¿Yo? ¿De quién? ¿De dónde? ¡Ah! sí; espero una carta, una carta...

ENRIQUE

¿De quién?

TERESA

De mis hijitas... no, de mis hermanas, de las niñas; les escribí al colegio una carta que les habrá alegrado á ellas también. ¡Las pobres criaturas, sé yo que estaban tristes! De pequeñas nos cuentan historias de madrastras, ¡historias horribles! Alguien les habría dicho, con mala intención, que ellas también tenían madrastra... Escribieron á su padre muy triste, pero yo les escribí en seguida una carta con tanto cariño, con todo mi corazón, y espero que me contesten con muchos besos, llamándome mamita, mamita suya... Ya lo ves... no hay duda, hoy llega la carta, me lo anuncian las mariposas blancas.

ENRIQUE

¿Y las mariposas azules, qué anuncian?

TERESA

Cuando yo era niña, en el colegio, creíamos que venían de parte de los muertos que nos quisieron en vida y estaban en el cielo, de las almas bienaventuradas; en los campo santos hay muchas mariposas azules.

ENRIQUE

Pues, si es eso, dentro de algún tiempo, de muy

poco, cuando vuelvas aquí, verás cuántas mariposas azules.

TERESA

¡Ja, ja!... ¿Piensas morirte, primito?

ENRIQUE

No te rías... ¿Crees que soy un niño? ¿Qué no siento, que mi vida no es muy triste? Yo sé querer aunque no me quieran.

TERESA

Ya; ese primer amor que nunca se olvida. ¿Y, quién es, quién es; puedo yo saberlo?

ENRIQUE

No te burles de mí.

TERESA

¿Burlarme?, no. De nada que sea tristeza para nadie... Pero ya olvidarás ese amor, te lo aseguro...

ENRIQUE

¿Tú qué sabes si puede olvidarse?

TERESA

¿El primero? Sí, Enrique. Ya verás qué poco significa para ti su recuerdo y las mariposas blancas, que anuncian carta de los ausentes, y las mariposas azules, que nos saludan de parte de los

muertos... Ya lo verás; eres muy niño... ¡Tu primer amor! No has de olvidarlo...

ENRIQUE

Así lo hubieras sentido tú, á ver si te acordabas siempre.

TERESA

¿Quisieras que hubiera sentido el primero? Pues más que eso, Enrique, el que no se olvida, ese sí que no se olvida. ¡El último!

ENRIQUE

¡Teresa!

TERESA

¡Chist! Quita, quita. ¿No ves? El abejorro, que vuelve á zumbar. Ayúdame á espantarlo.

ENRIQUE

¡El abejorro! Doña Esperanza y Asunción que llegan al jardín... Esas sí que son de mal agüero... y oportunas.

ESCENA VIII

Dichos, DOÑA ESPERANZA y ASUNCIÓN, que salen por el foro derecha.

DOÑA ESPERANZA

Teresita, muy buenas tardes. Adiós, Enrique.

TERESA

Muy buenas tardes.

ENRIQUE

¡Señoras!

ASUNCIÓN

La Marquesa dormirá la siesta todavía.

TERESA

No tardará en despertarse.

DOÑA ESPERANZA

Hemos venido tan temprano para ver á tu tía antes de la Junta y dejar arreglados los turnos de la Mesa de petitorio para la novena de la Buena Esperanza. Si lo dejamos para la Junta, todo es disgustos; hay señoras muy impertinentes que todo lo quieren á su comodidad.

ASUNCIÓN

Todas quieren pedir á la hora de la función; sobre todo donde hay muchachas para lucirse y tontear con los novios.

DOÑA ESPERANZA

Y á esa hora conviene que estén en la Mesa señoras de respetabilidad como la Marquesa y como tú, si te dignas acompañar á tu tía.

TERESA

Con mucho gusto.

ASUNCIÓN

Porque lo importante es que suba la cuestación. Y personas como tu tía, respetadas y conocidas de lo más principal, son las que conviene á esa hora, que es cuando asisten más caballeros á la iglesia. Los muchachos mucho monear y sonreir con las muchachas... pero, los pobres chicos, ya se sabe, por puro compromiso, dejan sus dos pesetas, y si pueden, de las dos, una falsa.

DOÑA ESPERANZA

El año pasado tuvimos la debilidad de dejar ese turno á las de don Casimiro, y, aparte del escándalo que dieron, presentándose vestidas como para una corrida de toros, nos perjudicaron en más de doscientos reales.

ASUNCIÓN

Además de que hubo un disgusto porque el padre Miguel habló en el sermón de las que se pintan y todo el mundo se fijó en ellas, y ellas se enfadaron con el padre y dijeron que era una inconveniencia decir esas cosas desde un púlpito. Ya ves, el pobre padre Miguel que, según nos confesó luego, no creía que hubiera aquí ninguna señora que se pintase, y por eso habló, para que nadie pudiera darse por molestado. *(Pausa larga.)*

DOÑA ESPERANZA

¿Qué hora será? ¿No llegaremos tarde á la Junta?

ENRIQUE

¿Quieren ustedes que avise á mamá?

DOÑA ESPERANZA

No, no; que no se moleste, hay tiempo. *(A Teresa.)* Y me alegro de encontrarte sola. Tengo que decirte algo y prefiero que no esté delante tu tía.

TERESA

¿A mí?

DOÑA ESPERANZA

Tú sabes cuánto te quiero; creo que en nada de lo que pueda decirte verás nunca más que el mejor deseo hacia ti por mi parte.

TERESA

Ciertamente. ¿He cometido alguna falta sin advertirlo y sin que mi tía lo advierta?... Porque me hubiera llamado la atención, de seguro.

DOÑA ESPERANZA

¿Tu tía? Mira, en confianza, tu tía ha sido la que nos ha encargado de advertirte.

TERESA

Me lastima esa falta de confianza.

DOÑA ESPERANZA

Por Dios, no vayas á darte por enterada. Tu tía dice que ya te ha hecho bastantes advertencias y teme molestarte, pero lo primero que nos encargó es que no dijéramos que era cosa suya... lo que hay es que yo no sé fingir, creo que se me conoce en la cara.

TERESA

Pero, ¿qué he hecho yo? Díganme ustedes sin rodeos...

DOÑA ESPERANZA

Tú eres muy joven, Teresita, estás educada muy á la moderna, y no das importancia á muchas cosas: eso prueba tu buena intención; pero el mundo, hija mía, no puede penetrar en las intenciones; juzga por lo que ve, por lo aparente...

TERESA

Pero, ¿qué he hecho yo?

ASUNCIÓN

No, no te asustes. Es que se ha comentado mucho que te bañes á las nueve de la mañana; á esa hora no se baña aquí ninguna señora, y parece que es significarse.

TERESA

Sí es que á mí me gusta nadar á mis anchas,

playa adentro; el baño es para mí un ejercicio; me acostumbró mi padre; tenía yo un miedo al mar de pequeña, pero mi padre no podía tolerar que se tuviera miedo á nada.

DOÑA ESPERANZA

Tu padre fué siempre muy exótico; las mujeres debemos tener miedo á muchas cosas... Créelo, hija mía, el miedo es la mitad de la virtud.

ENRIQUE

Ya lo oyes. Desde mañana te bañarás á las once de la mañana, muy cogidita á la maroma, y cada vez que llegue una ola, darás un chillido horrible, es la costumbre. A esa hora la playa tiene poco que ver, pero tiene mucho que oir.

ASUNCIÓN

¡Vaya con Enriquito! Parece que vas sacando los pies del plato. Cómo se conoce que no está presente tu mamá.

DOÑA ESPERANZA

Nosotras aconsejamos á Teresita por su bien; pero si ella no lo agradece...

TERESA

Sí, sí; no faltaba más...

ASUNCIÓN

Lo mismo que el traje de baño.

TERESA

¿También el traje?

ASUNCIÓN

Ya sabemos que es lo que se usa en San Sebastián y en esas playas á la moda, pero aquí nadie se atrevería á llevarlo.

TERESA

Pues ¿qué se lleva aquí?

DOÑA ESPERANZA

¿No lo has visto? Un túnico muy cerrado al cuello y que llega hasta los pies.

ASUNCIÓN

Más bien con un poco de cola.

TERESA

¿Y si se levanta aire?...

DOÑA ESPERANZA

Hija, por Dios, debajo se llevan pantalones, unos pantalones bombachos que son como una falda...

TERESA

¿Y quién nada con eso?

DOÑA ESPERANZA

Es que eso de nadar tampoco está bien. El baño es el baño, y esos ejercicios no son propios de señoras; ayer, nos dijeron que llegaste hasta la barca de salvamento, y que te sentaste allí á descansar, y estuviste hablando con el marinero... un hombre

TERESA

Muy viejo por cierto.

DOÑA ESPERANZA

¡Pero un hombre!

ASUNCIÓN

¡Un hombre! ¡Ah!

DOÑA ESPERANZA

Y tú en aquél traje... tú crees que nadie se fija; á la media hora, ya lo sabíamos; te vió don Rosendo que estaba en su azotea con el anteojo de larga vista.

ASUNCIÓN

Y que no se le escapa nada; por él, se han sabido más de cuatro cosas en el pueblo.

DOÑA ESPERANZA

Enriquito se acordará de alguna.

ENRIQUE

¿Yo?

ASUNCIÓN

Sí; un día que estaba tendiendo ropa una criada en la azotea de esta casa, y tú no andabas muy lejos.

ENRIQUE

¿Yo? ¿Yo? ¿Y ha dicho don Rosendo?... Díganle ustedes de mi parte, que puede mandar á componer el anteojo... ¡Canastos con el anteojo de don Rosendo!...

TERESA

Sí que es gracioso...

ENRIQUE

Mamá se ha despertado; ya baja al jardín...

DOÑA ESPERANZA

Por Dios, Teresita, no nos descubras con tu tía.

TERESA

Descuiden ustèdes; si yo agradezco...

ENRIQUE

Es de agradecer... *(Bajo.)* En todo han de meterse... Por supuesto, no vayas á creer lo de la azotea...

ESCENA IX

Dichos, la MARQUESA y el MARQUÉS, por el segundo término izquierda.

MARQUESA

¿Llevaban ustedes aquí mucho tiempo? ¿Por qué no me han avisado?

DOÑA ESPERANZA

No faltaba más. Estaba usted descansando... ¡Querido Marqués! ¿Cómo lo pasa usted entre nosotros?

MARQUÉS

Encantado con mi veraneo. ¡Qué hermosa tranquilidad! Yo no sé cómo no acude aquí gente de todas partes.

MARQUESA

No, por Dios, perdería todo su encanto; estamos muy bien así, en familia, porque aquí somos todos una familia.

ENRIQUE

(Bajo á Teresa.) Por eso es tan aburrido.

TERESA

(*Idem.*) Si te oyesen, si sospechan que dentro de ti hay un revolucionario...

ENRIQUE

(Idem.) No lo sabes bien.

MARQUESA

(Bajo á Esperanza y Asunción.) ¿Han dicho ustedes á Teresita?

DOÑA ESPERANZA

Sí; pero no sé por qué me parece que no le ha caído muy bien; yo sentiría...

MARQUESA

Es toda á su padre, cada día me convenzo más.

ASUNCIÓN

Y siento decirle á usted que desde que ella está aquí, Enrique ha cambiado mucho.

MARQUESA

¿Qué dice usted, mi hijo?...

DOÑA ESPERANZA

Sí, sí; está más despierto, demasiado despierto. Obsérvele usted; á una madre no se le escapa nada.

MARQUÉS

(A Teresa.) Aquí tienes una carta de las pequeñas... No, ésta es para mí; ésta es la tuya.

TERESA

¡A ver, á ver! ¡Qué alegría! Ya decía yo. ¿Lo ves Enrique?

ENRIQUE

¿La carta que esperabas?

TERESA

Sí, sí.

DOÑA ESPERANZA

(A la Marquesa.) Hemos venido para fijar los turnos, y que no haya discusiones. Lo que usted disponga lo respetará todo el mundo.

MARQUESA

Nos sentaremos en el cenador. Enrique, tráenos papel, tintero y pluma.

ENRIQUE

Voy en seguida. *(Vase por el segundo término izquierda, y á poco sale por el mismo sitio con lo que le ha pedido la Marquesa.)*

MARQUESA

Haremos las apuntaciones.

ASUNCIÓN

Este año no hay más remedio que contar con la del Indiano, después del donativo que hizo...

DOÑA ESPERANZA

Y la verdad sea dicha, hace mucho tiempo que no ha dado ningún escándalo. Por supuesto, yo nunca he creído la mitad de lo que se ha dicho de ella.

MARQUESA

Es que la mitad ya era bastante... pero en fin, si le ha llegado la hora del arrepentimiento. *(Se va en unión de doña Esperanza y Asunción, hablando por el tercer término izquierda, y detrás de ellas, Enrique.)*

ESCENA X

TERESA y el MARQUÉS.

MARQUÉS

¿Qué te parece la carta? No te quejarás; escriben como deben escribirte; obedientes, respetuosas.

TERESA

Sí, sí...

MARQUÉS

Como yo les he dicho que debían escribirte.

TERESA

¡Ah, tú! ¿Has sido tú... quién... tú les has dicho?... Entonces, mi carta...

MARQUÉS

¿Tu carta? Mira, Teresa; cuando me leíste la carta que habías escrito, no quise decirte nada; eres muy nerviosa, muy impresionable, pero desde luego me pareció impropia, era una carta... ¿cómo te diré yo?, sentimental, exagerada; á las niñas les hubiera extrañado; era la carta de otra chiquilla como ellas; en una palabra, sin decírtelo, me pareció lo más conveniente no enviarla. Ahora ya puedes escribir con más calma, con menos nervios, sentando las relaciones en el pie de cariño y de respeto natural... pero sin arrebatos... Yo no pretendo que las quieras como si fueran tus hijas, ya sé que es imposible; quiero que te respeten, que sepas hacerte respetar, me pongo en lo justo, en lo razonable, no pido imposibles...

TERESA

No, no; ya se ve... no pides imposibles... Pero esa carta... esa carta... di lo que tú quieras, yo la escribí con toda mi alma, yo hubiera querido que ellas la leyeran... Y tú... No, no has hecho bien, te lo digo; ni por mí ni por tus hijas; no has hecho bien.

MARQUÉS

Vaya, vaya; dejemos los nervios.

TERESA

Los nervios, los nervios; no debo tenerlos. No me conozco: la vida es más fuerte que nosotros,

sabe cómo domarnos... ¡Ay, mis nervios de niña voluntariosa, mimada, cuando vivían mis padres, cuando todo el mundo estaba pendiente de mis caprichos, entonces sí, entonces eran nervios!... Ahora no, ya lo ves; callo á todo, lo sufro todo...

MARQUÉS

¿Qué quieres decir?

TERESA

Nada, nada; no digo nada. Lo sospechaba antes, hoy he adquirido la certeza. Hay que ser prudente, callar, fingir... Descuida, no volveré á dejar hablar á mi corazón... Tú verás como calla, ya te pesará su silencio...

MARQUÉS

Cuando estés más tranquila, hablaremos... Ahora sí; agradeceré que delante de la tía no hables de este modo.

TERESA

Descuida; he dicho que aprenderé á callar.

MARQUÉS

No es mal principio de aprender á ser prudente.

TERESA

¡Ah!... *(Vase el Marqués por el tercer término derecha, y Teresa queda sentada llorando.)*

ESCENA XI

TERESA y D. HELIODORO, que sale muy contento por el foro derecha.

D. HELIODORO

Tengo talismán, tengo talismán... ¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Has llorado?...

TERESA

Nada, nada. Decías que... ¿Un talismán? ¡Ay tío, qué cara traes... cómo vienes!

D. HELIODORO

No hagas caso. No era cosa de hablar con Jesús enmedio de la calle; entramos á sentarnos en un establecimiento, una pastelería, no vayas á creer... ¡Pero, soy feliz! ¡Ah! De esta vez les doy un disgusto; ya era hora... ¡Ah, señoras y señores graves, puedo más que ustedes, tengo talismán!

TERESA

Pero, tío, ¿qué disparates, qué talismán es ese?

D. HELIODORO

Mira... *(Enseñándole la cartera con billetes de Banco.)* ¡Dinero! ¡Dinero! Y esto no es nada; á

Jesús le di otro tanto... Se embarcarán juntos, serán felices, á esas señoras les dará un soponcio, habrá quien reviente del sofocón... ¡Si fuera quien yo dijera!...

TERESA

Pero dime, explícame... Tú no estás bueno, tío.

D. HELIODORO

¿Yo? Como nunca. Estoy glorioso. Avisa á Natividad, que venga en seguida. Jesús nos espera, la llevaré yo mismo.

TERESA

Pero, tío, eso no es posible.

D. HELIODORO

¿Que no? Todo está arreglado. Sólo falta convencer á Natividad.

TERESA

Pues falta todo. Y si lo que has pensado es una fuga novelesca, desde ahora te lo digo, es una atrocidad, ni la muchacha consentirá en ello, y yo sería la primera en impedirlo.

D. HELIODORO

¿Tú? ¡Ah! Pues si mi sobrino Enrique no fuera tan joven, os embarcaba también.

TERESA

¡Tío! ¿Qué dices?

D. HELIODORO

¿Crees que no he notado el efecto que tu presencia ha causado en Enrique? El de una aparición fantástica.

TERESA

¡Calla, calla!

D. HELIODORO

El amor de Querubín por la Condesa, su madrina. He sorprendido unos versos suyos, muy malos, naturalmente, pero apasionados. ¡Oh!

«Tú que en la noche de mi vida triste
como rayo de sol apareciste...»

Luego habla de unas visiones muy desagradables, que deben de ser doña Esperanza y doña Asunción y don Francisquito, y luego surges tú, aparición celestial, toda luz, toda fragancia...

TERESA

Bueno, tío, eso es broma tuya.

D. HELIODORO

Bromas, sí, bromas... ¿Quieres decirme que tú no te has enterado antes que yo? Buenas sois las mujeres para no enteraros de esas cosas.

TERESA

Como tú quieras... Pero dime lo que importa. ¿Viste á Jesús? ¿Hablaste con él?

D. HELIODORO

Procedamos con orden... Al salir de aquí, pasé por el Casino, entré á recoger mi correspondencia, y... ¡oh, sorpresa! encuentro una carta de un amigo antiguo, un perdulario como yo, á quien había yo prestado en una noche de apuro una cantidad... digo prestado, por decir algo...; pero, lo que yo digo: alguna vez se recoge lo que se arrojó al viento... Hoy me escribe diciéndome: «Sé que estás apurado, me coge con dinero, y me acuerdo de que siempre fuiste generoso conmigo:» y me incluye una letra... Figúrate; corro á casa de Zurita, del malo, que, naturalmente, es el que tiene siempre fondos disponibles; me paga la letra, y ya poseedor de mi talismán, busco á Jesús, le encuentro, hablamos, convenimos en nuestro plan... Ah, también hablé con Martín; el infeliz me confesó que sólo se casa por casarse, por respeto, por gratitud... y por conveniencia también. Pero que si ella es la primera en decir que no le quiere, él se conforma... Ya lo creo que se conforma; tiene un miedo á Jesús... Y como ya lo sabes todo, ahora avisa á Natividad. Aunque supongo que ya sabe algo. Jesús quedó en avisarla como pudiera; le dejé escribiendo una carta...

¡Qué carta! Tan mal escrita como los versos de Enrique...; pero con qué fuego... Aquí viene Natividad. ¡No te dije! ¡Ya lo sabe!

ESCENA XII

Dichos y NATIVIDAD por el tercer término izquierda.

NATIVID

Señorita, protéjame usted, defiéndame usted; usted es muy buena.

TER

No te aflijas mujer, ¿qué te ocurre?

NATIVIDAD

No sabe usted; Jesús me ha mandado una carta; dice que si no me voy con él hoy mismo, ahora mismo, será la perdición de su vida... y dice, ya ve usted qué locura, que tiene dinero; ¿de dónde puede haberlo sacado honradamente?... Ya ve usted, eso no puede ser. Yo no quiero decir nada á la señora Marquesa, porque le costaría caro; pero eso no puede ser... Protéjame usted, señorita.

TERESA

No tengas miedo, no llores.

D. HELIODORO

No pienses nada malo de Jesús. Esa carta te la ha escrito delante de mí, por consejo mío, ese dinero se lo he dado yo; con él podrá trabajar, podréis estableceros.

NATIVIDAD

Usted...

D. HELIODORO

Sí, yo; yo que soy así, algo loco, y quiero que seáis felices con vuestro cariño, porque tu quieres á Jesús, y él te quiere, y es lo justo y la verdad, y es lo que debe ser... Martín, él mismo lo ha confesado, se casaba contigo como tú con él; no creas que le costará la vida el desengaño.

NATIVIDAD

Pero don Heliodoro...

D. HELIODORO

Vamos á ver; háblanos con franqueza lo que tú sientes, lo que tú quieres... Si supieras que por decir: yo no quiero más que á Jesús, no me casaré más que con él, no pasaba nada; ni esas señoras se indignaban, ni decían que era ingratitud, ni te retiraban su protección, y á Jesús le perdonaban sinceramente, y los dos érais muy felices... ¿Qué dirías?

NATIVIDAD

De ese modo, sí.

D. HELIODORO

Porque tú quieres á Jesús, ¿verdad?

NATIVIDAD

Si no lo quisiera, no me costaría tantas lágrimas.

D. HELIODORO

¿Y te casarías con él mejor que con el otro?

NATIVIDAD

Sí, señor, sí; á ustedes se lo digo.

TERESA

Entonces...

D. HELIODORO

Entonces, no hay más que hablar.

TERESA

Pero tú crees que si Natividad dijera...

D. HELIODORO

No dice nada... Decir, sería inútil... Conozco á esta gente: primero, se indignarían; después, cuando vieran que la indignación era inútil, simu-

larían calma, calma hipócrita..., y con suavidad, con dulzura, con todas sus artes capciosas, conseguirían que Jesús volviera á parecer un malvado, que tú lo creyeras, aprovecharían cualquier debilidad, cualquier irresolución, triunfarían al cabo... yo los conozco... Y eso es lo que no quiero... No, no; mar y tierra por medio, es lo mejor... Así, ni se les ve, ni se les oye en sus aspavientos y en sus chillidos... y lo que no se ve ni se oye, como si no existiera... Vamos, Natividad, no dudes; es el mejor modo, el único... de otro modo, no cuentes con mi protección, que, por lo menos, es tan generosa como la de esa gente, y mucho más desinteresada.

NATIVIDAD

Señorita... ¿Oye usted? Yo no puedo irme así.

D. HELIODORO

Así, así... En el primer puerto os casáis, ó en el barco; el mareo es caso de artículo *mortis*, ó si os parece mejor no os casáis, y así estáis menos atados si algún día os pesa.

TERESA

Tío, no digas atrocidades.

D. HELIODORO

Eh, ya me conoces... Vamos, ¿qué decides, qué dudas?

TERESA

Pero eso no puede ser... Que hable francamente, que tenga valor.

D. HELIODORO

Sí, sí, muy bonito; pero ya os dije lo que sucedería... Escucha, Natividad, y tú también. Yo no te aconsejo, vas á ser tú, otra mujer como tú. ¿Tú quieres mucho á la señorita, verdad?

NATIVIDAD

Sí, señor, sí.

D. HELIODORO

¿Crees que es muy buena, muy virtuosa, que no puede aconsejarte nada malo?

NATIVIDAD

No, señor, no.

D. HELIODORO

Y si ella te dice: «Vete con el hombre que quieres, ¿te irás?» Contesta.

NATIVIDAD

Si la señorita me lo dice...

TERESA

¿Yo?...

D. HELIODORO

Contesta.

NATIVIDAD

Si la señorita me lo dijera....

D. HELIODORO

Ahora tú... Ya lo ves... Piénsalo bien, en conciencia. De ti depende la suerte de esta criatura... A ti te han casado como quieren casarla á ella... Su vida será lo que es la tuya... unida á un hombre para siempre, sin cariño, ni intimidad, ni confianza, como dos personas que miden y pesan sus palabras para ocultar más que para descubrir sus sentimientos. Ahora hablo en serio, muy serio, solemne si quieres... ¿Qué dice tu corazón, qué dice tu conciencia?...

TERESA

Me preguntas en un momento de horrible tristeza, cuando acabo de percibir muy claro lo que será mi vida... Como tú dices, sin cariño, sin intimidad, sin confianza... Mi corazón no dudaría... Pero es grave la responsabilidad de disponer así de la vida de nadie. Si fuera su desgracia... Yo no puedo aconsejarte nada, yo no puedo decirte nada... Que résuelva tu corazón...

D. HELIODORO

¿Pero el tuyo qué dice? La verdad, por lo más

sagrado, por la verdad misma, que es lo más sagrado que existe y el primer deber de nuestra vida, buscar la verdad en nuestra vida, cueste lo que cueste.

TERESA

Sí, tienes razón... Acaso es la pobreza, acaso es la desgracia, pero es un cariño verdadero el que te llama... Si sólo fueras feliz un día, ya serías más feliz que los que nunca lo seremos y no podremos decir siquiera que lo fuímos.

D. HELIODORO

¿Oyes?

NATIVIDAD

¡Señorita!

TERESA

¿Quieres mucho á ese hombre?

NATIVIDAD

Sí, señorita; le quiero mucho y me da mucha pena, porque siento que sólo conmigo podrá ser bueno, que él solo por el mundo acabaría por ser malo, y siempre tendría yo ese remordimiento.

TERESA

¿Es verdad? Pues con él, no dudes más, sed muy dichosos, el mar os trajo juntos, que el mar os lleve.

NATIVIDAD

Señorita... usted me dice... ¡Ay! Ya me parece que no hago mal... y lloro de alegría...

D. HELIODORO

Vamos, vamos, ven conmigo, recoge lo más preciso, saldremos por el cocherón sin que nadie nos vea.

NATIVIDAD

Señorita, nadie me habló como usted.

D. HELIODORO

Pues yo también hablé claro, y si no es por mí...

NATIVIDAD

Usted también es muy bueno.

D. HELIODORO

A mi manera, que no sé si será la buena. Yo sé que os queréis; no puedo saber si seréis felices..., pero es ofender á Dios prevenirlo todo... Vamos, vamos.

NATIVIDAD

Señorita... dígales usted que no soy ingrata, que no soy mala.

TERESA

No, pobre niña; dame un abrazo... Algo de mi

alma se va contigo. *(Don Heliodoro se lleva de la mano á Natividad por el foro derecha, y Teresa se queda llorando y mirando por donde se van.)*

ESCENA XIII

TERESA, y á poco ENRIQUE por el tercer término izquierda.

ENRIQUE

Teresa, Teresa, ¿volvió tío Heliodoro?

TERESA

Sí, calla; estoy inquieta. ¿Dónde está tu madre y esas señoras?

ENRIQUE

De gran conferencia; vino la Repelona

TERESA

¡Ah! me alegro... Hablará mucho.

ENRIQUE

Hoy vino de arrepentida. Dice que se separa de su hombre, que no quiere vivir en pecado, pide que la socorran para trabajar en su oficio... la historia de siempre, pero siempre hace efecto.

TERESA

¡Pobre mujer!

ENRIQUE

Pero, oye: ¿qué cuenta tío Heliodoro? ¿Habló con Jesús?

TERESA

Sí, sí; ya lo sabrás... No sé lo que me pasa... Siento una angustia... No sé si hice bien, si hice mal...

ENRIQUE

¿Tú? ¿Por qué?

TERESA

(Llevándole al foro.) Mira, mira.

ENRIQUE

Natividad... tío Heliodoro... ¿adónde van?

TERESA

¡Calla! Vienen esas señoras. Disimula. Digo, no sé, si quisiera que aún fuera tiempo... No sé, no sé...

ENRIQUE

Pero, es que, al fin...

TERESA

Sí,

ENRIQUE

¡Cuánto me alegro! ¡Felices ellos!

TERESA

¿Crees tú que serán felices?

ESCENA XIV

Dichos, la MARQUESA, DOÑA ESPERANZA, ASUNCIÓN, la REPELONA. Salen por el tercer término izquierda.

MARQUESA

Bueno, mujer, bueno; lo que hace falta es que todo eso sea verdad.

REPELONA

¡Ay, señora Marquesa de mi alma, doña Esperanza de mi corazón y querida hermana!; si les dicen á ustedes alguna vez que he vuelto con ese hombre, y es verdad que he vuelto, digan ustedes que no merezco cosa mejor que vivir con él y verme como me he visto hasta ahora por ese gandul, sinvergüenza, borracho, que no quisiera más sino que vieran ustedes mi cuerpo, para que vieran un puro martirio, que no me falta más que lo de santa para estar en el calendario, que por lo de mártir, otras habrá con menos motivo. Y quieren ustedes que no esté arrepentida...

DOÑA ESPERANZA

Persevera, persevera en los buenos propósitos.

REPELONA

Y tan persevera como me verán ustedes siempre, señora, que si no fuera por ustedes, no sé adónde iba á volver los ojos. Estaré tan ricamente en mi oficio como estaba antes de conocerle, que no sé qué mala hora sería aquélla, que debió ser una maldición que me cayó encima.

MARQUESA

No disparates más. En todo has de ser extremosa. Anda, anda con Dios, y si ese hombre te persigue y te amenaza, das parte en seguida, no digas después que te llevó por miedo.

REPELONA

¡Ay, no señora! ¡Así me arrastrara y me hiciera pedazos, ni verle, ni verle! Vaya, señoras, Dios se lo pague, y que vivan ustedes tantos años como caridades han hecho en este mundo, que yo iré besando siempre por donde pisen.

DOÑA ESPERANZA

Anda, anda mujer...

REPELONA

¡Qué buenas son ustedes, qué buenas!

*

ESCENA XV

Dichos, menos la REPELONA, después MARTÍN por el foro derecha.

MARQUESA

¿Qué opinan ustedes de esta conversión?

DOÑA ESPERANZA

Alguna vez será la verdadera. ¿No cree usted Marquesa?...

MARQUESA

¿Por qué no? Yo creo que la Junta aprobará este socorro extraordinario, dado lo urgente del caso.

DOÑA ESPERANZA

No faltaba más. Y cuando usted quiera, Marquesa, iremos hacia allí.

MARQUESA

En seguida. Enrique, di á Natividad que recoja el envoltorio que dejé en el cuarto ropero, y que venga con él en seguida.

ENRIQUE

Voy, mamá.

TERESA

(Bajo.) No vayas.

ENRIQUE

¿Eh?

MARQUESA

Vamos, hijo.

ENRIQUE

Voy, voy... ¿Y dices?...

TERESA

Sí, sí, ve... pero tarda todo lo que puedas. *(Al ver entrar á Martín por el foro.)* No, ya es lo mismo.

MARTÍN

Con permiso...

MARQUESA

Hola, Martín... ¿Qué te trae por aquí á estas horas extraordinarias? ¿Tienes que decir algo á Natividad, ó es que te parece poco tiempo el que os permitimos para hablar? En seguida sale y hablaréis, pero sólo un momento.

MARTÍN

¿Natividad? ¡No vengo á verla, ni la veré más, y quién la verá!

MARQUESA

¿Qué dices?

MARTÍN

Nada, señora... Que Natividad y Jesús se han embarcado y se marcha feliz á estas horas.

MARQUESA, DOÑA ESPERANZA *y* ASUNCIÓN

¿Eh? ¿Qué dices?

¡No es posible! ¡Natividad!

¡Natividad! *(Llamándola las tres por todas partes.)*

MARQUESA

¡Natividad! ¡Natividad! *(A Enrique.)* Corre á buscarla... Si no puede ser, si estaba aquí... *(A Teresa.)* ¿No estaba contigo?

TERESA

Sí, sí; pero salió...

MARQUESA

¿Que salió? *(A Martín.)* ¿Y tú cómo sabes?...

MARTÍN

Lo sé, porque lo sé; porque me lo había dicho Jesús.

DOÑA ESPERANZA

Yo no puedo creerlo.

MARQUESA

¡Sería horrible!

ASUNCIÓN

Pero se la habrán llevado á la fuerza, un atropello.

MARTÍN

No, señora, no; por su voluntad y muy contenta. Ya los dos se querían, y por miedo de que ustedes no les dejaran casarse, se marchan lejos de aquí. Después de todo más vale que haya sido antes, que si hubiera sido después...

MARQUESA

Pero, ¿cómo han podido marcharse, con qué medios?

MARTÍN

No, no les faltarán. Pregunte usted á don Heliodoro.

MARQUESA

¿Mi hermano?

DOÑA ESPERANZA

Es posible, Marquesa, es posible...

ASUNCIÓN

Su hermano de usted es capaz de todo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y DON HELIODORO, que sale por el foro derecha y oye el final de la escena.

D. HELIODORO

Sí, yo... yo he sido. Y estoy muy ufano y no me pesa.

MARQUESA

Puedes estarlo.

DOÑA ESPERANZA

No es suya toda la culpa. ¡Qué ingratitud! ¡Qué ingratitud!

ASUNCIÓN

¡Quién lo diría de esa muchacha!

DOÑA ESPERANZA

¡Qué valor! ¡Escaparse así!

ASUNCIÓN

¡Ya tendrá su castigo, ya lo tendrá! *(Se oyen dentro voces de Cabrera, la Repelona y de chicos que figura los corren por las calles gritando.)*

MARQUESA

¿Qué gritos son esos?

ASUNCIÓN

(Asomándose al foro.) Esto nos faltaba... No se asome usted, Marquesa, no lo vea usted.

MARTÍN

(Asomándose también al foro.) Es Cabrera y los chicos detrás de él como siempre.

DOÑA ESPERANZA

(Asomándose al foro.) Cabrera borracho, como siempre, y del brazo de esa mujer. ¡Ese era el arrepentimiento!

MARQUESA

Calle usted, callen ustedes... no quiero saberlo... No cuenten ustedes conmigo para nada, no quiero más Junta, no quiero entender en nada.

DOÑA ESPERANZA

Tiene usted razón; esto es inaudito.

ASUNCIÓN

Esto es el fin del mundo. *(Cesan las voces y gritos dentro.)*

MARQUESA

De esta gentuza, ¿qué puede esperarse? Pero

los otros, otros... Esa muchacha... ¡Qué tristeza tan grande!

DOÑA ESPERANZA

Así nos paga todo el bien que se le ha hecho.

MARQUESA

El pan que han comido...

ASUNCIÓN

La vida, porque nos deben la vida.

MARQUESA

(A don Heliodoro.) Y tú, tú has tenido la culpa.

DOÑA ESPERANZA

Usted, con sus predicaciones y sus ideas. Esto es obra de usted.

MARQUESA

(A Teresa.) Y tú lo sabías; ha sido una intriga, ¡pero lo sabrá tu marido, lo sabrá!

ENRIQUE

¡Mamá!

D. HELIODORO

No contestes.

TERESA

Sí, tienes razón; fué obra nuestra, de los ingratos, de los rebeldes. ¿No es eso?

D. HELIODORO

Sí, obra nuestra y obra buena... Y no nos pesa; estamos contentos y con la conciencia tranquila... ¿Qué dices? Que fueron ingratos, que os debían el pan que comieron, que os debían la vida... Nosotros les hemos dado algo que vale más que la vida, les hemos dado amor y libertad.

TELÓN

INDICE

Págs.

El susto de la Condesa (diálogo) 7
Cuento inmoral (monólogo). 27
La sobresalienta (sainete lírico en un acto y tres cuadros, música de D. Ruperto Chapí). 33
Los malhechores del bien (comedia en dos actos y en prosa) 109

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

Teatro fantástico.

Vilanos.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto, música del maestro D. Pablo Barbero).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth nigh or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música del maestro Vives).—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo séptimo.

Alma triunfante (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo octavo.

Los favoritos (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en tres actos de A. Dumas, padre).—*Porqué se ama* (comedia en un acto). Precio: 3,50 pesetas.

Tomo noveno.

Al natural (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna, en cuatro actos).—*No fumadores* (entremés en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo undécimo.

Rosas de otoño (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo duodécimo.

El susto de la Condesa (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros, música de D. Ruperto Chapí).—*Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Manón Lescaut.—La Cenicienta.
Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

Jacinto Benavente, por G. Martínez Sierra.—Noticias biográficas.—Estudio crítico.—Autocrítica.—Opiniones.—Bibliografía.—Retrato, por R. Casas.—Caricatura, por Sancha.—Apunte, por R. Marín.—1,50 peseta.

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López-Gómez Salas, Valverde, 44, 2.° y Librería de Fernando Fé, Madrid; y en Barcelona en la Librería de José Agustí, sucesor de Toledano, López y C.ª, Elisabets, 4.

Se acabó la impresión de este tomo XII, en el Establecimiento tipográfico de Fortanet, el día 29 de Enero de 1906.

BINDING SECT. JUL 9 1970

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.12
c.1
ROBA